

# EL TANATORIO



JOSÉ LUIS CORREA

Lectulandia

«El cementerio nunca se abre para un solo muerto». Este aforismo popular cobra sentido en la última novela de José Luis Correa. El personaje central de la historia, sexto hijo de una familia populosa, se ve atrapado en una tela de araña disparatada. El temor a la soledad, la angustia a perder a los seres queridos, la necesidad de amor llevan al protagonista a aferrarse a la muerte como una tabla de salvación. Posiblemente la obra más personal e íntima del autor canario, «El Tanatorio» es una mezcla de comedia y tragedia moderna, una partida de póquer entre Eros y Tánatos que no deja indiferente al lector.

Lectulandia

José Luis Correa

# El tanatorio

ePub r1.0

Titivillus 11.08.17

Título original: *El tanatorio*  
José Luis Correa, 2014  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A María Santana, mi madre.  
A Carlos Correa, mi hijo.

Hubo un tiempo en que viviste en Santa Catalina.

Así. Literalmente. Viviste en Santa Catalina. Resististe una semana, casi, de pasión a fuerza de mal comer en una tasca que parecía la mismísima torre de Babel con tanto acento bailón y tanta raza, un garito donde servían los peores calamares del universo mundo, un antro. Te aliñaste como Dios te dio a entender en el cuarto de baño de una *suite* mortuoria. Mataste el olor a rancio con una solución de pétalos machacados que te restregabas por el cuerpo. Dormiste en un desván cinco horas cada noche o cada tarde o cada mañana, según te cayeran el sueño o el desánimo. Intimaste casi con un retrete de molduras desconchadas, con un lavamanos viudo de un solo grifo, con un espejo herido por una de tela de araña que deformaba tu rostro hasta dejarlo en una mala copia de ti mismo. Se apiadó de ti una linda muchacha de ojos tristes y pezones violetas que se llamaba Macarena, a la que le encantaba el chocolate Cadbury y los hombres inestables. Descubriste amigos nuevos. Te reencontraste con alguno viejo. Te viste implicado en una intriga de crimen y venganza. Y todo empezó el primer jueves de un verano cabrón como la madre que lo hizo.

Dicen que a la mesa y a la cama sólo se llama una vez. A la muerte también. Es más, a la muerte ni siquiera hay que llamarla. Viene cuando le da la real gana. Entra en casa. Lo revuelve todo. Deja un rastro azulado de añoranza a su paso. Y se marcha por donde mismo llegó. Ella llevaba tiempo sufriendo de una enfermedad perra, la más perra de todas. En los últimos meses se había estado desmigando a machamartillo. Las últimas semanas no salía de su cama. Los últimos días ni siquiera hubieras podido asegurar que te reconociera cuando pasabas, de buena mañana, a tomar un café con ella y a llevarle el periódico. Hasta que una tarde de junio su maltrecho corazón dijo que lo sentía, que ya no podía más y que hasta allí llegaba. Tú andabas de viaje. En Santa Cruz. Invitado a una conferencia sobre la guerra de Cuba. En el Mencey, una antigua casona colonial de piedra canela y artesonado de madera negra reformada en hotel. Te llamaron de urgencia para que tomaras el primer avión que tuviese un hueco libre. Volviste con el tiempo justo de besarla en la frente y decirle bajito cuánto la ibas a echar de menos. Encontraste a tus hermanas descalabradas, inundadas en lágrimas, a la cabecera de la cama del hospital. No tuviste más que mirarlas para leer en sus ojos que la misa estaba dicha. Y allí que te quedaste, agarrado a su mano, acalambrado de la misma postura ingrata en una silla de cuero pegajosa a la que le faltaba un brazo, hasta que tu madre se volvió blanca como la nieve. Al menos tuvo la paciencia de esperar por ti. Supusiste que no quiso marcharse sin que estuviesen todos, como siempre había sido, arrebuados alrededor de sus piernas, igual que en tantas fotografías. Esperó por ti. Se aseguró de que los seis hermanos estaban en el cuarto. Sintió el calor de ustedes. La pena de ustedes. Abrió los ojos. Y se fue.

Jamás habías visto morir a nadie.

De tu padre (aún se la tenías guardada al destino) jamás pudiste despedirte. No

habías visto morir a nadie y lo que más te sorprendió fue lo del color. Siempre creíste que lo primero sería enfriarse. Pero no. Qué va. Lo primero es palidecer hasta volverse casi transparente. Sus venas se revirtieron en ríos azules hasta que se apagaron. Y luego, pero mucho más tarde, se enfrió. Alguien, no sé si una de tus hermanas o la prima Carmen, le recompuso el camisón y le ordenó el cabello y le colocó las manos delicadamente sobre el pecho. Le agradeciste en el alma el detalle a quien fuera porque esa imagen de tu madre como dormida es la que decidiste que te iba a acompañar a partir de ese día.

Al anochecer del jueves la llevaron al tanatorio, un edificio que parecía un mausoleo, con sus techos altísimos y el piso de alabastro y las paredes de madera noble. Maruca Bermúdez tenía un seguro que se llamaba La Esperanza o algo por el estilo y corría con los gastos del entierro: las coronas, el ataúd, la esquela, la lápida de mármol negro sin aspavientos. Tenía amarrado hasta el último detalle. Ya se lo barruntaba. Lo anticipó en la cena de navidad, en medio de la bronca de todos los años a cuenta de alguien que llegó tarde, alguien que se olvidó de llevar los pasteles de carne, alguien que apareció templado como un requinto y no paró de decir impertinencias. Tu madre solventó el asunto, aún la estás viendo, con un golpe en la mesa y una sentencia fulminante que le paró las patas hasta al más guapo: «ésta va a ser mi última navidad y quiero pasarla en paz, ¿estamos?; el año que viene se dan de trompadas si quieren, pero ahora a callarse la boca y a cenar, que se enfría la pularda». No se oyó ni una mosca en diez minutos, todo Cristo añurgado de pura congoja. Pasó un trono de ángeles antes de que se oyera una voz y las aguas volvieran a su cauce.

Seis meses después, el frío daba puñaladas en Santa Catalina.

Una cuestión de mantenimiento, según la directora del tanatorio. No podían arriesgarse a que el calor marchitara los cuerpos. ¿Marchitara? Para ti que los cuerpos estaban ya marchitos. Pudriera. La palabra correcta era «pudriera» pero a la directora no le gustaba. Demasiado brutal. Así que el aire acondicionado acabó por hundir a más de uno y llegó un momento en que no se sabía si moqueaban de pena o de catarro. A ti te vino bien la excusa del enfriamiento repentino para llorar sin tapujos la muerte de tu madre. Te sentaste en un banco de madera del jardincillo, humillaste la cara y le diste gusto a la tristeza, mientras te entregabas al inútil pasatiempo de contar las baldosas desde cuyas venas se peleaba el musgo por salir. Algún sobrino se acercaba de vez en vez a darte un beso de ánimo o a acariciarte la frente o a contarte el último chisme que había oído o a relatarte la cantidad de centros y coronas que estaban llegando al velatorio. Tú lo mirabas con los ojos desalados. Le cogías la cara. Y le dabas un beso. Así cada vez. Siete besos. Por cada uno de los que le debías a Maruca Bermúdez cuando estaba viva y no llegaste a darle.

Macarena Velasco, la directora, rondaba la treintena y lo de la afición a la muerte le venía de familia. Su bisabuelo, don Vicente Velasco, había montado una de las primeras funerarias de la ciudad vieja, allá por la calle de la Pelota, a principios del

siglo pasado. Y la empresa fue prosperando, se fue haciendo fuerte hasta llegar a ella, con lo que dejó por falsa la teoría de que un negocio familiar dura, como mucho, dos generaciones porque a la tercera ya se empieza a resquebrajar a causa de los enredos y los resentimientos. Su parentela había encontrado la solución para evitar esa tendencia a la quiebra comercial en una suerte de discreción sexual, táctica algo confusa que (luego tuviste ocasión de comprobarlo) poco tenía que ver con Macarena. El asunto fue que todos se contentaron con un único descendiente: Vicente con Norberto, Norberto con Cornelio y Cornelio con Macarena. Muerto el perro de los celos se acababa la rabia.

¿Todos, sin excepción?

No. La cruda verdad era otra. La desgracia se había cebado también con los Velasco cuando Cornelio tentó al diablo teniendo un segundo hijo. No fue por malicia ni por ambición. Le pareció que lo de las pompas fúnebres no era faena para una muchacha y que Macarenita no iba a poder con aquello. Pero el diablo le aceptó el envite y le dobló la apuesta con un varón frágil y quebradizo como papel de cebolla que no llegó a cumplir los dos años. El padre de Macarena aprendió la lección y, aunque lo dejó estar, acabó por agarrarlo un desaliento tan feroz que la mayor parte del día se lo pasaba deprimido en cama. De hecho, en todo el tiempo que viviste en Santa Catalina no llegaste a verlo nunca, por más que frecuentaste las dependencias del tanatorio.

La primera vez que la viste, vengo a encargar una corona para mi madre, estaba atendiendo al teléfono. En realidad, se limitaba a mantener el auricular. A escuchar lo que alguien, ¿un cliente?, ¿una amiga?, ¿su marido?, le decía. A devolverle al otro un monosílabo por cada cinco frases. El resto de sus sentidos andaban en otra cosa. Sentada tras una mesa en forma de media luna, se había recogido el pelo con lo primero que habría encontrado a mano (un lápiz *staedtler* amarillo y negro del número dos) y sus dedos iban a cada rato a reordenarse el bucle. Su mirada parecía llevar perdida mucho tiempo detrás de un ventanal que daba a una fuente en forma de estrella de David y a una escultura sicodélica y encrespada. Sobre el escritorio tenía un búcaro de barro cocido del que salían media docena de rosas rosas y la muchacha había cogido la manía de olerlas cuatro veces por minuto. Luego supiste que eran sus favoritas. Las rosas rosas. No rojas. Ni amarillas. Ni esos injertos modernos azules o anaranjados. Macarena era firme para con las flores. La naturaleza pone a cada uno en su lugar y una rosa naranja es tan inmoral, tan obscena como Michael Jackson, si uno nace negro, nace negro, ¿o no?

Cuando descolgó, ¿en qué puedo ayudarle?, te topaste con unos ojos verdes pero lánguidos, ojos de enterrador, que parecían estar pidiendo auxilio a cada pestañeo. Te costó concentrar la atención en lo que habías ido a hacer allí. Te quedaste mirándola a la cara, decidiendo cuál de los dos necesitaba más consuelo. Jodida suerte la del que tiene que enseñar su muestrario de flores y sepulcros a quien acaba de perder a una madre, a un hermano, a un hijo. Tú al menos sabías por quién llorabas. Ella tenía que

contentarse con intuirlo.

—Digo que vengo a encargar una corona para mi madre.

—¿Cuánto piensa gastarse?

—¿Cuánto puedo?

—Eso depende de usted. Éstas sencillitas vienen saliendo por ochenta euros y éstas de aquí, que son más apañadas, ciento cuarenta. ¿Su madre tenía seguro?

—Sí.

—Pues el seguro le cubre las de ochenta. Si quiere una mejor, tendría que pagar la diferencia.

—Bien, pues póngale ésta de anturios. Me gustan los anturios.

—Buena elección: son flores resistentes. ¿Su madre quería ser incinerada o enterrada?

—No sé. Nunca la oí hablar de ello. Supongo que le gustaría... que le hubiera gustado estar enterrada junto a mi padre.

—Pues habrá que buscarle un ataúd apropiado.

—¿También se encarga usted del ataúd?

—Aquí nos encargamos de todo. Pero, si quiere que lo atienda otra persona, puedo llamar a alguien.

—Ni en broma. Me gusta usted.

—...

—Quiero decir que usted parece saber lo que uno necesita.

—Gracias. Ya suponía que se refería a eso.

—A eso me refería.

Fue entonces que supiste que hay féretros para todos los gustos.

De pijo. De agarrado. De nuevo rico. De pobre asumido. Macarena, mientras te lo explicaba con otras palabras, te miró como ubicándote en una de esas categorías. También te preguntó por la fecha en que había muerto tu padre. En mil novecientos ochenta. ¿Importaba? Sí que importaba, allí todo importaba. Parece ser que los nichos antiguos eran algo más ceñidos que los actuales. Tiene que ver con la manía de las incineraciones. Antes todo el mundo acababa en el cementerio. Apenas había espacio y había que administrarlo bien. Ahora, la gente espera que sus cenizas descansen para la eternidad en el mar o en las faldas de un pinar o en un campo de fútbol. Y entonces (a menos bulto más claridad) pueden hacerse nichos más amplios. El caso era que, si tu padre había muerto en el ochenta, su nicho sería sin duda muy estrecho.

De este modo Macarena Velasco te ayudó a elegir una caja a medida. Tú no entrabas en sus cánones de pijo ni de agarrado ni de nuevo rico ni de pobre asumido. Tal vez por eso la viste dudar unos segundos. Y tuviste que explicarle con detenimiento, con un regusto a pomelo en la boca al pensar en tu madre, que tú no pintabas nada allí, que tú no eras el muerto. Ella volvió a las andadas de remirarte con sus ojos tristes, ya lo sé, pero a su madre no tuve el gusto de conocerla y a usted sí. Y quedó claro que lo mejor era un ataúd de pino americano, macizo, sencillo, sin

abalorios. Tu primera sonrisa de aquel verano ingrato fue para Macarena, gracias por ser y por estar.

Nunca imaginaste la cantidad de gente que la quería.

Medio barrio de San José, de cuando vivían por el Callejón de la Horca, se dio cita en la sala ciento dos del tanatorio. Para ser justo, se dio cita en la ciento dos, la ciento tres y la ciento cuatro, salas que estaban libres y cuyos sillones de cuero marrón tomaron por asalto vecinos y parientes sin encomendarse a Dios ni al diablo. Eran legión. Te emocionó verlos allí. Hay quien pasa revista en los velatorios para ver quién falta. Observa con detalle, anota en la memoria, contrasta su lista con la de otros igual de escrutadores. Para, luego, echarle en cara al ausente su imperdonable olvido. O cobrársela en el siguiente entierro. O aborrecerlo hasta la muerte. Tú has preferido siempre celebrar al presente. Demostrarle tu gratitud. Aceptar su consuelo. Escuchar, con paciencia, sus propios quebrantos. Porque muchos entienden que la mejor manera de entibiar una pena es contándote otra, la suya, aún más inconsolable. Y es así como reparas en que la muerte de tu madre es, si lo miras bien, una suerte. Porque la pobre apenas se enteró. Se fue en paz. Sin sufrimiento. Rodeada de sus hijos. Con una sonrisa dulce en los labios que así estaba de guapa. No como la madre del otro que soportó cuatro años unos dolores insufribles que le deformaron el rostro. La del otro que murió sola en una casa de acogida para viejos. La del otro que no tuvo quien le cerrara los ojos. Al final (¿no es ése, acaso, el objeto de tanto regateo?) acabas casi por agradecer que la persona que más has querido en este mundo se te haya muerto sin avisar.

Medio barrio de San José, en efecto, se dio cita en el tanatorio. Te encantó ver de nuevo a Clementina, la mujer que ayudó a la crianza de todos tus hermanos, con su sonrisa limpia despoblada de dientes. Casi no la reconociste. Te faltó el canto de un euro para decirle, en tu sentida emoción, que te alegrabas, que hacía mil años que no la veías, que la creías ya muerta. De cualquier modo no hubieses podido porque te dio un abrazo tan intenso y tan largo que te costó un Perú recobrar el resuello y, para entonces, otros brazos (los brazos recios de Santiago Ramos) se te habían echado al cuello para rescatarte de la torcida indiscreción. Santiago Ramos, un tipo carrasposo y miope que no dejaba de fumar ni en el retrete, tenía la farmacia frente a tu casa. Cada quincena tu madre te mandaba con las recetas ilegibles de Retana a buscar la pomada para la erupción de piel y el jarabe de la tos y el chinchoso aceite de ricino. El bueno de Santiago juraba en arameo. Y, en un ritual que se repitió, grito arriba grito abajo, durante los lentos años de tu niñez, acababa siempre llamando al médico. Primero para insultarlo. Después para preguntarle qué carajo ponía en el puñetero papel. Y finalmente para recordarle que tenían partida de zanga esa noche y que a ver si espabilaba porque en la última les habían dado una tupida por su culpa.

Y Matías, el de la tienda de víveres de la esquina, que siempre andaba quejándosele a tu madre porque decía que cada vez que iban a comprar el pan echaba luego en falta un puñado de caramelos de nata de la vaquita. Tu madre siempre le

respondía lo mismo, que se dejara de zarandajas, que tú ni siquiera llegabas a la altura del mostrador y que lo que tenía que hacer él era esconder mejor el bote de cristal con tapa amarilla para que no le sisaran los caramelos. En efecto, tú no solo no llegabas al mostrador sino que ni siquiera estabas al tanto de dónde tenía Matías los caramelos. Lo único que sabías era que, al llegar a casa, mamá te daba uno que te duraba toda la tarde y se guardaba otro para su café.

Y tu primer amor.

Se llamaba Ángela Henríquez y te había roto el corazón aun antes de cumplir los trece años. Olía a barniz de madera, su padre tenía una carpintería que daba pared con pared con la casa de tus abuelos. Siempre iba vestida de uniforme: un traje a cuadros, una camisa blanca de cuello redondo y unos calcetines marrones que le llegaban a las rodillas. Por cierto que tenía las rodillas más hermosas que recordabas. Y sabía a una extraña mezcla de lágrimas y chicle *bazooka*. Tú sólo la besaste una vez, en la fila catorce del cine Rex (qué cosa caprichosa es la memoria) entre sollozo y sollozo, mientras veían juntos *Desayuno con diamantes*. Pero, a partir de ahí, todos los besos te parecieron igual de desabridos.

Ángela se había casado con un cirujano. Vivía en Tafira, en un caserón inmenso con terraza y piscina. Tenía una hija que parecía una calcomanía suya. Y un perro Alaska de ojos azules que, en verano, debía pasar un calor de la leche. Y una chacha dominicana y redonda de dientes blancos y piel laqueada. Y un *mini* con salpicadero de madera. Tenía, en definitiva, todo lo que había soñado tener cuando era niña. Todo a lo que aspiraba cuando la conociste. Todo lo que tú hubieras sido incapaz de darle aunque vivieses ciento cincuenta años. Cuando su rostro se despegó de tu cuello, después de un saludo largo y perfumado, pudiste verla bien. Seguía estando guapísima. Con esa belleza sosegada que da la felicidad. Con la mirada altiva y segura de quien lo tiene todo dominado. Su hija Aída (al parecer el médico era gran aficionado a la ópera) no se despegaba de ella. En un momento de su conversación la chiquilla hizo amago de escapar a jugar al mirador con otros niños. Pero su madre le lanzó una mirada de amonestación, Aída, tsss, quieta aquí, que la niña entendió al instante. La misma Ángela de siempre. Con alma de domadora de leones. Seguro que a su marido, a su sirvienta dominicana y a su Alaska Malamut los controlaba igual.

Se fueron yendo todos en un goteo continuo y calculado.

La misma inercia de remangarse el puño de la camisa, mirar el reloj, poner cara de qué tarde se ha hecho, preguntar por la misa funeral, despedirse. Todos. Clementina, Santiago, Matías, Ángela. Y está bien así. Uno agradece el apoyo. Pero agradece más cuando te dejan solo con la luna y tu pena. El vestíbulo que dos horas antes bullía de voces y susurros mal disimulados ahora era un desierto mismo de silencio, sólo roto por una lámpara estropeada que no paró de parpadear en toda la noche. Un celador chaparro y fortachón, con el pelo y la porra igual de lustrosos, llegó en la madrugada para ver qué ocurría con el jeringado foco. Les preguntó si molestaba mucho o podían sobrevivir al incordio de un bombillo con hipo hasta la

mañana, en que ya vendría alguien a arreglarlo. Tu hermana se desperezó de su modorra para decirle que sí, que podían soportarlo, que no se hiciera mala sangre, que en un velatorio algo de silencio se agradece, pero el silencio absoluto da mal fario. Y el hombre se marchó con el gesto regañado de quien no sabe si le hablan en serio o se están descojonando de él.

La noche, en cualquier caso, se hizo larga. Maldijiste la hora en que rehusaste que cerraran la sala y mandaran a todos a mudarse. Macarena Velasco te dio esa opción, junto con las flores rojas y el ataúd de pino americano. Y no te quedó otra que agachar la cabeza y claudicar, ¿está loca?, usted no conoce a mis hermanas, si les digo que mamá va a pasar la noche sola en esa nevera me corren a bofetadas, quite, quite. La verdad es que tampoco hubiesen podido dormir en casa. Con tanto recuerdo suelto y tanta soledad. Y el bar, al menos, estaba toda la noche abierto para espantar el sueño a golpe de café retinto o de ron amarillo. Te hiciste dueño de un banco de madera que estaba en un recodo del vestíbulo, lejos de curiosos e impertinentes. Y aprovechaste el insomnio para homenajear a tu madre. Te bebiste las lágrimas recordándola. Su risa. Su socarronería. Su manera de andar por la casa. De doblar las sábanas. De cantar boleros. De pelearse con los chuchangos. Sí. No sabrías decir por qué, pero la imagen de tu madre ante el poyo de la cocina purgando con gofio los caracoles fue la primera que te vino a la cabeza.

Le pediste perdón por tantas veces que la hiciste rabiar. Por tantas que te opusiste a sus deseos. Ella quería que trabajaras con tus hermanos en la fábrica. Pero era lista como el hambre y sabía que no conseguiría nada obligándote. Así que se dejó querer. Y te dejó estudiar Historia. La imaginaba una carrera sin gracia ni futuro. Esperó pacientemente a que la terminaras y te dieras de morro contra la realidad. Pero la realidad es tozuda y acabaste encontrando trabajo en el Museo Arqueológico. De modo que volviste a decepcionarla. Y nunca le pediste perdón lo suficiente. Como nunca le dijiste lo suficiente cuánto la querías.

Y recordaste su linda historia de amor.

Eran vecinos. Crecieron en el mismo barrio. Pero no juntos. Porque tu padre tenía quince años más que tu madre. Era el hombre más guapo que había conocido nunca. Un retrato en sepia que descansaba en tu salón de estar daba fe de ello. Tenía pinta de galán de cine a lo *Tirone Pober* que decían las viejas. Todas las muchachas andaban locas detrás a ver si le robaban una sonrisa al menos. Todas soñaron con que se fijase en ellas. Algunas, incluso, se inventaron el cuento de que las había invitado a salir, las había llevado al baile, les había propuesto matrimonio y lo habían rechazado. Sí, hombre. Como si alguien pudiera resistirse a los ojos negros y la voz avariciosa de Agustín Cabrera. Él ni se molestó en desmentir los cacareos de gallina clueca. Cuando le preguntaban, se limitaba a encogerse de hombros y a sonreír con maña de tahúr, de jugador de póquer. Una tarde que regresaba a casa se encontró con ella en la ventana. Se detuvo. La miró. Se apoyó en el alfeizar. Le preguntó cómo te llamas. Y ella, las rodillas temblándole, María, pero todos me llaman Maruca. Y él, y ¿qué edad

tienes, María? Y ella, dieciséis. Y él, martilleando con sus dedos nervudos en la madera, ¿te casarías conmigo? Y ella, ¿cuándo? Y él, desde que cumplas los diecisiete. Y ella, ¿así de sencillo? Y él, así de sencillo, cuando venga a buscarte sólo nos faltará el cura. Y ella, ¿y si mi padre se opone? Y él, entonces nos liaremos a piñas hasta que se avenga.

La cosa aún se recuerda en San José.

El rumor se corrió como la calima. Se metió en los zaguanes, en las galerías, bajo las alfombras. Tu abuelo y tu padre se iban a dar de trompadas delante de la carpintería de Adolfo Henríquez. Más de uno se malició que había compromiso de honor por medio. Que Elías Bermúdez andaba escamado con el romance, a ver a qué tanta prisa. Fue una noche de invierno del cuarenta y cinco. Lo de la noche lo sabes por tu madre. Lo del invierno lo calculas porque Miguel nació el otoño del cuarenta y seis, justo nueve meses después de aquella boda. Se quedaron con las ganas. Parece que el viejo salió, en efecto, persuadido a partirle la cara al pretendiente. Cruzó la calle, en medio de una turba de vecinos con ganas de jaleo, hasta la carpintería. Se detuvo delante de tu padre. Lo miró a la cara. Y debió de leerle la franqueza en los ojos porque, lejos de levantarle la mano, le bajó la voz.

Sí. Le susurró algo al oído. Agustín Cabrera asintió con la cabeza y le respondió con el mismo misterio. Luego de un breve secreteo, en el que nadie pestañeó no fuera que se perdiera algo, Elías Bermúdez le ofreció su mano. Se la estrechó. Se dio media vuelta y entró en su casa. Al minuto salió tu madre a la ventana, radiante, luminosa, con un vaso de ron para su recién estrenado pretendiente. Lo que se dijeron los dos hombres se lo llevaron a la tumba. Ni a Maruca, por más que preguntó, se lo contaron jamás. Si te dan a elegir, la historia se resume en que el viejo avisó, si la haces sufrir, te mato como a un perro; y tu padre se dio por avisado, si la hago sufrir, don Elías, yo mismo le presto la escopeta. No obstante, lo único que puedes asegurar es que en tu vida sólo viste llorar a Agustín Cabrera en una ocasión. Y fue en el entierro de Elías Bermúdez.

Una mano en el hombro te devolvió a la atmósfera entumecida de un banco y un vestíbulo y una noche celosa de verano. Maite tampoco podía dormir. Lo había intentado en todas las posiciones que un sofá de cuerpo y medio le podía permitir. Hasta que descubrió que no era el sofá sino el desasosiego el que se lo impedía, ¿y ahora qué? La agarraste por la cintura y la sentaste a tu lado y dejaste que su rostro anidara en tu cuello, ahora la enterraremos. Y ella, sorbiéndose los mocos de su pena, ya, hombre, claro; me refiero a después. Y tú, buscándole respuesta a tu desolación, ¿después?; después volveremos a su casa, nos sentaremos en su salón, hablaremos de ella y seguiremos haciendo las mismas cosas que hacíamos cuando vivía; es el único modo que se me ocurre de vencer la ausencia.

Cuando su llanto caliente amenazaba con echarte a perder el cuello de la camisa, tu hermana hizo amago de levantarse. La idea de abandonarla otra vez a la soledad blanca de aquel sofá de tanatorio te atormentó. De modo que la invitaste a una taza de

café. Caminaron abrazados y en silencio, tal que dos enamorados, hasta llegar a la cafetería. Si por ti hubiera sido, te hubiera amanecido cobijado al calor de su cuerpo, a la seda de sus manos, a su dulce presencia, pero nada más cruzar la puerta de la cantina se deshizo el embrujo. Demasiada luz. Demasiado ruido de metal y loza. Demasiadas miradas fisgonas. Se sentaron en una mesa retirada, lejos de la barra y del bullicio. Esperaron a que llegase el camarero, un pelirrojo con cara de niño que desafinaba cosa mala en un lugar tan deprimente como aquél. Animaste a Maite a compartir una ración de calamares y una cerveza y contestó que sí pero que no, que los calamares estaba dispuesta a compartirlos pero la cerveza ni hablar, cada uno la suya.

La cerveza estaba caliente. Los calamares, fríos y chiclosos. El único que probaste se te enganchó a la garganta como una garra y te tuvo un minuto sin resuello. Para evitar asustar más a la pobre Maite, que ya se veía enlazando un velatorio con otro, saliste a la terraza a vomitar el rejoy en una maceta. Cuando regresaste a la mesa, tu hermana estaba negociando con el pelirrojo el trueque de los calamares asesinos por pescado a la plancha, o no, pescado no, a ver si viene una espina enrevesada a acabar el trabajo, mejor una ensalada, sí, una ensalada, pero como vea un espárrago se la devuelvo enterita, ¿me oyó? El camarero, que resultó ser holandés y hablaba con un acento rucio y mal amañado, desplegó su sonrisa simplona para explicar que la cocina ya está cerrada, no vea usted lo que me costó convencer a Omar, el cocinero libanés, para que les sirviera el plato de calamares; a esta hora ya no queda nada, sólo papas de paquete y aceitunas en lata. Tu hermana se puso farruca y le contó que le estaban entrando ganas de denunciarlo por servir comida en mal estado. Tuviste que interceder por el holandés errante, no se apure, da igual, esto es un velatorio y tanta hambre no hay, tráiganos usted un paquete de papas, ¿dígame?, ¿aceitunas?, ni de coña aceitunas, que los huesos los carga el demonio, ah, que son con anchoas, pues vale.

No hay boda sin llanto ni entierro sin risa.

Debe de ser cierto porque esa noche Maite y tú se hartaron de reír a cuento de los calamares y los apuros del camarero pelirrojo. Les vino aquel desahogo como una bendición. Necesitaban abrir una ventana, aunque fuera una pequeña rendijita, para que entrara el aire. La angustia se les estaba viciando demasiado. Aprovecharon también para sincronizar sus temores: a ti te preocupaba cómo iba a llevar Maite la muerte de mamá, no en vano ellas habían dormido juntas los últimos quince años; a tu hermana le mortificaba tu terco aislamiento, llevabas quince años separado de Concha y desde entonces habías vivido solo. Los dos hicieron un esfuerzo por serenar al otro. Maite necesitaba tiempo. Tiempo para llorar a su madre. Tenía ganas de hacerlo. Con su padre ni siquiera tuvieron oportunidad. Les agarró muy jóvenes y por sorpresa, y en aquel entierro todo Dios tuvo vela, todo el mundo opinó sobre qué, cómo y cuándo había que hacer las cosas. Ahora era diferente. Y ella quería paladear hasta la última lágrima. Te gustó oír la hablar. Era una mujer fuerte Maite, siempre lo

había sido. Y se les fue la noche en un suspiro quedo. De vez en cuando aparecía alguien por la mesa a saludarles o darles un recado pero todos debían de verlos tan enfrascados en su cháchara que, en seguida, encontraban una excusa para dejarlos solos.

El viernes en que enterraron a tu madre amaneció radiante. Ni el sol quiso perderselo. Con la luz del día volvió el bullicio. Y los parientes. Y don Claudio Orellana, un cura largo de ojos hundidos y cara de haberse pasado la noche en una novena inacabable. El aire se renovó con la gente recién levantada, recién duchada, recién perfumada como para espantar a los bichos de cien cementerios puestos en fila. Lo que hubieras dado por un baño caliente. Pensaste que ya tendrías tiempo de dártelo a la tarde, tras enterrar a tu madre y regresar a casa a sentir el vacío profundo en su salón, en su dormitorio, en su cocina ya sin chuchangos para siempre. Qué lejos estabas de saber que ese baño iba a tener que esperar.

Eso ocurre por ser el más chico de una familia grande, una familia vieja que parecía sacada de un cuento de García Márquez, una familia que se había construido a mitad del siglo pasado y a la que aún le quedaba media docena de tías viudas que olían a alcanfor. Es la maldición del dominó, cuando se cae una ficha nunca se cae sola. Siempre arrastra consigo a las demás, las empuja, las bota sobre la mesa o, peor, en el suelo, debajo del sofá, allí donde no la encuentran ni los Alaska Malamuts. Entonces le tocó a Nacha Cabrera, la hermana mayor de tu padre, a quien le pesaba ya más la falta de recuerdos, puto Alzheimer, que los noventa y siete años. Para ser exactos, recuerdos sí tenía. Era capaz de acordarse de cualquier bagatela de la infancia, de sus hermanos pequeños, de dónde escondía las golosinas, de los uniformes de época, de la guerra, del hambre. Pero no tenía tino para reconocer a sus propios hijos. Les equivocaba el nombre. Los confundía a todos en un desbarajuste de rostros y de sombras.

Intuiste lo de la tía Nacha en mitad del responso del cura larguirucho que, ahora de cerca, se daba un aire a Boris Karloff. Fue un leve murmullo al final del pasillo. Giraste la cabeza para ver de dónde procedía y te bastó un instante para entenderlo todo. Allí estaba Asunción, la muchachilla peruana que cuidaba desde hacía cuatro años de Nacha en su casa museo de Joaquín Dicenta. Asunción no se separaba jamás de *la señora*. Y desde tu asiento en la primera fila casi le oliste, como un perro, el miedo. Su cara demudada, su mirada aturdida, su desamparo. Tuviste la certeza de que tu tía ya no la iba a necesitar más. Y de que el viaje del tanatorio de Santa Catalina hasta el cementerio de San Lázaro sería un viaje de ida y vuelta, de santo a santo y tiro porque me espanto.

No sólo tú.

También Maite y Miguel y Mercedes y Mónica (tremenda promesa le deberían tus padres a la virgen para obstinarse con lo de los nombres en *eme*) lo comprendieron. Hasta Mario se hubiese dado cuenta del desastre si hubiera estado allí, pero parecía habérselo tragado la ballena. Miguel negó con la cabeza en un gesto de hastío, hay que joderse con el veranito de los huevos éste. Mónica se sentó en el banco y se cubrió la cara con sus manos escuálidas. Había enflaquecido muchísimo desde lo de la enfermedad de tu madre. Se había quedado en el pellejo casi. Maite y Mercedes se sentaron con ella y le leyeron la cartilla. De la *a* a la *zeta*. Sin olvidar

una sola coma. Mónica se iría a casa nada más enterrar a mamá, ya podía olvidarse de regresar al tanatorio a lo de Nacha, de eso se encargarían Miguel y tú. Y Mario, si es que aparecía por algún lado.

Entonces, rendido ya a tu suerte de ligar un entierro con otro, te ocurrió algo insólito. Quisiste ponerle rostro a la tía Nacha y no pudiste. Intentaste recordar la última vez que se vieron y te llegó el aroma de una conversación borrosa en su zaguán. Ella te preguntó cómo estaba tu padre y tú te mordiste la lengua antes de responderle muerto, tía Nacha, mi padre está muerto, va para un cuarto de siglo. Te mordiste la lengua. No supiste si por pena o por no alargar una conversación tediosa y delirante. Así que le dijiste bien, tía Nacha, mi padre está bien, como siempre, tirando. Ella te replicó, seguro que sigue fumando como un descosido. Y tú, ya lo conoces, moro viejo no aprende idioma nuevo. Lo intentaste otra vez. Lo de ponerle cara a la muerta, a la muerte. Con más decisión si cabe. Y a peor la mejoría porque se te revelaron muchas de sus taras y ninguna de sus bondades. Nacha tenía cara de cabreo perenne. Con un tic incordiante de rechinar de dientes. Con un bigote suave y una verruga áspera. Con unos ojos fieros de guardia civil. No en vano, uno de tus recuerdos de adolescencia está asociado a ella: cuando te obligaron a leer en el instituto a Lorca, te fue imposible imaginar a Bernarda Alba sin el bigote y la verruga de tía Nacha, que Dios la tenga en su gloria por si acaso.

Alguien, probablemente Mario, que se sabía todas las historias familiares (las que no, se las inventaba con gracia), te había contado la de Nacha, una mujer con un carácter del demonio desde chica. Una mujer atravesada de quien, al parecer, no había manera de hacer carrera. Su familia había perdido toda esperanza de que alguien se fijase en ella. Así que, quien más quien menos, vio los cielos abiertos cuando la muchacha llegó una tarde con la monserga de que se casaba. Al principio fue sólo un despejar de nubes porque nadie la creyó. «¿Casarte tú?; ¿*contra* quién?», pensó más de uno con la mandíbula apretada no fuera que Nacha le leyera en los labios la incredulidad.

—Se llama Domingo Ferraz.

—¿Y ése quién es?

—Ustedes no lo conocen. Es de La Isleta.

—¿Y qué hace?

—¿Cómo que qué hace?

—Sí, carajo. ¿En qué se gana la vida?

—Ah. Conduce autos. Es chófer.

Mejor para él. No lo dijeron pero lo pensaron. Mejor para él. El bueno de Ferraz. Quien conduce autos siempre tendrá una oportunidad de escapar vivo.

Y bien que escapó vivo Domingo Ferraz. Después de media docena de años tormentosos soportando, por sí o por no, las broncas de la tía Nacha, se mandó a mudar. Como el coche no lo llevaba demasiado lejos ni demasiado aprisa, se enroló en la marina. Según quien te contó la historia familiar, se hizo marinero porque aún

no se llevaba lo de astronauta, que si no. Domingo acabó en Sidi Ifni medio loco. Tal vez lo trastornara el viento del desierto. Quizá una mora de piel azul y ojos brillantes o de ojos azules y piel brillante que para tabla de salvación sirven lo mismo. El caso es que el chófer no regresó. Dejó a Nacha con dos hijos demasiado pequeños y una casa demasiado grande en la que vivió hasta ese día de verano. Ella no volvió a pronunciar su nombre en medio siglo. Hasta que empezó a perder el tino y a trabucarlo todo. Entonces se las cobró juntas. No pasaba un día que no despoticara contra el fantasma de aquél que la dejó tirada. La pobre peruana se gozó las diatribas con paciencia infinita. Por todo eso comprendiste que tendrías que volver a Santa Catalina. Con su carácter y sólo dos hijos, iban a necesitar espaldas para empujar la caja.

El padre Orellana acabó con la retahíla de las virtudes que adornaban el temperamento de la finada. Supusiste que diría lo mismo en todos los entierros. Que Maruca Bermúdez podría haber sido una auténtica arpía y aquel sacerdote escuálido hubiera insistido erre que erre en lo de madre abnegada, en lo de esposa fiel, en lo de garante de la familia cristiana, ese valor esencial que estaba a punto de perecer con tanto matrimonio homosexual y tanta iniquidad. Tuviste, en el suplicio que te tocó vivir aquel verano, la oportunidad de comprobar que sí, que el discurso era el mismo porque el tolete del cura lo repitió otra vez con tu tía Nacha, con don Pedro Carnicero, el cacique, y, peor, mucho peor, con el bueno de Abraham Hauffmann delante de su novio, una de las historias de amor más hermosas que conociste en tu vida.

Pero entonces, allí, abatido, junto a tus hermanos, en la primera fila de la iglesia de Santa Catalina, una ermitilla austera, casi espartana, desprovista de más adornos que los de una cruz en la cabecera del altar y una vidriera de bisutería en el portalón, agradeciste al cura sus palabras de aliento. Incluso rehusaste ponerle bordón al comentario extemporáneo sobre las bodas gays. Y es que, sobre el dolor por la muerte de tu madre, estaba la mortificación que te había producido la de tía Nacha, el flagelo de descubrir que tendrías que volver, que habrías de pasar por otro fatigoso velatorio, que iban a revolverse las emociones, que tendrías que postergar la agonía al menos un día más. Miguel te susurró al oído algo sobre la resignación, algo que pretendía ser trascendente. Y a ti, sin saber bien por qué, lejos de conmoverte te dio risa. Y cuanta más extrañeza provocabas en Miguel, cuanto más enojo en la mirada de tus hermanas, más y más te reías. Al final, claro, se te confundió la risa con el llanto y acabaste la ceremonia vencido por la angustia.

El camino a San Lázaro te resultó penoso. Un trayecto por callejuelas sinuosas y empinadas, plagado de recovecos por donde apenas podía pasar el coche fúnebre. Por cierto que Mario se empeñó en acompañar el cadáver de tu madre hasta el final. En todas las familias ha de haber un maniático, un supersticioso. Y en la tuya se barajaron las cartas y le tocó a Mario, el hermano rebelde, el díscolo Mario. La cosa fue que se obsesionó con que podrían equivocarse de muerta, con que podrían

cambiarla por error a última hora, con que iban a enterrar a una desconocida en el nicho familiar. Así que no se separó del ataúd en todo el viaje, desde que cerraron la cubierta en Santa Catalina hasta que lo dejaron en San Lázaro. Ni siquiera abandonó su puesto de centinela cuando la misa por el alma de tu madre. Por eso lo echaron de menos en la capilla.

El cortejo lo abría un fraile con marcado acento cubano, un tipo chiquito que arrastraba lo mismo las vocales que la sotana. De tan largos que le quedaban, los ropones parecían prestados. Eso, pensaste, tiene la emigración, que hay que buscarse la vida como se pueda. Y hacerse cura para matar el hambre es tan legítimo como hacerse camarero de bar, soldado o puta. Te quedaste con la magua de preguntarle al tipo de qué región de Cuba había llegado. ¿Santa Clara?, ¿Matanzas?, ¿Cienfuegos? Te hubiera respondido que, en un tiempo mejor, fue médico, maestro, psicólogo freudiano o chinchalero antes que fraile. Lo único incontestable es que fue dejando un rastro de sirena (la cola de la sotana acariciaba pesadamente la tierra) hasta la misma cripta. Los seis formaron frente detrás del fraile y sólo la casualidad los colocó por orden de edad: Miguel, Mercedes, Mario, Maite, Mónica y tú, como una piña, agarrados, con hambre de estar juntos, de sentirse parte de una misma historia.

Jamás soportaste los entierros. Aún podías sobrellevar lo de acompañar a viudas y huérfanos, lo de confortarlos, lo de compartir con ellos la pena y la noche sin dormir. Pero te daba coraje ese momento cruel y desagradecido de encajar el féretro en un murete gris y destartalado. Machado describió en un poema la impresión que produce el golpe del ataúd sobre la tierra. Pero ¿qué pasaba con el murmullo ronco y áspero de arrastrarlo en un nicho?, ¿qué había de esa dentera cínica? Para paliar tan espantoso rumor era que el sepulturero (un hombre de cuello corto y espaldas anchas que repetía como un loro el responso del fraile cubano, que casi lo imitaba en el acento matancero) iba llenando con flores el gélido vacío entre el hueco y la caja. En el de tu madre cabían siete coronas y tres ramos. Los contaste. Quizá para no pensar demasiado en ella. Siete coronas y tres ramos. No eran muchas. Iban a quedarse fuera, a los pies de la catacumba, más de la mitad. Pero sería un espejismo. El día siguiente ya no quedarían restos del entierro de Maruca Bermúdez. Vendrían las hienas de los cementerios a robarse las flores para sus propios muertos. Bien estaba. Al menos que alguien las aprovechara. Pero eso sería el sábado. No ahora.

Ahora una rosa se desprende de la última corona. La atrapas en el aire antes que llegue al suelo. La hueles. Te aferras a su olor para olvidar la pena. Una púa rebelde se te clava en el dedo y el rojo movedizo de la sangre se enreda con el inmóvil rojo de la flor. Sacas un pañuelo de tu bolsillo, la única prenda que heredaste de tu padre, uno blanco con una A gótica bordada en azul celeste. Lo abres. Te limpias la herida. Y guardas la rosa con delicadeza. Por Maruca.

De pronto, Mario se da cuenta de que olvidaron quitarles las cintas a los ramos. Y tú sales del trance. Y le interrogas, más con los hombros que con la palabra, ¿para qué las quieres?, ¿vas a hacerte un traje de carnaval con ellas? Y él parece ofendido

ante la pregunta, ¿cómo que para qué?, para saber a quién hay que agradecerse, gilipollas. Fino Mario. Todo lo que tiene de noble lo tiene de insolente. Pues entonces, si no les quitaron las cintas a las flores habrá que confiar en que cada quien recuerde a sus deudores como nosotros recordamos a quienes nos adeudan que diría el fraile caribeño.

Luego viene lo de los pésames.

Nadie se quiere ir sin besarlos a todos, por si acaso. Besa que algo queda, no sea que luego vengan a recriminarte no haber ido al entierro. A otras les da por desmayarse o por gritar de un modo lastimero el nombre de la muerta. Gracias al cielo, debiste de pensar, se comportaron todos con decoro y fueron abandonando el cementerio con la presteza y el orden de una colonia de hormigas. Tú decidiste quedarte un poco más. Te atreviste a subir el peldaño de la escalerilla donde un segundo antes el enterrador loro había grabado las iniciales de tu madre, la fecha y una cruz algo cambada en la moldura aún húmeda. No pudiste resistir el impulso de acariciar la losa que aún no era losa, sólo barro mojado. Pasaste tus dedos por la mezcla dejando un leve rastro que, lejos de eternizarse, quedaría sepultado unos días después, cuando le colocaran la lápida de mármol negro y sencillo con los nombres de tus padres inscritos en letra blanca. Nadie osó reprochártelo. Nadie. Cualquiera de ellos hubiese hecho lo mismo de no haberte adelantado tú.

Maruca Bermúdez estaba, pues, enterrada. Mario se había encargado de que no hubiese dudas, de que todos supiesen que era Maruca Bermúdez y no Inés López o Blanca Álamo la que descansaba allí. Hasta que le tocara el turno al siguiente. Si es que habría un siguiente. Porque, cuando había salido a la palestra el tema de la muerte, tus hermanos habían mostrado siempre predilección por ser incinerados. Les parecía menos latoso. Más práctico. Miguel ya lo había dejado escrito en testamento para que nadie se llamara a engaño. Todos lo tenían claro. ¿Todos? No. Claro. A Mario le daban grima las incineraciones. Era el único que había mostrado siempre su querencia a los entierros. Él heredaría el nicho. Claro. Por eso la obsesión de que fuera Maruca Bermúdez y no Inés López o Blanca Álamo quien estuviera allí. Claro. ¿Cómo iba él, con sus manías y sus supersticiones, a permitirse la duda de pasar el resto de la eternidad junto a una extraña? Claro. Jodido Mario.

De todas maneras, tampoco tenía sentido para ti aquello de la eternidad. No. Para ti lo que había en la caja que acababas de enterrar no era tu madre, era el cuerpo vacío, la envoltura, la funda de lo que una vez fue tu madre. Para ti Maruca Bermúdez estaba ya y por siempre en tu memoria y sólo se borraría cuando murieras tú, ni un segundo antes. Y, entonces, desandando el camino hasta la puerta del cementerio, te vino a torturar de nuevo una vieja agonía, la misma que tanto te angustió en otra época, la que deben de sentir todos los hijos chicos del mundo, la de tener que enterrarlos a todos, la de quedarte de depositario de sus recuerdos, la agonía absoluta de que, cuando murieras, ya no quedaría nada de Agustín y Maruca, de Miguel y Mercedes, de Mario y Maite y Mónica. Y el peso de esa angustia se te notó

en el rostro, siete veces más arrugado. En las huellas del sendero, siete veces más profundas que las que habías dejado a la ida. Tuviste que parar en una de las fuentes de San Lázaro, una redonda con molduras doradas. Y bebiste por ocho. Y cerca, a la sombra de un laurel de indias, hallaste a Concha, con sus ojos lindísimos cuajados de llorar. Y te abrazaste a ella con el amor y la fuerza y el llanto de los ocho.

Regresaron los tres en el coche de Miguel porque tú odias conducir y Mario, con la vaina de custodiar los restos de tu madre para que no le dieran el cambiazo, había dejado el suyo en el aparcamiento de Santa Catalina. Hacía un calor de espanto. Aun con las ventanillas abiertas, no había quien respirase. Por el camino le relataste a Mario la misa y le diste la nueva de la muerte de tía Nacha. Tu hermano se giró en su asiento, ¿no jodas?, ¿Nacha aún vivía?, pues tenía que tener lo menos cien años. Miguel le enmendó la plana, qué va, sólo noventa y siete. Y Mario, con su acidez habitual, pues ya podía haberse esperado una semana más, carajo; me estoy cayendo de cansancio. Todos estaban igual y decidieron que irían a comer algo, a tumbarse una hora y a darse una ducha antes de que llegara Nacha al tanatorio.

Sin embargo, la dicha nunca dura en casa del pobre. Y el invento se les vino a joder porque los restos de tu tía ya habían llegado y (no por previsible menos cruel) no había nadie de su familia esperándolos. A ninguno de ustedes le extrañó. Ismael y Álvaro eran así de despegados. Raros como ellos solos. No habían asistido a ningún entierro familiar en veinte años, ni siquiera para guardar las apariencias, ¿por qué habrían de ir al de su madre? Sólo estaba Asunción, que no se separó de su señora ni después de muerta. La peruanita (la espalda contra la pared, las manos cruzadas, pudorosas, sobre el sexo, los hombros caídos, la mirada huérfana) parecía una isla perdida en el océano de rostros desconocidos que iban y venían a agasajar a sus propios difuntos. No había caso: el sueño y la ducha tendrían que esperar.

Llamaron a Mercedes para avisar que no irían a comer, que no los esperaran. Miguel se quedó consolando a la inconsolable muchacha. Mario fue a cambiar de sitio el coche antes de que algún mentecato con uniforme se lo multara. Y tú, no más por matar el rato, aprovechaste para visitar a la Velasco y encargarle otro ramo.

—¿No le gustó el anterior?

—Me encantó, Macarena. Pero éste es para otra muerta. La hermana de mi padre.

—Caramba. Tanto que lo siento.

—Más lo siento yo, que no puedo marcharme a casa a lavarme un poco.

—Eso podemos remediarlo.

—¿No me dirá que, además de ataúdes, venden bañeras?

—No. A tanto no llegamos. Pero ahora está la *suite* desocupada y tiene una pequeña tina.

—¿La *suite*?

—Sí. Es una cámara más grande para clientes importantes.

—¿Y qué hay del eslogan ese de que todos los muertos son importantes?

—Esto es un negocio, no una ONG. Todos son importantes para nosotros pero hay quien paga más por sentirse especial.

—¿Y yo tendré que pagar más por usar la *suite*?

—No. Tú ya eres especial.

En otras circunstancias hubieras tomado como un cumplido aquel tuteo y aquella insinuación, pero estabas roto. Ni tu cuerpo ni tu alma ni tu mente andaban para

romerías. Fue la primera conversación seria que tuviste con ella. Lo del cuerpo, el alma y la mente. Le explicabas a Macarena, mientras la muchacha te guiaba con paso firme y una toalla azul doblada sobre el brazo a la famosa *suite* del Santa Catalina, tu teoría acerca del funambulismo y el amor. ¿El funambulismo? El equilibrio. Te referías al equilibrio. Era algo que llevabas rumiando algunos años cada vez que intentabas interpretar por qué era tan difícil hallar acomodo en un mundo tan lleno de contradicciones. Según esa teoría, así como la esencia de la naturaleza se componía de cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego), la esencia del hombre estaba compuesta por tres: cuerpo, alma y mente. ¿Y la de la mujer? Por supuesto, también la de la mujer, te referías al ser humano en general, no había que ser tan susceptible, Macarena, caramba. El caso es que, para que todo funcionara de un modo correcto, para que el ser humano mantuviese la armonía con la naturaleza, esos tres elementos debían estar equilibrados.

Incluso adornaste tu tesis con ejemplos.

A saber: los sabios se lamentan porque nunca saben lo suficiente, mira, si no, la duda cartesiana; los buenos porque nunca son demasiado virtuosos, de ahí que sigan mortificándose con el cilicio hasta despellejarse vivos; y los bellos, porque a cada poco se descubren una arruga o un pliegue con los que no contaban. De manera que para alcanzar la plena felicidad, si es que tal cosa existe, que tú jamás has creído tamaña estupidez, hay que mantener un equilibrio escrupuloso al treinta por ciento. ¿Al treinta por ciento?, eso suma noventa, ¿qué hay de los diez que faltan? Ah, amiga, ahí tenemos el *residuo fluctuante*. A lo largo de la existencia, ese diez por ciento va acomodándose a las circunstancias. Sí. Pendulea de un lado a otro. Lógico, ¿no? Cuando se es joven, el cuerpo pesa más que el resto. Cuando uno madura, es la mente la que ocupa su lugar. Y en la vejez, cuando al cuerpo y la mente les da por chochar, sólo te queda el alma; si no, que Dios te coja confesado.

Hasta ahí a Macarena le pareció una teoría linda. Algo disparatada, pero linda. Sin embargo, la Velasco no era de las que se conformaban con una simple explicación. Necesitaba más. ¿Cuánto más? En principio, hasta saber dónde encajaba en esa teoría lo del amor. Ah, claro, eso. Eso era más complejo. Mejor que Macarena se sentase. ¿No te importaba que estuviese allí mientras tú te lavabas? No. Tú no tenías nada que esconder. O nada que enseñar, que no es lo mismo pero es igual. Claro que, a lo peor, la directora sí se sentiría incómoda. Y en la antesala del aseo había una sillita que parecía cariñosa. Mejor. Así ella no podría verte pero sí escucharte. ¿Por dónde ibas? Ah, sí. Lo del amor.

Era una consecuencia, desde luego. Una vez que se estaba en armonía, que uno se comprendía a sí mismo, era el momento de entender al otro. Y si lo primero era difícil, riéte de los peces de colores, porque lo segundo era puritito encaje de bolillos, alta definición, suma ciencia. ¿Complicado? Muchísimo. Tú tenías experiencia. ¿Muchísima? No, escasamente tres. Sí, como lo estaba oyendo Macarena. Cuarenta y pico años y sólo tres amores. Tres. Como las Gracias de Rubens. Como las virtudes

teologales. Como las hijas de Elena, sólo que allí todas eran buenas. Por supuesto que sí. Todas. Cada una en su elemento. La primera tenía el corazón más grande que el océano; la segunda discutía con la frialdad de un iceberg; y la tercera escondía un volcán bajo la falda. Dicho así, con las tres juntas ¿se hubiera creado la mujer ideal?

Desde luego que no. Eso era un truco rastrero. Una fullería de trilero barato. No. La vida no admitía ese tipo de componendas. No. No se trataba de crear a la mujer perfecta. Eso se lo dejarían a Dios, si es que Dios estaba por la labor. Qué va. Se trataba de encontrarla simplemente. Y Macarena no debía de llevarse a engaño, porque era más difícil encontrarla que crearla. Y que se fijase bien que no se trataba de que todas las piezas encajaran del todo. Eso era la luna y tú no pedías la luna. Tú acaso buscabas una mujer menos tierna, menos astuta y menos pasional con la que despertar cada mañana. ¿Te hubieras conformado con eso? No era cosa de conformarse, ése era un verbo que jamás te gustó. Uno puede conformarse con una casa más pequeña, un coche menos rápido, unas vacaciones más cortas. Uno se hace a todo. Pero cuando se trata de la persona que quieres no valen los apaños. Tienes que creer que es lo mejor del universo. Si no, mejor ni intentarlo.

Macarena, en este punto de tu cábala, hizo un ruido sordo que no te pasó desapercibido. Como si tragase saliva. Entonces te sobrevino la duda de si no te habrías pasado con la teoría de los tres elementos. Porque una de dos: o Macarena se había emocionado y se le habían saltado las lágrimas; o, peor, se estaba aguantando la carcajada para no ofenderte. Cualquiera de las dos alternativas te pareció terrible, así que terminaste de lavarte en silencio. Te secaste con la toalla azul que, por cierto, raspaba como papel de lija. Arrancaste un geranio que había en una jarra de elegante cristal. Lo desbrozaste. Te restregaste sus pétalos por el cuerpo para disimular el olor indisimulable de una noche en vela. Te volviste a poner la misma camisa arrugada. Y saliste del baño. La Velasco ya no estaba. Te esperaba afuera, en un jardincillo de estilo japonés que venía con la *suite*. La encontraste agachada arreglando unos matojos. Cuando se levantó y se giró hacia ti para recibirte, nadie hubiera podido adivinar cuál de las dos reacciones había tenido unos minutos antes.

—He de darte las gracias, Macarena. Me has salvado la vida.

—No exageres. Además, ya me considero pagada con la lección.

—No me hagas mucho caso. Normalmente la teoría no suele funcionar.

—Al menos has tenido tres oportunidades para demostrarla.

—Bueno, no puede decirse que sea una muestra concluyente.

—Depende. A mí me vale. Yo sólo he querido a una persona en mi vida.

—¿Una sola? ¿Y qué ocurrió?

—Mírame. Dirijo un tanatorio. Mi familia lleva haciéndolo desde la reconquista. No es un oficio en el que conozcas a demasiada gente... viva. Nadie está a gusto mucho tiempo a mi lado. Los hombres suelen asociarme con el sufrimiento y el dolor.

—Los hombres somos imbéciles. Deberías saberlo.

—¿Qué quieres que te diga? Tú no pareces un imbécil.

—Dame tiempo y verás.

—Por lo pronto, sólo sé que tienes una teoría peregrina sobre el amor. Eso y una familia que se muere demasiado.

—Y más hambre que un perro chico. ¿Aceptas que te invite a desayunar?

—¿A desayunar? Es la una y media.

—Joder, cómo pasa el tiempo. Bueno, pues almorzaremos.

—De acuerdo. Pero pago yo. No hay discusión sobre eso. Primero, porque estamos en *mi casa*; segundo, porque ya me está entrando mala conciencia por hacer negocio con tus muertos; tercero, porque conozco un sitio a la vuelta de la esquina donde se come mejor que en la cafetería del tanatorio.

—En el infierno se come mejor que en la cafetería del tanatorio.

Hallaste a Miguel y a Mario, al fondo del pasillo, sentados en la sala que le habían destinado a tu tía. Los hijos de Nacha aún no se habían dignado a aparecer. Asunción había dejado mensaje a Álvaro y a Ismael en sus contestadores para que la llamaran en cuanto pudiesen. No dijo más. No se atrevió a darles la noticia por medio de una máquina. Así, de sopetón, le parecía una manera desconsiderada de decirle a alguien que se ha quedado huérfano, ¿verdad? Ninguno de los dos, hasta el momento, le había devuelto la llamada. Quizás habrían ido a la casa de la señora y, al no encontrarlas allí, habrían pensado que estarían de paseo, ¿verdad? O a lo peor estaban fuera de la ciudad. Los dos trabajaban en una empresa de exportación y debían viajar casi todas las semanas fuera de la isla. Cualquiera sabía, ¿verdad? Asunción tenía esa coletilla. A cada poco soltaba lo de «¿verdad?» como si no estuviera segura de su castellano.

Mario no tuvo reparo en pedirle a la muchacha el número de teléfono de los dos para explicarle a los putos contestadores, así, a pelo, que en el tanatorio de Santa Catalina estaban esperándolos para arreglar los asuntos de un entierro. Les soltó el cuento de que, si no aparecían en dos horas, devolverían el cadáver de Ignacia Cabrera a la morgue municipal y allí se quedaría para que practicasen los estudiantes de Medicina. La segunda vez que dio el recado, acaso recordando el carácter endiablado de la difunta, a pique estuvo de cambiar Medicina por Veterinaria. No tenía pelos en la lengua Mario. Conocía bien a tus primos. Hablaba su mismo idioma. Había crecido con ellos. Con Ismael y con Álvaro. Y también con Andrés y con Tomás y con Agustín. Eran una pandilla. Todos tenían la misma edad. Es algo que suele ocurrir en las familias tan grandes. Algo que imprime carácter. Está en su naturaleza. Pasa como con las migraciones de rumiantes africanos. Todas las hembras acompañan el parto. Paren a la misma vez. Así pueden escapar mejor de las fieras. En el caso de los Cabrera los motivos eran diferentes. No tenían miedo a los depredadores. Los depredadores eran ellos, brutos como la madre que los parió. No. Lo hacían para criarlos a todos juntos. Para que pasaran al mismo tiempo, en la misma alcoba, a veces en la misma cama, la escarlatina y las paperas y el sarampión y dejaran de andar jodiendo con un goteo incesante de enfermedades infantiles.

Tú no viviste esa experiencia, claro.

Tú llegaste más tarde, cuando nadie te esperaba ya. Tu madre era la más joven de sus hermanos. Y tú el más joven de los tuyos. Se juntó el hambre con las ganas de comer. Total, que nadie te esperaba. Eso lo aprendiste pronto. Porque nadie supo nunca muy bien cómo tratarte. Uno te tenía celos porque, decía, le habías venido a robar los mimos. Otra se creía tu dueño. Otro te explotaba de una manera infame para ligar con las chicas. Alguna te llegó a usar de conejillo de indias para cuando fuera madre. Y tú te pasaste la infancia huyendo de todos, de ahí tu fama, ganada a pulso, de tipo solitario. Así que, en cierto modo, te sentías algo ajeno a toda aquella parafernalia de la familia. La familia. Te sonaba a *El padrino*, sólo que sin metrallas ni la cabeza sangrante de un caballo en la cama. Corleones de medio pelo. Y no pude decirse que no los quisieras. Los querías. A tus hermanos. Con los primos te faltaba ese vínculo de babas y sudor y termómetros compartidos. De guerreas y meriendas. De penas y castigos. Algunos de ellos tenían treinta años más que tú. ¿De cuándo a dónde se podía tener ninguna afinidad con tremendo interludio? Por eso te resultaba tan extraño que Mario hablase a Ismael y a Álvaro con aquella crudeza, eso sólo lo daba la mucha confianza.

Asunción compartía contigo esa extrañeza.

Miguel no. Miguel se limitaba a sonreír de un modo socarrón. A evocar tal vez algún viejo recuerdo. A pasarle el brazo por el hombro a la peruanita en un intento de confortar su angustia. Allí los dejaste a los tres sentados, cada uno con sus aflicciones. Te dio cierto reparo. Pero pudo más el hambre que el remordimiento. En una hora estarías de regreso. Lo jurabas. Una hora. El tiempo justo para tomar algo con Macarena en una taberna que, luego lo descubriste, estaba a la vuelta de la esquina y en la que se comía infinitamente mejor que en el bar de Santa Catalina. Mario arrugó la frente y sacó los colmillos. ¿Quién era esa Macarena? La mujer de las flores y los ataúdes. ¿Te la estabas ligando? Pues no. ¿El día en que enterrabas a tu madre? Que no, hombre, que no. ¿Y tenía buenas tetas? Pues sí; no habías caído en ello, pero sí que tenía buenas tetas. ¿Y el culo? Bueno, ya estaba bien de interrogatorios, coño, que sólo ibas a almorzar.

A Macarena le hizo gracia el interés que había despertado la improvisada cita. Como ella no tenía hermanos, no sabía lo impertinentes que podrían llegar a ser. Tuviste que asegurarle, en cualquier caso, que aquello era infrecuente. Que en casa nadie solía hacer preguntas. Que a nadie interesaba con quién entrabas ni con quién salías. Que bastante tenía cada quien con su vida. Por supuesto que no te atreviste a revelarle el asunto de las tetas no fuera que se ofendiera. Y es que, tal y como fue la conversación con Mario, tan ofensiva podría considerarse la respuesta como la pregunta. Acaso más. De manera que mejor no entrar en detalles. El único inconveniente fue que no paraste de mirárselas. Y eso ella, naturalmente, lo notó.

Siempre lo notan. A veces les gusta y a veces les asquea. A veces disimulan y a veces no. A veces sacan partido de su ventaja y a veces te perdonan la vida. Pero

siempre lo notan. Macarena, educada anfitriona, en esa ocasión no se dio por aludida. Te acompañó a comer, aunque casi ni tocó el almuerzo. No era mujer de mucho apetito. Imaginaste que tenía que ver, como tantos otros rasgos de su temperamento, con un oficio chungo. ¿Quién tiene ganas de nada después de haber saldado la venta de un féretro y dos coronas de flores rojas? Se pasó todo el rato jugando con el tenedor. Quitándole la grasa a su bistec de ternera. Apartando las papas. Hurgando en la ensalada. Estabas ya dispuesto a pensar en una maniática, en una loca del régimen cuando Macarena llamó al camarero, le preguntó si tenían Cadbury y, encantada como una chiquilla chica, le pidió una tableta. Se la ventiló ella sola. Entera. Una con almendras, avellanas y pasas. Era su único vicio confesable, dijo. Más que un vicio, una necesidad. Eso y su manía por las fechas. ¿Las fechas? Sí, las fechas. Era capaz de recordarlas todas. Desde su primera regla hasta su última decepción amorosa pasando por la operación de hernia que había sufrido. ¿También eso? También. El dieciséis de mayo del noventa y cinco. ¿Cómo podía recordarlo? Ah, claro, el mismo día que murió Lola Flores. Qué casualidad.

Así que el chocolate y los números eran su pasión. Mientras se zampaba el Cadbury se interesó por tu teoría del funambulismo y el amor. Acaso le buscaba macas a su propia existencia. Le intrigaba tu fijación con la naturaleza.

—¿Por qué?

—Porque empleaste un símil muy curioso cuando mencionaste tus matrimonios.

—Yo jamás dije matrimonio. Hablé de relaciones.

—Ah, perdona.

—No. No hay problema. Simplemente quería aclarar ese punto. Yo sólo me he casado una vez.

—¿Y qué tal la experiencia?

—¿Has oído esa copla que dice ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio? Pues hasta ahora. Cada vez que la veo se me encoge el alma pero ni yo tengo fuerzas para pedirle que vuelva a amarme, ni ella las tiene para perdonar.

—¿Cuál de ellas era? ¿El océano, el iceberg o el volcán?

—El océano, sin duda.

—¿Y las otras?

—Las otras...

—Oye, que a lo mejor estoy siendo demasiado curiosa. Si quieres hablamos de otra cosa.

—Qué va. No me molesta. Tampoco se trata de secreto de sumario, mujer. Estaba pensando en las otras. La verdad es que no sé por qué adopté esas comparaciones. Resultan muy cursis.

—Nada de eso. Son muy expresivas. De hecho estaba pensando con cuál de ellas podría identificarme yo.

—Con ninguna. Tú serías un géiser.

—¿Un géiser? ¿Y eso es bueno o malo?

—Ni una cosa ni otra. Cada uno es como es.

—Un géiser. Me gusta. A mi ex le hubiera parecido muy realista.

—¿Qué ocurrió?

—¿Cómo que qué ocurrió?

—Mujer, nadie se convierte en ex si no ocurre nada.

—Ah, claro. Pues me dejó.

—Suele ocurrir.

—Sí. Lo que no suele ocurrir es que te dejen por otro.

—¡Caramba! ¡Qué moderno!

—No veas la gracia que me hizo la modernidad.

—Lo siento. No pretendía burlarme. Es que me resulta tan... novelero.

—Más que una novela, fue una mala película. Se llamaba César. Se pasaba la vida mirándose al espejo, completamente obsesionado con su cuerpo. Un tipo, ¿cómo dijiste tú?, ¿desnivelado?

—Desequilibrado.

—Pues un tipo desequilibrado. Después de trabajar se iba al gimnasio y se pasaba hasta tres y cuatro horas. Así que cuando nos veíamos siempre andaba cansado. Luego me enteré de que allí no sólo hacía pesas. Un amigo lo pilló en la sauna con su profesor de artes marciales. Creo que ahora viven juntos.

—¿Y no lo viste venir?

—No. Fue mi única relación, de modo que no tenía con qué compararlo.

—Pero en algún momento tuviste que notar algo.

—¿Te refieres en la cama?

—Por ejemplo.

—Es cierto que no se esmeraba mucho. Él me decía que era un mito eso de que los hombres pensaban en el sexo a todas horas. Incluso se quejaba de que yo era demasiado... impulsiva.

—¿Qué tipo!

—Ni que lo digas. Lo que más me cabreó no fue que me engañara, sino haberme pasado tres años sintiéndome una ninfómana o algo así. Fíjate que llegué a ir a un psicólogo y todo. Me gasté una fortuna en terapia de pareja sin pareja. Más que engañada, me sentí ridícula.

—Lo imagino.

—Eres la primera persona a quien le hablo de esto. Y apenas te conozco. No sé por qué te lo cuento.

—Porque te salgo más barato que un psicólogo.

Regresaste, como habías prometido, a la hora. Tus hermanos estaban donde antes, pero no como antes. Mostraban una actitud agitada. Andaban nerviosos. Habían dejado a Asunción en la salita con unas vecinas recién enteradas de la muerte de Nacha. Charlaban de pie, en un murmullo inaudible, algo insólito en tu familia. Miguel, nada más verte, mudó el semblante. Agarró un periódico que tenía bajo el

brazo y comenzó a abrirlo. Escarbó entre sus páginas con decisión. Como si buscara una noticia concreta. Una noticia que, era evidente, te afectaba a ti. Aún no habían podido haber publicado ninguna esquela de Nacha así que la novedad tenía que ser otra. En ese momento pensaste que, al fin y a la postre, nada podía afectarte más. ¿Qué más monstruoso que una muerte?

Un asesinato.

Te lo contaron por encima.

Sin entrar en demasiados detalles. Obviando, con seguridad, alguna truculencia. Titubeando a la hora de la sangre. Bajando la voz en las cuestiones más escabrosas. Alguien había matado a Diana Arbelo. Su cadáver apareció, oculto bajo unos cartones, en un zaguán oscuro de la ciudad vieja. La habían cosido a puñaladas. Por lo menos veinte. La descubrieron de amanecida unos barrenderos a quienes aún estaban reanimando del susto. La policía no descartaba nada, pero todo parecía indicar que había sido algún pirado para robarle el monedero. Bien es cierto que veinte puñaladas para robar un monedero era mucho, ni que lo llevara encadenado a la muñeca, joder. Pero hasta que no acabaran con la autopsia no habría más pistas. Te lo contaron y a ti te dio por pensar cuánto llevaría Diana en el monedero. ¿Diez euros? ¿Quince? ¿Alguien puede matar por quince euros?

Era tu amiga. De los tiempos de la universidad. De cuando todo era como en los anuncios. Con ella descubriste a Woody Allen. A Pablo Milanés. A Cortázar. Y las exposiciones del Ateneo de La Laguna. Y las huelgas. La primera sentada (protestaban por la muerte de un estudiante a quien habían tiroteado en un pasillo de la Facultad de Derecho) la vivió a tu lado. El único porro de tu vida te lo fumaste con ella. Con ella y con media docena de estudiantes más. Fue en un chalet a las afueras. Iba a ser el prelude de una orgía inolvidable. Los había llevado la hermana de Diana, Sofía, una muchacha inquieta cuya única obsesión era probarlo todo antes de los cuarenta. Pero aquello de pasarse un canutillo babeado no iba contigo. Lo supiste nada más probarlo. Y se lo dijiste a Diana, me quedo con el ron, m'ija, me coloca lo mismo pero las babas son sólo mías. Diana te sacó de allí antes de que la cosa se pusiera fuerte, si te molesta compartir las babas, no quiero contarte lo que viene ahora. Y se fueron los dos al Camino Largo a acabarse la botella de Cacique y a morirse de risa.

Tú eras demasiado tonto y ella demasiado lista. Por eso tú te enamoraste de ella y ella de ti no. Pero, a Diana lo que es de Diana, la mujer se mantuvo firme en la amistad durante veinte años. A mediados de los noventa se casó. Y tuvo dos hijos, un niño y una niña, como mandan los cánones. Entonces dejaste de verla. Le perdiste algo la pista. Sin embargo, no pasaba un cumpleaños o una navidad en la que no te llamara para preguntar cómo estabas. Por eso te había extrañado que no hubiese asistido al entierro de tu madre, aunque no le diste mayor importancia. No se habría enterado. Habría estado liada. Se lo habrían impedido los niños. Después de la noticia del periódico, comprendiste la razón. Y empezaste a pensar en una aciaga maldición, la maldición de Dédalo o algo por el estilo. A creer que ya no volverías a salir de aquel laberinto ciego. A aborrecer aquella negra maleza de anturios y ataúdes. A sentirte fatal. A sudar. A respirar con dificultad.

Necesitabas un cuarto de baño.

Tuviste claro que no ibas a llegar al de la *suite* del tercer piso, así que corriste al que estaba al final del pasillo, detrás del ascensor. Al menos hubo suerte: no había

nadie. Entraste. Cerraste la puerta. Y, sin siquiera encender la luz, alcanzaste el retrete con el impulso justo de vomitar hasta la bilis. Te quedaste ronco del esfuerzo. Llegaste a pensar que ibas a desmayarte. Pero no. El agua fría te devolvió el aplomo. Metiste la cabeza bajo el grifo y la dejaste correr hasta que se te cuarteó la piel de la nuca. Al levantarte, la imagen que te devolvió el espejo era confusa y turbia. Entre tu aspecto deplorable y la rotura en forma de tela de araña del cristal, tu copia dejó de parecerse a ti. Aquél no podías ser tú. Miraste atrás por si había otra persona que no hubieras oído entrar, pero estabas solo. Más solo que nunca. Y te regresó la acidez y el recuerdo de Diana Arbelo y las ganas de vomitar. Y el sudor frío. Y las lágrimas calientes. Y el miedo.

Cuando volviste a la vida, media hora después, ya habían llegado los *infieles*. Mario te fue a buscar al lavabo por ver si no te habías muerto y ponerte en antecedentes, llegaron los infieles; joder, parece que vienen de invitados a un bautizo; vas a tener que ayudarme porque hoy no se van de Santa Catalina sin llevarse una patada en el culo. Allí estaban, en el umbral de la habitación de Nacha, sin atreverse a entrar. Asunción señalaba al interior como si fuera la propietaria del chiringuito y los invitara a pasar, pero ellos no se daban por enterados y continuaban saludando a los pocos conocidos que había en la antesala. Alguien, ya sin tapujos, les preguntó si no querían ver a Nacha. E Ismael respondió que ni hablar, que él quería mantener el recuerdo de su madre viva. Eso hubiera colado si Nacha hubiese sido la mujer más hermosa de la isla. O si hubiese muerto en un accidente y se le hubiese desfigurado el rostro. Pero Nacha era fea a rabiar. Y muerta, hasta Asunción tuvo que reconocerlo, había ganado. De modo que Ismael se retrató tal como era.

A ti te dio lástima por los chiquillos, que eran los que parecían sentirlo. No, mejor: eran los que de verdad sentían lo de su abuela. Álvaro estaba más disgustado que afligido. Para tu primo todo aquello era una lata, una contrariedad. Cuando habló fue para decir que aquello lo cogía en un mal momento. Y Mario, estaba escrito, estalló. Llevaba tres días muy jodidos para aguantar, encima, sandeces de ese calibre. Mario era de los que se ponía a contar hasta diez y al cuatro ya se lo llevaban todos los demonios. Estaba de Dios que no pudiera contenerse, ¿un mal momento para ti, Alvarito?, imagínate para ella, cojones. Antes de que se desatara la furia, agarraste a tu hermano y te lo llevaste, casi a rastras, a tomar una copa. A mojarle las patas a las muertas. Dejaste a Miguel, que aguantaba mejor los chaparrones por aquello de ser el mayor, el más formal, el más serio, explicándoles a tus primos el estricto ceremonial de buscar los papeles y elegir ataúd y decidir dónde, cómo y cuándo la iban a enterrar.

Mario estaba cansado. Había llevado muy bien la primera muerte pero ya empezaba a dolerle todo. Y más que todo el alma. Tenía un carácter así de enigmático: bruto y noble, cruel y tierno. Algo anfibio, se manejaba igual de bien en la sequía que en la inundación. Y, si bien reconocía que a Nacha había que echarle de comer aparte, que tenía un genio endemoniado, no concebía la ingratitud de tus

primos, esas cosas se pagan, coño, tarde o temprano acaban por pagarse, mira la lección que le están dando a los chiquillos, van a creer que lo natural es eso, abandonar a tu madre y olvidarte de ella una vez que se muere, joder. Tú lo dejaste hablar, no tenías ánimo para entrarle al trapo. Lo dejaste hablar y beber hasta que se durmió en la silla de puro hastío. Entonces le pediste a Miguel que se lo llevara a descansar. ¿Y tú? Tú sobrevivirías. Alguien tenía que representar a la familia, ¿no? Pues te quedarías un rato por allí y, luego, con disimulo te harías invisible. Tenías manga ancha con la jefa del cotarro. Y querías comprobar si los sofás de la célebre *suite* eran tan agradables como decían. Eso le dijiste a Miguel. Pero con la boca pequeña. Mentira piadosa. La cruda realidad era otra. Tenías miedo. Un miedo loco a que la soledad se te cayera encima. A no poder soportarla. A que la imagen de tu madre en la cama de la clínica, tu madre agonizante, tu madre abriendo los ojos por última vez, tu madre mirando al vacío, tu madre muerta, te asaltara en tu casa, en tu alcoba y en tu vida vacías.

Ismael y Álvaro se habían dedicado a recibir a los vecinos con desgana, como si la cosa no fuese con ellos. Por suerte, pronto llegó la caballería. A eso de las cinco el clan de los Cabrera ya había vuelto a conquistar la llanura de Santa Catalina. Los muy jeringados estaban como nuevos. Nadie hubiera dicho que era su segunda batalla en cuarenta y ocho horas. Tú buscabas una excusa para escapar, cobarde, de aquella avalancha. Pero te fuiste enzarzando en saludos y conversaciones, en cuchicheos y novelorías. Por un momento te pareció que andabas enredado en la maraña de una pesadilla, en un *déjà-vu* amargo que amenazaba con helarte el pecho. Que aquel instante ya lo habías vivido el día anterior cuando el velatorio de tu madre. Que ya habías respondido a las mismas preguntas, que ya te habías reído de las mismas bromas, que ya habías consolado a la misma gente. Con la excusa de que debías hacer una última gestión, te escabulliste entre la marabunta y fuiste a por Macarena.

La Velasco se había mudado de ropa. Y se había recogido el pelo con una fina traba en forma de abanico. Ahora llevaba un traje pantalón de color aceituna y unos zapatos de tacón oscuros, de ese tono impreciso entre el azul y el negro. Debiste de mirarlos demasiado tiempo porque la muchacha te preguntó, con un pudor casi infantil, si no te gustaban. Por supuesto que sí. Te encantaban. Si fueras fetichista, coleccionarías zapatos de tacón. Y los suyos serían las joyas de la colección, los Picassos. Pero, para ser sincero, no eran los zapatos los que te habían sorprendido, sino el escote de sus dedos blancos. ¿El escote de...? Sí. Esa línea de piel diminuta que se asoma de la lengüeta. Esa y *griega* suavísima, esponjosa que despunta del botín. ¿Qué quería ella? Cada quien tenía su fijación. Y la tuya era ésa. La risa arrebolada de Macarena se desparramó como un torrente por la oficina. ¿Era cosa de ella o estabas coqueteando con la dueña de un tanatorio? No. O sí. A ti te gustaban las mujeres y, hasta donde sabías, las dueñas de tanatorios también eran mujeres.

Pero esa segunda visita del día no era de cumplido. Era de socorro. Necesitabas dormir unas horas. Y habías pensado que, tal vez, a Macarena no le importaría que

abusaras de una recién nacida amistad para utilizar un sofá de la *suite*. La Velasco se mordió el labio inferior. Y te miró como miraría a un perro lastimero. Y se le congeló la risa. Negó con la cabeza. Las tres veces de Pedro. Lo sentía. Lo sentía muchísimo. Tú no sabías cuánto. Pero el caso era que acababan de reservar la *suite*. ¿Alguien muy especial? Sí. Un artista. Un pintor alemán. Un judío expatriado. Un fugitivo de los nazis. ¿Todavía quedaban? Cada vez menos, por eso Abraham Hauffmann, que así se llamaba el tipo, era un caso excepcional. Había nacido en Berlín, pero estaba afincado en la isla desde hacía veinte años. Acaso no fuera demasiado conocido pero tenía amigos influyentes. Vivía en una playa del sur. En las faldas de un risco. A orillas del océano. En una casa vieja de pescadores que había rehabilitado y había convertido en taller. Y del sur habían llegado tres guaguas llenas de amigos del berlinés con el alcalde del pueblo a la cabeza. Y no había modo de meterlos a viaje en una de las salas pequeñas. Por eso Macarena necesitaba la *suite*. Y por eso se había cambiado de ropa. Para recibir al alcalde.

Tú no querías pecar de majadero pero, si el tipo vivía en el sur, a qué demonios venía un velatorio a cincuenta kilómetros de distancia. Macarena ya te lo había dicho. Venía a que Hauffmann era alemán y no tenía familia en la isla. En cambio, tenía un amante. Arquitecto o aparejador, no lo recordaba bien. Un tal Torres. Y éste sí que era de allí. Del cogollo de la ciudad. De una familia noble. Pedigrí por los cuatro costados. Sí. Los cuatro abuelos de categoría. Al parecer, su historia con el pintor había dado más de un disgusto. Sí. Y ya, para remate de la puñeta, el arquitecto o aparejador había pedido que lo enterraran en el panteón familiar. Al parecer se lo había prometido a Abraham en su lecho de muerte. De todo eso se había enterado Macarena nada más llegar del almuerzo. ¿De todo? Porque lo de pintor y lo de berlinés pudiste suponerlo por la réplica borrosa del documento de identidad que habían remitido por fax y que Macarena llevaba en la mano para demostrarte, ni que hiciera falta, que no mentía con lo de la *suite*. Pero la martingala del judío perseguido, del novio arquitecto y del juramento *in articulo mortis* era ya demasiado suponer, ¿no? Claro que era demasiado. De esa parte se enteró por el alcalde, que no supo mantener la lengua quieta en el quicio de la boca.

Tú seguías sin querer parecer impertinente. Y le dejaste sentado a Macarena que no necesitabas más pruebas que su palabra. Que no debía tomarse como un reproche lo que ibas a decir. Y que, mil gracias, ya bastante había hecho por tu bienestar. Sin embargo, todo aquello te parecía muy extraño. Si tú hubieras sido un pintor bohemio, si hubieras sido homosexual, si hubieras vivido veinte años a la orilla del mar, de cuándo a dónde te iba a nacer un entierro tradicional. En el panteón de tu novio. Con los hipogrifos de piedra de cantería y los cuatro abuelos linajudos echando pestes. Ni de coña. Hubieras exigido que te envolvieran en un sudario y te botaran al océano. Sin rezados. Sin llantos. Sin curas. Sobre todo, sin curas. A la Velasco se le mezcló la lástima con una sonrisa grande y luminosa. Y te aseguró que no se lo tomaba como un reproche, que ella dudaba tanto como tú, que hubiese obrado igual, pero ni era

bohemia ni homosexual ni vivía en la playa, así que se había limitado a cumplir con su negocio. Y ya, metida en gastos, que tú no tenías de qué preocuparte porque, como que se llamaba Macarena Dolores (si le contabas a alguien lo del Dolores te mataba), tú ibas a disponer de un sitio para echarte la siesta. Eso siempre que no fueras supersticioso.

Ni por asomo. Y, aunque lo fueras, estabas demasiado derrotado como para pensar en ensalmos y supercherías. Necesitabas cerrar los ojos. Apoyar la cabeza. Levantar los pies. Te daba igual el suelo que el cielo. Con cualquier rincón te apañarías. ¿La trastienda de un tanatorio? Te cogió de sorpresa. Sonaba lúgubre. A féretros sin remachar. A flores mustias. A crucifijos de bronce que amenazan con caerse encima y romperte la crisma. A tablones de madera que chirrían. A paredes que crepitan. A polvo. A ratas. Macarena levantó una mano en ademán de poner freno a tus dislates. Páreme el carro, amigo. Nada de eso. Su tanatorio pasaba tres controles al año. Y había recibido más de un premio a la excelencia empresarial. Qué te creías tú. Cuando hablaba de la trastienda se refería a un desván. Con un aseo pequeño por si querías lavarte. Eso. Un desván. Pequeño pero limpio. Con cajas apiladas hasta el techo, eso sí, con estanterías llenas de lejía y desinfectante, eso sí, con un armario lleno de fregonas y baldes, eso sí, pero sin féretros ni crucifijos ni tablones chirriantes ni polvo ni, mucho menos, ratas, estamos locos o qué. Te disculpaste. Tu intención no había sido la de ofenderla. Jamás habrías puesto en entredicho su negocio. Ni borracho se te hubiera ocurrido dudar de la excelencia de Santa Catalina. Pero fue ella quien te confundió. Macarena Dolores. No sonaba tan mal. ¿No le gustaba? Vale, vale. Se dijo. Macarena a secas. Pues fue ella, Macarena a secas, la que habló de supersticiones. Ah. Se refería al tanatorio en sí. A la cercanía de la muerte. A dormir bajo el mismo techo que media docena de cadáveres aún sin enfriar, contando a la tía Nacha. Pues eso no te preocupaba. Sólo querías dormir. Y, a ser posible, cinco años.

Tuviste que conformarte con cinco horas que, no obstante, te bastaron para resucitar. Soñaste con Boston. Nunca habías estado allí, pero era Boston. Sus anchas avenidas, sus edificios colosales, sus bares bulliciosos. Llevabas desde el noventa prometiendo a un buen amigo, profesor de literatura por la mañana y guitarrista de jazz por la noche, que irías a visitarlo. Y jamás habías cumplido la promesa. Y tu subconsciente no halló lugar más alejado de aquel infierno que estabas viviendo en la realidad que el sueño bostoniano. Nevaba. Tu amigo llevaba gorro y bufanda. Y lo distinguías por los ojos y la funda negra de su guitarra, una Heritage *sunburst* de madera de arce que mimaba como si fuera su hija. Con toda probabilidad tu subconsciente se ayudó en el *atrezzo* de unas fotos que el profesor te había mandado hacía un año por navidades y, para mayor realismo, del frío que hacía en aquel cuartucho en el que, en efecto, todo estaba amontonado contra las paredes pero muy limpio, con un olor aséptico más propio de sala de operaciones.

Te despertó su mirada silenciosa.

Macarena estaba apoyada en el quicio de la puerta con medio cuerpo dentro de la

trastienda y medio en el pasillo. Había vuelto a cambiarse. Se había puesto un vaquero y un pulóver color teja. Se había soltado el pelo. Y sonreía. Una dulce sorpresa. Estaba guapa la mitad de Macarena. Envuelto en la tontuna del momento, en medio de un bostezo mal disimulado, te dio por el halago, te sienta mejor esa ropa. La Velasco, más ágil y despierta, jugó a desbaratar el sentido de tus palabras, ¿entonces lo del escote de mis pies era un camelo? Y tú, buscando reaccionar, no, mujer, quiero decir que así pareces más natural. Y ella, contraatacando, claro, esta ropa de andar por casa es más de mi estilo. Y tú, de perdidos al río, si ésa es tu ropa de andar por casa, me voy a vivir contigo. Y ella, ja, no aguantarías ni una semana. Y tú, ¿sabes hacer café? Y ella, el café ya viene hecho, yo me limito a poner la cafetera al fuego. Y tú, pues necesito uno largo y negro, ¿qué hora es? Y ella, casi las diez, he venido a despedirme, me voy a casa.

Qué cosas raras son las emociones. Siempre nuevas. Siempre inexplicables. Se te agolpan todas en el pecho. Te roban el aire. Hacen que olvides la noción del tiempo. Que se te desenfoque la realidad. No había más que mirarte a ti. Habías perdido a tu madre, a Diana, a la tía Nacha en la misma tacada. Y, sin embargo, nada tan desgarrador como aquella simple despedida de Macarena. Fue una sensación áspera de desamparo. Te sentiste de nuevo abandonado, huérfano redundante. La Velasco tuvo que notártelo en la cara porque enseguida matizó su desbandada, me voy a casa porque mañana tengo que estar de vuelta a primera hora, ¿vale?, la muerte no descansa los fines de semana y nosotros tampoco; ¿quieres que te traiga algo?; ¿desayunamos juntos? Hiciste un esfuerzo para no inquietarla, una sonrisa ladeada, un breve guiño, claro que sí, mujer, ve a dormir que te lo has ganado, mañana estaré aquí. Y ella, entonces, en un gracioso escorzo, en un gesto de *ballet* como aprendido, se evaporó primero para regresar, plena, impulsada por la mano que tenía apoyada en el bastidor de la puerta, con la fuerza de una tempestad. En dos pasos llegó a tu posición. Te ayudó a levantar. Te echó brazos al cuello. Y te besó. Sólo un segundo. Ni siquiera te dio ocasión de devolvérselo. Notaste el calor húmedo en tus labios. Y luego el duro frío de su nostalgia. Cuando abriste los ojos ya no estaba. Y, de no ser por el sabor a chocolate Cadbury, hubieras creído que lo habías soñado.

La *suite* estaba llena a reventar.

No cabía un alma. Ni en los dos salones ni en la terracita con jardín japonés, donde habían hecho piña los fumadores. No obstante, para ti fue un alivio. No hallaste impedimento para colarte allí. Nadie reparó en tu aspecto. Demasiada bohemia y extravagancia junta como para que un tipo desgredado y astroso llamase la atención. Abundaban los ternos, pese a la época. Los colores llamativos, pese al duelo. Llegaste a pensar, viendo cómo andaba el patio, que en cualquier momento aparecería un camarero de esmoquin immaculado acarreando una bandeja con canapés de salmón.

Para tu desgracia, el baño estaba ocupado. Para tu dicha, mientras aguardabas en la silla en la que Macarena te escuchó la balada de los tres elementos, fuiste tomando apuntes a vuela pluma del novelón de Abraham y Pascual. Un tipo bien trajeado, peinado con raya al medio y gafas de montura dorada, lo definió como una excentricidad, nada que ver un pintor figurativo con un arquitecto clasicista, qué va. Una señora enjoyada, que se aferraba a su bolso de mano como si la *suite* fuese Harlem, corroboró ese juicio, una auténtica locura, veinticinco años de diferencia, una generación, una vida. Una muchacha (voz dulce, uñas comidas, mirada apática) aseguró haberle oído a alguien cómo se conocieron. Fue a finales de los ochenta. En una exposición del propio Hauffmann. Una rareza. La única vez que el artista exhibió sus obras en público. ¿Por qué la única? Vaya usted a saber. Porque era mal pintor. Porque era tímido. Porque era judío. O porque, una vez que conoció a Pascual, ya sólo quiso pintar por y para él. La señora enjoyada arrugó el ceño, no es de extrañar, el chico lo cobra bien, un arquitecto debe de ganar sus buenas perras, de manera que el viejo ya no necesitó exponer un cuadro para vivir. La muchacha desplegó toda su ingenuidad tal que un mantel de cuadros, pues yo creo en el amor, me da igual lo que digan sobre la diferencia de edad, creo en el amor sincero, no todo el mundo se mueve por interés, caramba. El hombre del traje se quitó las gafas, sacó un pañuelo de tela del bolsillo trasero de su pantalón y se dispuso a limpiarlas con toda parsimonia, yo también creía en eso del amor... hasta que me casé; ahora sólo creo en las hipotecas. La mirada de fastidio de la chica lo dijo todo. Pero no insistió en su defensa romántica, tal vez para evitar que alguien aludiese a la condición homosexual de la pareja y se armara la bronca.

La puerta del baño se abrió. Y un anciano de pelo cano y ojos azulísimos salió secándose las manos. Pasó a tu lado. Te saludó con una sonrisa amarga, una sonrisa de velatorio. La señora susurró que era el hermano del pintor, lo que explicaba su gesto, seguro que lo había oído todo. Quisiste intervenir para aclararle a la doña que, según tus apuntes, Abraham Hauffmann no tenía familia. Pero se te adelantó alguien que acababa de unirse al debate. Y, aun antes de que pronunciara una sola palabra, supiste que era Pascual Torres. Por la desilusión emboscada en sus hombros. Por la manera de arrastrar los pies. Por sus ojeras de noctámbulo. El recién llegado sacó a la señora de su error. Sin aspereza. Más bien con el cansancio de quien tiene que repetir

una y otra vez el mismo cuento manido. Y es que todo el mundo lo pensaba. Que eran hermanos. Pero no. Sólo amigos. Muy buenos amigos. También era alemán. De Bonn. De la otra Alemania. Aunque cuando nacieron ambos, desde luego, era la misma. La dividieron después de la guerra. Los vencedores trocearon y se repartieron la tierra de los vencidos.

Se llamaba Noah Klinsmann.

E, igual que Abraham, era judío. Aunque más afortunado. Su familia tenía olfato para muchas cosas. Y olió el horror como otros huelen la mierda. Emigraron antes de que el demonio de Hitler se hiciera fuerte. Antes de que se rodeara de sicarios despiadados. Antes de que impusiera la tiranía de la sangre. Ahora Noah Klinsmann tenía una joyería en una Kasbah del sur. Sí. Más afortunado. Los diamantes siempre tuvieron mejor suerte que los cuadros. Más fáciles de esconder en la faltriquera. De pasar por la aduana. Pascual no lo dijo, pero a ti (y posiblemente a todos, incluida la muchacha) te vino a la cabeza la imagen de los padres de Klinsmann huyendo en barco o en tren o en camioneta con el doble fondo de sus calzoncillos llenos de alhajas. No lo dijo, pero a ti (y posiblemente a todos, excepto la muchacha, demasiado joven para recordarlo) te vino a la memoria la célebre historia del *Sudamérica*, un barco que, tras colisionar con un trasatlántico tres veces mayor, se hundió en el puerto de la ciudad. A la memoria, el fondo de la bahía preñado de cadáveres de hombres y mujeres a quienes el peso de su fortuna les impidió nadar. A la memoria, hombres y mujeres que habían escondido los ahorros de toda su vida en el cinturón o en la faja. Y los ahorros de toda su vida se convirtieron en los ahorros de toda su muerte. A perro flaco, todo pulgas.

Pero Pascual sí dijo (perdón si se repetía, era la emoción) que Noah era el mejor amigo de Abraham. Curioso, ¿verdad? Un rico comerciante y un pobre artista. Pues tenía su lógica hablando de judíos. Una raza aparte. Porque la familia de Klinsmann ayudó a la de Hauffmann (perdón si la cosa parecía un trabalenguas) a escapar del infierno. Y ni tú ni el repeinado ni la vieja ni, mucho menos, la muchacha con toda su inocencia intacta (perdón si alzaba la voz pero quería dejar claro este aspecto de la cuestión) debían pensar que había algo morboso u oportunista en ello. Nada de eso. No los habían ayudado porque Abraham fuese un artista de talento. Eso vino luego, igual que lo de las dos Alemanias. De hecho, el viejo de los ojos azules sólo tenía un Hauffmann en su casa. Una acuarela que el autor le había regalado al padre de Noah y que éste había heredado. Un paisaje furioso, estremecedor con un campo desnudo y humo y lluvia y sangre y lodo y huesos.

No. Que nadie pensase en un favor interesado. Los Klinsmann eran incapaces de eso. Eran buena gente. Ayudaron también a muchos otros que no tenían donde caerse muertos. Otros que llegaron a la isla con una mano delante y otra atrás. ¿De dónde, si no, creían que había salido tanta plañidera en aquel velatorio? ¿A qué tanto despliegue por un hombre que se había pasado los últimos treinta años encerrado en su estudio, pintando, olvidando? Sí. En efecto. *Nunca es triste la verdad, lo que no*

*tiene es remedio.* No habían venido por Abraham. Ni por Pascual. Nada de eso. Pero sabían lo que esa muerte significaba para el viejo joyero de los ojos azules. Y habían venido a honrar a su benefactor. Esa parte del relato la acabó de contar mientras se lavaba las manos y la cara, buscando espantar inútilmente las huellas de su desolación. Porque la amargura que sentía en ese instante nada ni nadie podía mitigarla. Y de eso era consciente Pascual Torres mientras el agua del grifo corría por su cara. Mientras se le mezclaba con las lágrimas y, lejos de aclarar su aspecto, lo enfangaba aún más.

Te dolió verlo así. No lo conocías pero sabías lo que estaba sufriendo. Un arranque de conmiseración (o acaso fuese la falta de sueño o la primera noche de la era Macarena sin Macarena) te hizo perder el pudor y entrar en el baño antes de que él lo hubiera abandonado. Por un segundo se encontraron los dos delante del espejo. Y la imagen de ti (tu blusa hecha una pasa, tus legañas aún sin restañar, el olor a cansancio) se cruzó con la suya (su chaqueta exquisita, su camisa de seda, su corbata violeta) hasta confundirse. Tú también habías llegado a Santa Catalina con esa estampa regia. Era cuestión de tiempo que Torres se convirtiese en ti. Porque era igual que tú. En el color de sus ojos y en el de su llanto. En la estatura de su cuerpo y en la de su dolor. Lo sentiste por él. Y te atreviste a consolarlo, eso último que ha dicho no lo crea; por muy benefactora que fuese la familia de ese joyero, nadie se mama dos horas en guagua ida y vuelta y una noche de velatorio si no quisiera de verdad al muerto; su amigo tuvo que ser un tipo cojonudo.

Pascual te miró. En realidad, miró a tu imagen del espejo. Dudó un instante si responder o no. O tal vez de lo que dudaba era de si responderte a ti o al rebote que el cristal daba de ti, a cuál de los dos más lamentable. Optó por seguir mirando al frente y hablarle al otro, que a esas alturas del guión era más tú que tú. Le habló al otro, que parecía estar más atento y preocupado, Abraham era un hombre excepcional, el más sensible y generoso de la tierra; imagino que eso se dirá de todos los muertos pero en este caso le juro por Dios que es verdad. A pique estuvo de escapársete una sonrisa maliciosa. Y estuviste tentado de contradecirle. De pedirle que bajara contigo a la segunda planta. De presentarle a Nacha Cabrera, una muerta de la que nadie, ni siquiera sus hijos, diría algo tan tierno. Pero creíste más prudente dejar que se desahogara.

Y Torres se desahogó.

En voz queda. Despacio. Como si se confesara. Primero en el baño. Luego, en la *suite*, mientras iba agradeciendo sin mucha devoción todas las muestras de condolencia. Más tarde, en el pasillo. En las escaleras. Y, finalmente, en el bar de Santa Catalina. Le hablaste de la famosa tasca de la esquina, pero a Pascual le dio reparo salir del tanatorio, no podía dejar solo a Abraham. Sabía que era una bobada pero no quería alejarse mucho de él. De modo que a la congoja se le sumó el fastidio de la comida chiclosa y la cerveza caliente. Y, entre trago y trago, siguió confesándose.

Se habían conocido, en efecto, en una exposición. Una miscelánea de jóvenes acuarelistas canarios. Roberto Serrano, el director de la muestra, quiso incluir a Abraham, a pesar de que no tenía nada que ver con el asunto. Y lo emplazó en la sala principal, la «sala dorada», en contra de la opinión de los otros artistas. Lo hizo como reclamo. Para atraer a la colonia alemana. A los comerciantes de pieles. A los mercaderes de joyas. A los dueños de hotel. Tuvo que unir Roma con Santiago para lograr su empeño. El berlinés se había ganado a pulso la fama de ermitaño. Odiaba el ruido, las luces, la notoriedad. Lo único que quería era que lo dejaran en paz. Pensando en la pintura. Dando formas a sus pesadillas. Buscando la forma definitiva. Y así y todo, no pudo negarse. ¿Hubiera sido descortés? Sí que lo hubiera sido pero eso a Abraham Hauffmann le importaba lo que se dice un huevo. La cortesía, solía decir, era para quien pudiera pagársela. Lo que ocurría era que se sentía en deuda con aquella gente, que lo había acogido, que le había devuelto la dignidad. Es probable también que Noah Klinsmann tuviese algo que ver en su decisión final.

No pudo negarse.

Pero puso tres condiciones. Categóricas. Inapelables. Una, que sus cuadros no estaban en venta. Dos, que serían subastados al final de la exposición. El director (a punto estuvo de morir de gusto ante la idea de un tropel de judíos ricos pugnando por las telas) no puso objeciones. ¿Y la tercera? La tercera era la más simple, pero también la más firme de todas: nadie más que ellos dos sabría nunca que el dinero recaudado, descontando comisiones y tasas, iría a parar a los fondos del Museo Histórico del Holocausto en Jerusalén. Obligó a Serrano a suscribir un contrato de silencio y le aseguró que, si lo rompía, lo empapelaba a pleitos. Y, ojito al parche, porque un judío era capaz de pasarse cien años pleiteando. Y así se hizo.

No hacía falta decir que, si el arquitecto te estaba revelando el secreto, alguien se había rajado. Alguien había violado aquel contrato. Era obvio. Eso tenían los secretos, que se corrían como la tinta. Fue el propio Abraham. Se lo reveló a Pascual poco tiempo después, haciéndole jurar, aunque con menos trámites, que no lo contaría. ¿Y entonces qué? Pues que Abraham ya no estaba. Que, en lo que a Torres concernía, el delito había caducado. Y que, por sus muertos, tenía la intención de restituirle la honra, de revelarle al mundo el verdadero rostro de su amigo, de su amante, del amor de su vida. Prefería romper un juramento, prestado por otra parte bajo el influjo de la luna y del vodka, que continuar dejando que la gente creyese que el pintor era un fatuo engreído y egoísta. Se había pasado la mitad de su vida buscando a un hombre como Abraham y ahora pensaba pasarse la otra media venerando su memoria. Porque esa era una más de las falacias que rodearon siempre su relación. La diferencia de edad. Mire qué raya *pa'* un tigre. Qué diferencia de edad ni qué ocho cuartos. Pasaba que Torres parecía más joven de lo que en realidad era y a Hauffmann lo habían consumido los recuerdos y la melancolía.

A medida que pasaban los minutos, con cada sentimiento que ponía sobre la mesa, a Pascual le fueron naciendo las ojeras, se le fue arrugando la camisa, le fue

bullendo aquel tufo a cansancio. Se hizo niño otra vez. Si hubieses mirado debajo de la mesa, habrías sido testigo del empequeñecimiento de sus piernas, que ya no le llegaban al suelo, que le quedaban colgando de la silla. Dejó caer los brazos, se achicó de hombros, perdió la mirada. Todo sin dejar de hablar de Abraham. Era, ¿cómo habías dicho tú?, un tío cojonudo, eso, cojonudo, buena expresión para definirlo. Pero también una revolución. Un cataclismo. Y ahí fue que Pascual decidió contarte un cuento.

El cuento del arquitecto que soñaba con ser un gran pintor.

Pasaba el día detrás de una mesa de dibujo, en el estudio de su padre y su tío, arquitectos también. Proyectando cafeterías y gasolineras. Visitando clientes. Supervisando obras. Una existencia sin emoción, abúlica. Una simple tapadera, un modo de ganarse el rancho y, ya de paso, callarle la boca a la familia. Porque al caer la noche se producía en él una metamorfosis. No fueras a creerte nada deshonesto. Se trataba de un cuento para todos los públicos. No. Era algo más sutil. Una metamorfosis como en las mariposas. Se quitaba el traje de oruga. La corbata de oruga. Los zapatos y el reloj de oruga. Y le crecían unas alas luminosas, brillantes, que batía con ímpetu sobre una tela blanca. Era en una buhardilla. En una vieja casa de alquiler. Lejos de su familia de arquitectos clonados. Allí le robaba horas al sueño y al hambre y al amor, dando vida a los lienzos. Cuando podía, escapaba con sus alas. Salía por la ventana. Saltaba los tejados. Y buscaba un museo, una galería de arte, un parque. Siempre en pos de la inspiración. La libertad para él era una sala de exposiciones con olor a humedad o un banco de piedra fría desde donde ver amanecer.

Pero todos los cuentos tienen un «de repente». Todos los cuentos bailan al son de la casualidad. Y éste del arquitecto no era distinto. De repente, la casualidad guió sus pasos por un extraño laberinto, casi una telaraña hasta llegar a una exposición: la célebre miscelánea. A una sala: la «sala dorada». A un cuadro: «La huida de Jerusalén». Y le bastó una mirada para entenderlo. Era un cuadro que (encima de cornudo, apaleado) no debería haber estado nunca allí. El cuadro de un advenedizo. Un intruso. Ni joven, ni acuarelista ni canario. El arquitecto recordaba la escena con los ojos cuajados de la emoción. El lienzo era increíble. Tenía una fuerza desgarradora. Un hombre a pie, una mujer y un niño a lomos de una mula, un perro renco. Huían. El espanto instalado en sus ojos. Por un camino oscuro y terroso. Detrás de ellos una campiña ardiendo. Y un cielo rojo y amenazador. Luces y sombras confundidas. ¿Lo más impresionante? Ya lo había dicho: el pánico. En la mirada del niño, que buscaba sin suerte el consuelo de su madre. En la de la mujer, que escudriñaba el peligro en la oscuridad. En la del perro, un chucho flaco y descolorido que sólo tenía tres patas, la mirada del hambre.

El arquitecto, como todos los que había en aquella sala, estaba conmovido. Amarraba las lágrimas como podía, para que no se le escapasen. No exageraba. Le costaba incluso respirar. Sí. De pronto, lo comprendió. Todo cobró sentido. Ya nada

sería igual. Regresaría a la buhardilla. Sepultaría sus alas. Volvería a hacerse oruga. A sus chaquetas, a sus corbatas, a sus zapatos y su reloj de oruga. Al estudio de su padre y su tío. A su tapadera. ¿Por qué? Ésa era una buena pregunta. Pero había otras buenas preguntas que hacerse antes que ésta: ¿cuánto tardaría el mundo en darse cuenta del fraude?; ¿para qué perder el tiempo en un sueño absurdo que no le conduciría más que a la frustración?; ¿a quién quería engañar? Todo lo que había pintado hasta entonces le pareció una basura, una majadería ante aquella visión violenta y definitiva. Para Hauffmann (o, lo que era lo mismo, para cualquier artista de verdad) vida y arte eran la misma cosa. Y su vida (como la de cualquier artista de verdad) había sido intensa, profunda, rasgada. Podía permitirse el lujo de pintar de aquella manera. En cambio, la de Pascual era una vida de pacotilla, un sucedáneo de existencia. Y Pascual, un artista muerto que no volvería a pintar jamás.

Buscó en la galería al causante de su desengaño. ¿Para qué? No sabía. No sabía si darle las gracias por la revelación u odiarlo para siempre. ¿Tú nunca habías tenido un sentimiento así de contradictorio? Pues lo buscó. Esperaba encontrarse (quizás porque pensaba que los alemanes eran todos iguales) delante de un coloso, de un gigante rubio con la frente orgullosa, las espaldas anchas y las manos endurecidas. Y esa idea iba a cada paso encabritando su rabia. Sin embargo, cuando Roberto Serrano se lo presentó, el pintor resultó ser un hombre menudo, tímido, con la mirada esquiva y el gesto reservado. Y la rabia se disipó para dejar sitio a la admiración, al respeto, al amor. Al final de la muestra, Pascual se ofreció a llevarlo en su coche de vuelta a casa. Serrano se interpuso, lo siento, al maestro lo aguarda un microbús en la puerta. Y el maestro, con un guiño de complicidad para uno y de indiferencia para otro, sentenció, ¿no es de ustedes, los españoles, ese dicho de «más vale malo conocido que bueno por conocer»?; ajá, pues yo prefiero el coche, no tengo ni idea de qué pueda ser eso de un microbús.

Fueron años, ¿cómo decirlo?, inciertos. Convulsos. De grandes tempestades seguidas de grandes calmas. De claroscuros. Abraham se dejaba querer sólo hasta cierto punto. No es que fuera un hombre frío, no. Para sorpresa del arquitecto, resultó un tipo cálido, tierno, más vital de lo que decía su pintura. Pero luego tenía unos tupidos silencios que le duraban días y parecían no acabar nunca. Y cada vez que Torres intentaba reducirlos, se encontraba con una puerta de siete llaves que no había manera de franquear. Al principio, luchó con ganas contra ese hermetismo pero las discusiones no le llevaban a ninguna parte. Eran días de vino agrio. Hasta que Torres decidió vivir con ello. Y dejar de explicar lo inexplicable. Dejar de jugar a psicoanalista. Dejar libre a Abraham. Entonces, se inventaba un viaje que lo obligaba a estar varios días fuera de la isla. En realidad se encerraba en la buhardilla a comerse las uñas. Cuando regresaba, las aguas se habían amansado y volvían los días de rosas. Así era Hauffmann. Quizás tuviera que ver con su pasado, con el horror que vivió en su infancia, con el niño del cuadro.

Por cierto, ¿sabías tú dónde estaba aquel cuadro?

En el estudio de la playa. Sí. Al final, como un bumerán, la criatura volvió a su creador. Una hermosa historia de amistad. Abraham sentía por esa obra una especial predilección, así que pidió un último favor a su amigo Klinsmann: que lo comprara por él. Noah no supo o no pudo o no quiso negarse: pujó por «La huida de Jerusalén» contra un nuevo rico, dueño de un gran hotel, lo compró y se lo regaló a su amigo. Con lo que no contaba el pintor era que la tela fuera a dar para tanto. Una locura. Casi diez millones de la época. Abraham se arrepintió de habérselo propuesto. Se comprometió a pagarle al joyero de los ojos azules hasta el último duro. Trabajaría día y noche. Vendería sus cuadros en la plaza de los artistas. Volvería a exponer. Klinsmann (no podía esperarse otra cosa de su lealtad) se lo prohibió. Le dijo que en realidad sólo le debía el primer millón. Que los otros nueve corrían por cuenta de la casa. Que lo había hecho no más para joder al nuevo rico, quien sólo quería el cuadro para plantarlo en el vestíbulo de su gran hotel y presumir delante de amigos y clientes, nuevos ricos también. Y que, únicamente por verle la cara de derrota al tipo mezquino aquel, valió la pena pujar hasta esa cifra.

Te narró lo del cuadro con un deje mestizo entre la admiración y los celos. Te preguntaste si las grandes tempestades de las que hablaba Torres, si sus días de vino tendrían que ver con el joyero. Pero no quisiste corromper su historia. No quisiste hurgar en la herida. Lo dejaste correr. Pascual fue poco a poco, a cada trago de cerveza amarga, dejándose llevar por la marea deslavazada del recuerdo. Iba de una época a otra, de una anécdota a otra. La memoria es así de tornadiza. Si algo te quedó claro fue que el arquitecto mantenía bien el pulso. Contaba las cosas con la misma sensibilidad, con los mismos trazos delicados y pacientes que emplearía en una acuarela. Se detenía en detalles en apariencia frívolos pero cargados de significación. Sonreía al recordar las trivialidades (gestos, miradas, guiños) que sólo él y Abraham podían comprender y que los convertían, a los ojos del mundo, en dos tipos estrambóticos. Les daba igual el resto del universo. Su complicidad era a prueba de holocaustos.

Lo vinieron a buscar a eso de las dos o las tres de la mañana. No hubieras podido precisarlo. Tu reloj se había quedado estancado en las siete y cuarto. Ni siquiera sabías si las siete y cuarto de la mañana o las siete y cuarto de la tarde. Si las de ayer o las de hoy. El tiempo había dejado de ser importante. Torres se despidió con un gesto afectuoso que parecía sincero, debo volver arriba con mi gente, créame si le digo que me quedaría aquí el resto de la noche, no sé por qué pero con usted me siento cómodo. Era la segunda persona que te decía algo así en los últimos días. Y para tus adentros aquella odisea loca tal vez comenzaba a tener sentido.

A buenas horas Diana Arbelo vino a descubrir que tenía pezones.

Había ocurrido una estación atrás. El primer lunes de la primavera, el primer engaño, la primera vez que Ernesto le arrancó el sostén. Ni siquiera necesitó ponerle un dedo encima. No le hizo falta mordisquearle la corona de sus tetas blancas para que se empitonara como una quinceañera. Fue la mirada de deseo de Ernesto, el crujido metálico de la hebilla de su sujetador rodando por una escalera oscura y cutre, que nadie limpiaba nunca, los que obraron el milagro. Hasta entonces sólo recordaba un par de lunares redondos y encendidos, dos círculos perfectos pero vacíos que le devolvían la mirada desde el otro lado de los espejos. Tuvo que venir él, Ernesto, con aquellas manos grandes y ásperas de jardinero, el que le descubriera esa región ignota de su cuerpo. Ella acababa de cumplir los cuarenta y se burlaba de los estragos que, según sus amigas, causaban los años acabados en cero. Los veinte, en la época en que tú la conociste, fueron de lo más divertidos: se echó un novio poeta que ahora, con la distancia, le parecía cursi como una pianola. Los treinta la pillaron de viaje por la Península del Yucatán y ni siquiera pensó en la fecha hasta que su madre la llamó por la noche para felicitarla. Y a los cuarenta se había realizado como mandan los cánones: un trabajo de funcionaria en la Consejería de Hacienda, un marido abogado y dos hijos preciosos.

Según Sofía, todo había comenzado el otoño anterior. Se habían descubierto igual que se descubre una fórmula química o un tesoro. Por azar. Una mañana plomiza y cenicienta. Se les había hecho tarde. Una caravana de contrariedades. Ley de Murphy. Julia se había tirado el zumo por encima y hubo que cambiarle de arriba abajo el uniforme: la blusa blanca estaba para botar a la basura y a la falda de cuadros marrones le nacieron dos rosetones anaranjados que no hubo modo de quitar con agua y jabón. Pablo aprovechó el momento para escabullirse en busca de sus legos. Perdieron la guagua y ni rastro de taxis a esas horas. Finalmente, cuando llegaron, la puerta del colegio estaba cerrada. La solución de urgencia iba a ser dar la vuelta al edificio y entrar a los niños por la cocina. Arriar bandera, agachar la cabeza y someterse a la filípica de la reverenda madre cocinera, éstas no son horas de llegar al colegio, señora mía, madrugar es la primera de las virtudes, necesitamos poner orden en la vida, no todo va a ser fiesta y diversión, el trabajo es tan sagrado como la misa de doce y blablablá. Antes que todo eso, para llegar a la puerta de las cocinas había que cruzar un jardín. Era, más que jardín, un pequeño huerto en el que las monjitas cultivaban tomates y lechugas y nísperos y mangas. Y en medio de todo aquel fregado zascandileaba Ernesto, aunque aquel día aún no tenía nombre.

A la ida, Diana, madre solícita, andaba pendiente de que los niños caminaran derechos y con los zapatos limpios y no reparó en el jardinero. Pero a la vuelta, liberada de su carga, mujer de nuevo, se fijó en una piel tiznada, en una barba rala, en unos ojos azules e impacientes como arrecifes. Y, según le confesó a su hermana, tan raptada quedó de aquella estampa que no vio la sonrisa burlona de una baldosa y acabó por los suelos, con la rodilla izquierda y la vanidad machucadas. Fue el mismo

jardinero quien corrió a socorrerla. La ayudó a incorporarse. Le inspeccionó la pierna. Le pidió que esperara. Le trajo algodón y betadine de un cobertizo mal iluminado que había al otro lado del terreno. Le mimó los rasguños. Le prescribió una cura, deje usted que se seque, no se ponga tiritas ni nada de eso, mucho aire es lo que necesitan estas heridas. La acompañó a la puerta del jardín. Y se despidió de ella con un apretón de manos que duró lo justo para que Diana Arbelo se quedase embriagada de su olor. Un olor intachable. Un olor animal. Y ese olor subrayado se le impregnó en la piel durante una semana, que ni el conjuro de siete duchas de agua caliente lograron ahuyentarlo.

Llegó al trabajo casi dos horas tarde. Solo que no tuvo que colarse por la puerta de atrás. A Germán, su jefe, le dio una excusa dócil: la visita a una consignataria la había entretenido más de la cuenta. Germán la creyó. Entraba en sus cálculos. Era época de comprobaciones fiscales y, en el departamento, cada uno tenía asignadas una docena de empresas para investigar. Las consignatarias eran mal amañadas. Tenían más recovecos y más trampas que un castillo medieval. Las puñeteras, además, te dejaban con mal cuerpo porque respirabas el fraude por las cuatro paredes y, sin embargo, era difícilísimo cogerlas en un renuncio. Así pues, no era raro que cada visita se demorase hasta media mañana. Y a nadie le extrañaban los retrasos. Diana se sirvió un café de la máquina del pasillo. Dejó su bolso y su chaqueta colgados en un perchero de aluminio que había junto a la puerta del despacho. Y fue a sentarse ante el escritorio. Detrás de los cristales se dibujaba un cielo limpio y un mar quieto apenas animado por alguna barcaza de pescadores o la mancha de un carguero sobre la línea del horizonte.

Puso música, un disco de Jorge Drexler que había pirateado en Internet. Ordenó los papeles que tenía sobre la mesa. Abrió el ordenador. Consultó su correo. Respondió sin demasiada atención a uno de Sofía que le inundaba el buzón de mensajes obscenos y archivos con hombres de cuerpos recauchutados y miembros imposibles. Diana siempre había sentido una extraña admiración por su hermana. La llamaba «la loca de Chaillot» después de haber visto, precisamente contigo, en un cine destartado de La Laguna que olía a tabaco y a pana y a sexo prohibido, a Katharine Hepburn en un papel glorioso. Aún lo recordabas. «La loca de Chaillot». Porque era más joven. Más bonita. Más libre. Más todo. El sol a su espalda y el viento a favor desde que nació. Diana en realidad no podía quejarse. Su vida estaba bien, un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. Pero a veces hubiese dado un brazo por haber vivido con la cuarta parte del descaro y la espontaneidad de Sofía.

Se dio la vuelta para beberse el café, en un gesto instintivo, de cara a la ventana. Era su forma de tomarse un descanso. De dejar atrás los problemas de la oficina. De contrastar, con la paciencia de un engarzador de joyas, los matices azules del mar y el cielo. Se miró las dos manos y no tuvo conciencia de estar contemplando las manos de una adúltera, de una ingrata, de una puta. En absoluto sintió la mordedura de la culpa. No obstante, presentía (¿sabía?) lo que iba a ocurrir a partir de esa mañana en

que conoció a Ernesto Quiroga. Lo presentía como sólo una mujer podría sentirlo. Se miró las dos manos. Recorrió con lentitud reflexiva las venas entreveradas de la izquierda con el dedo corazón de la derecha y se detuvo en el meandro de la muñeca. Un pequeño borrón en la piel, una línea inapreciable despigmentada le trajo a la memoria la tercera mañana de casada.

Julián la había arañado mientras jugaban a pelearse y reconciliarse, todo en uno, en la cama de la habitación 1427, Diana recordaba hasta el número del cuarto. Para mayor descaro se lo había hecho con una esquirra del anillo recién estrenado y ella había comenzado a sangrar sin detener su juego y a dejar las sábanas acartonadas del Habana Libre veteada de rojo rabioso. Ilenia, la camarera de la planta catorce, aceptó sus disculpas y sus veinte dólares con una sonrisa grande de prieta camagüeyana. Ahora, en la abulia matinal de su despacho, diez años después, aquella herida quedaba tan lejos como la caída de Roma. Y Diana Arbelo se acercó la mano a la cara para aspirar el olor áspero y hombruno del jardinero de los ojos claros. Y trazó mentalmente una línea en su vida, un antes y un después, un incendio de naves por si la cobardía la agarraba a traición y le daba por bajarse del tren a última hora. Lo del tren venía a cuento de una canción de Jorge Drexler que sonaba ahora, *mi zamba se irá contigo, tendrá una buena razón, y yo en este andén vacío viendo alejarse mi corazón*, y que se quedó bullendo durante el resto de la mañana.

A mediodía salió a comer sola. Se excusó ante las compañeras con las que solía ir a un restaurante pequeñito y coqueto en el que les permitían estarse más tiempo de la cuenta. Contó la patraña de que había quedado con Julián para almorzar. Soportó en silencio las burlas de Fany y de Graciela sobre cómo su marido la tenía sometida. Y se volvió al colegio de los niños. A la trasera. Al huerto de las Salesianas. A *la veredita alegre con luz de luna o de sol*. No había señales del jardinero. La puerta de la verja estaba abierta, no así la del cobertizo. Lo buscó con la mirada y no halló sino el fantasma de un rastrillo apoyado contra el tronco de lo que parecía un limonero. Diana se quedó mirando el recogedor. Se acercó a las faldas del limonero. Cogió la herramienta. Y de un modo instintivo la olisqueó. Lo de los olores comenzaba a hacerse obsesivo. Si la Arbelo esperaba hallar rastros del muchacho, se quedó con la magua. Oía a madera y a tierra húmeda y a hojarasca. Entonces algo se removió a su espalda. Diana cerró los ojos para apurar el instante, para conquistar ese segundo con la emoción con la que se conquista un continente. Se volvió. Y no fueron los ojos de Julián sino otros, más mansos y quebradizos, los que la recibieron.

Una anciana de pelo ceniciento recogido en un moño la observaba desde el caminito. Apoyada en un bastón con empuñadura de hierro, le brindó una sonrisa sin mácula. Esperaba sin duda que le explicara qué demonios hacía a esa hora del mediodía en el huerto del colegio. Y el instinto se le despertó a tiempo a Diana para guiarla por los vericuetos de aquel laberinto, verá, señora, ¿perdón?, ah, disculpe, no me había dado cuenta del hábito, pues encantada, sor Micaela, soy Diana Arbelo, mis hijos estudian aquí, desde siempre, sí, Julia tiene seis años y Pablo acaba de cumplir

los cuatro; esta mañana por primera vez en mi vida me retrasé al traerlos y tuvimos que entrar por las cocinas, ¿dígame?, sí, sí que tiene genio la hermana cocinera, no vea menuda bronca que me echó, aún me parece oírle; pues resulta que al salir, con las prisas o, quién sabe, tal vez por la vergüenza, tropecé y caí; había un chico por aquí arreglando el jardín que me ayudó a levantar, fue muy amable, ¿sabe?, ¿ve la rodilla?, ya está un poco mejor, si la llega a haber visto hace unas horas, no parecía humana, pues el caso es que, cuando llegué al trabajo, no llevaba mi agenda, y tengo los teléfonos y las direcciones allí, me hace mucha falta, creo que sin ella no sabría vivir, de modo que pensé que acaso la había perdido con la caída y que el jardinero podría haberla encontrado.

Sor Micaela enarcó una ceja en gesto inequívoco de si usted lo dice la creo, pero créame usted a mí que suena a trola. Sin devolver la ceja al cielo de la frente arrugada le explicó que Ernesto, sí, el jardinero se llama Ernesto, sólo trabaja aquí por las mañanas, a las dos se va, m'ijita, luego creo que tiene un apaño por las tardes con el ayuntamiento, se dedica a cuidar los parterres de San Bernardo o San Francisco, un santo sé que es pero a mi edad no los distingo si no los tengo delante de las narices; de todas formas yo no me preocuparía por la cartera, ¿dígame?, ah, pues eso, yo no me preocuparía por la agenda, si la perdió aquí, aquí estará porque Ernesto es un muchacho de fiar, lleva más de dos años con nosotras y en todo ese tiempo jamás se le ha visto una distracción. A la monja aún le quedaba algún ramalazo en el acento y en las expresiones de su época de misionera en Latinoamérica. Y Diana Arbelo se sintió confortada como si de veras hubiese perdido la agenda y la cosa fuese de vida o muerte. Le agradeció la deferencia a sor Micaela. La acompañó del brazo por el caminito que llevaba al colegio. Y se despidió de ella con un gesto anfibio mitad beso mitad reverencia.

Ya no le quedaban tiempo ni ganas para embarcarse en la incierta aventura de encontrar a Ernesto en San Bernardo o en San Francisco o en el santo que fuese. Tenía poco más de una hora para comer algo y recoger a los niños y llevarlos a la piscina donde aprendían a nadar. Pensó que, si no el martes, el miércoles era tan buen día como otro cualquiera para un nuevo retraso y una nueva bulla de la madre cocinera (Ernesto lo valía) y un nuevo encuentro con el jardinero y hasta para un nuevo tropezón con las baldosas aquellas de la porra. Un día como otro cualquiera para otra entrevista fingida con la consignataria y otra mañana en blanco y regresar al despacho a olerse las manos y a perderse en el mar de detrás de los ventanales.

Sin embargo, la segunda vez que lo vio no le hizo falta nada de eso. Ni caerse de rodillas ni desparramar el contenido de su cartera por la vereda que le partía el corazón a la huerta y que habría de partirle el corazón a ella también. Ernesto la vio llegar y en dos zancadas se colocó a su lado, buen día, señora, veo que ya le hizo costra. Y Diana, desprevenida, ¿costra? Y Ernesto, con un mohín truhanesco, sí, costra, en la rodilla, digo. Y ella, efusiva, en la rodilla, claro, sí, ya está bien la rodilla; gracias a usted, ni me acordaba de ella. Y Ernesto, con orgullo, pues el olvido

es el mejor remedio para cualquier herida. A Diana le hubiese gustado reunir el valor necesario para explicarle que sí, que el olvido era el mejor remedio para cualquier herida, que ella lo sabía bien, que no había podido olvidar su olor cruzado y por eso aún le palpitaba la llaga del deseo más que la de la pierna. Pero lo dejó estar, demasiada confianza para un segundo encuentro. Y reincidió en el cuento de su agenda, de cómo la había perdido el otro día y a ver si por casualidad, Ernesto, usted la ha visto, porque yo sin mi agenda soy menos que nada.

Y ahí fue que la jeringó del todo, que saltó al vacío, que aceleró el hechizo de brisa mañanera porque a Ernesto no se le escapó el detalle, pequeño pero matón, de que lo había llamado por su nombre. Y entonces comprendió y puso cara de póquer y jugó para el pie y se dejó querer y lanzó la carnada, ¿qué tal una cerveza, a la salida del trabajo, en un cafecito que hay a dos manzanas del colegio? Y recogió sedal, no tiene por qué ser hoy, a lo peor está usted ocupada. Y comenzó esa misma mañana a cobrarse la pieza porque la Arbelo contestó que sí, que una cerveza no hacía daño a nadie y menos si el barito ése estaba tan cerca. Hizo esa reflexión en voz alta, más para sí misma, para su conciencia, que para el jardinero que la miraba con ojos entusiastas de adolescente. ¿Qué edad tendría Ernesto? Y él, sonriente, acabo de cumplir los veintisiete. Y ella, azorada, ¿perdón? Y él, franco, que tengo veintisiete años, estaba usted calculándolo. Y ella, embustera, no, sólo me preguntaba qué hace un chico de veintisiete años de jardinero. Y él, orgulloso, soy ingeniero agrónomo y esto es lo más cerca que estoy, por ahora, de trabajar en lo mío. Y ella, prudente, no pretendía ofender, es que una se imagina a los jardineros viejecitos y canosos y más si cuidan el huerto de un colegio de monjas. Y él, no me ofende, la gente suele preguntarme lo mismo, debe ser la influencia de las películas inglesas, ¿verdad?, esperan encontrar por aquí a Anthony Hopkins. Y a Diana Arbelo se le escapó una risa juguetona que acabó por aclarar aquella mañana.

Por cierto que fue una mañana cansina e interminable. La más lenta que la Arbelo podía recordar. Ni los locos correos de Sofía, ni las constantes escapadas a la máquina de café, ni una tediosísima reunión en el despacho de Germán, que estaba en una de las suyas de arreglar el mundo, lograron que Diana dejara de pensar en él. Contaba los minutos como, en la infancia, contaba nubes grises a la espera del sol para salir a jugar. Sólo que esta vez no era a un parque con palmeras y un banco azul y un tobogán de latón recalentado que le dejaba el culo escaldado, sino a un cafecito a dos manzanas del colegio de sus hijos. Era cierto que estaba cerca. A un tiro de piedra. A dos minutos (uno por manzana) del colegio. Quedaron en verse enfrente del huerto, junto a una cabina de teléfonos, para ir juntos. Por el camino anduvieron en silencio como quien mide distancias. Ella hubiera querido confesarle que no te lo creerás, pero es la primera vez que me ocurre algo así, ni en sueños hubiese imaginado que pudiese sentirme atraída por un muchacho de tu edad, estoy tan harta de oír historias de este tipo. Él se mordió la lengua antes de decirle que créeme si te digo la cantidad de veces que he soñado con una mujer como tú, estoy tan ahído de

niñatas sin gracia. Ella recordó una vieja canción de Pablo Milanés que hablaba de un amor desigual y acababa con la cruda realidad de *no quiero más vivir esta mentira, tú naciendo a la vida y a mí que se me va*. A él le vino a la memoria una de Silvio Rodríguez que contaba un amor puro y duro que se zanjaba con la sentencia inapelable de *la prefiero compartida antes que vaciar mi vida, no es perfecta mas se acerca a lo que yo simplemente soñé*.

Ernesto Quiroga y Diana Arbelo no sabían entonces adónde los iba a llevar aquella aventura, aún no se había levantado el viento de la tragedia. Por lo pronto los llevó a un cafetín nuevo con hechuras de antiguo: madera oscura, piezas de cobre envejecido, loza de puente y paloma, de las de anciana con reuma y gatos en la cocina. Para romper la escarcha, nada más pedir las cervezas, ¿Negra Modelo?, no la he probado nunca, ¿a qué sabe?, ¿a azúcar quemada?, pues habrá que catarla, Diana reveló su sorpresa, qué casualidad que trabajes en el mismo colegio donde estudian mis hijos, ¿verdad? A lo que Ernesto objetó que a lo mejor la cosa era al revés y eran sus hijos quienes estudiaban en el colegio donde trabajaba él, porque ya iba casi para tres años y los niños parecían pequeñitos. Y ella, preguntona, ¿y cómo es que has acabado ahí? Y él, inocente, mi madre da clases de inglés en el colegio, me enchufó. Y ella, eso será porque vales, el horno no está para bollos de canela, ni siquiera las monjas regalan sueldos. Y él, la historia es bien simple: parece ser que al tipo que estaba antes le tocaron los ciegos y se mandó a mudar; no tenían a quién recurrir, así que mi madre le habló de mí a la directora y aquí estoy. Y Diana, debe de ser relajante eso de la jardinería, por lo menos es algo con lo que sueñan todos los jubilados. Y él, psí, al menos es preferible a la rutina de nueve a tres en un despacho en el que solo se ve la luz del día por el huequito de una ventana. Y ella, caramba, acabas de describir mi trabajo. Y él, lo siento, no quería ser impertinente. Y ella, no has sido impertinente, solo sincero. Y ambos, en una conversación repiqueteante y doblada como un solo de batería, se pasaron la siguiente hora en aquel cafetín a dos manzanas del colegio de las Reverendas Madres Salesianas.

Ernesto parecía fijarse en las manos de Diana, que no paraban de jugar con la jarra de cerveza. Dicen que las manos no engañan, que una mujer puede hacerse todas las operaciones que le quepan a su cuerpo, puede convertirse si quiere en otra persona distinta, puede aparentar la edad de su hija, pero las manos la delatarán siempre. Y las de ella eran finas y huesudas con un leve abombamiento en los nudillos. Las palmas (la derecha, manchada de lunares diminutos) livianas y rosáceas. Las uñas más bien cortas pero muy cuidadas. Y una muesca casi imperceptible, un pulcro reguero blanquecino le cruzaba la muñeca a la altura de la vena de los suicidios. ¿Secuela de un amor contrariado? ¿Vestigio de una vieja cadena de reloj? Pero, por encima de todas las cosas, Ernesto se preguntaba cómo sería sentir la piel de albaricoque de esos dedos recorriendo su cuerpo. Diana, por su parte, estudiaba los ojos de Ernesto, agazapados como conejos. El espejo del alma, dicen. La puerta de los secretos, tal vez. Los ojos de él eran de un color ambarino y de un brillo metálico.

No parecía haber doblez en su mirada, simplemente una curiosidad que Diana achacó a la juventud. Y en su felicidad (o en el pánico atroz que acompaña a la felicidad ante la perspectiva de perderla) se preguntaba en qué andaría pensando el jardinero.

Y se hizo tarde.

Tarde para ella. Tarde para él. Tarde para una primera cita en la que alguien dispuso que ni él conociera la ingravidez de los deseos de Diana Arbelo ni ella la profundidad de los augurios de Ernesto Quiroga. Llegada la hora de las despedidas, los dos se atropellaron hasta encontrar un gesto que no sonara demasiado estridente, una palabra que no sonara demasiado obvia con la que proponer otro encuentro. Él prometió buscar la agenda. Y ella que, tanto si la encontraba como si no, volvería para contárselo.

Aún no la habían traído.

Según Sofía, que no podía creer que aquello tan horrible estuviera ocurriendo, los forenses no dejarían de hurgar en su cuerpo de sobra quebrantado hasta el día siguiente. Se lo prometieron. Tal vez para tranquilizarla. Le dijeron que nadie quiere trabajar en domingo. Que el sábado a mediodía ya habrían acabado, tendrían los resultados y dejarían a su hermana en paz. Que se fuera a casa. Que intentara dormir. Que ya la llamarían. Pero ella no podía esperar. No sabía qué hacer ni adónde ir. Y, por supuesto, no iba a pegar ojo. Así que prefirió hacer noche en Santa Catalina. Velar sus armas. Prepararse para la batalla. La encontraste a la salida de la cafetería, sentada en un banquito de madera, abrazada a sus rodillas, la vista clavada en un mural de la pared de enfrente, un paisaje de mar encabritado y montañas volcánicas que pretendía ser realista y ni siquiera era creíble. Hacía algunos años que no la veías. Había enflaquecido. Y ya no era la muchacha feliz y despreocupada que conociste en La Laguna. La vida deja huella, pero la muerte más.

Sofía no percibió tu presencia enseguida. Te miró como una vaca al tren mientras te acercabas. Y sólo cuando estuviste a tiro de beso se vino a dar cuenta de quién eras. Y entonces fue como si hubiera visto a un ángel. Se le iluminó la cara. Se levantó. Se tiró a tus brazos. Y se ovilló en tu pecho buscando explicación a tremenda desgracia. La dejaste llorar. Le mesaste el cabello. Olía a sándalo. Y ahí sí que la reconociste. Detrás de sus arrugas y su delgadez y sus ojos llorosos, era la Sofía de siempre. La Sofía *hippie* de los trajes de flores y las sandalias, la del pelo recogido en una trenza, la de los tatuajes de *henna* y los saludos al amanecer desnuda y libre. Pareció decepcionada cuando supo que no estabas allí por Diana. Que ella era la cuarta de tu lista. Que tu madre, tu tía Nacha y hasta un pintor bohemio que jamás llegarías a conocer se le habían colado en aquel baile triste y sin sentido. Ya dicen los viejos que el cementerio nunca se abre sólo para un muerto. Pero recobró el ánimo cuando le aseguraste que le ibas a dedicar el resto de la noche a ella y al recuerdo de Diana. Le pediste un segundo para ir a ver cómo iba lo de Nacha. Se emperró en acompañarte. Ya no hubiera podido soportar sola la terrible frialdad de aquel tanatorio.

Subieron de la mano.

Sofía mirándose la puntera de sus babuchas malvas. Tú mirando a Sofía. Subiste, sí. Pero sólo para confirmar una sospecha que te había estado rondando durante la conversación con Pascual Torres. Era extraño que en casi dos horas de tertulia no hubieras visto en la cafetería a nadie conocido. Algo había ocurrido. La sala de Nacha estaba cerrada a cal y canto. De repente pensaste en el teléfono. Recordaste que lo habías apagado cuando la siesta. Y habías olvidado conectarlo de nuevo. Te palpaste los bolsillos. Distes con él en el interior de la americana. Lo sacaste. Y, ante la mirada que Sofía le tributó a tu chaqueta, le hiciste un guiño más torpe que otra cosa, qué quieres, m'ija, llevo un siglo sin mudarme de ropa.

Te saltaron tres mensajes en el buzón de voz. Miguel y Mario venían a decirte

casi lo mismo: que tus primos (Mario añadió un «cabrones» que sonó a ladrido de perro, a disparo, a sentencia) habían decidido no aumentar el tormento de la familia (Miguel soltó una risa asqueada) y habían optado por cerrar la sala hasta el día siguiente; que todos volverían a eso de las nueve (Miguel iría a recoger antes a la pobre Asunción) porque a Nacha la enterraban a las diez y media (Mario se estaba preguntando si valía la pena despertarse temprano un sábado por una panda de hijos de puta), de modo que (los dos a una) te conminaban a verse allí sin falta. El tercer mensaje era de Mercedes. Que te había estado telefoneando a casa y siempre le respondía el dichoso contestador. Que estaba preocupada. Y que no se iba a dormir, ¿me oíste?, hasta que no supiera de ti. Le hiciste una seña a Sofía para que se sentara un momento en la antesala vacía de Nacha, ¿me dejas hacer un par de llamadas?, prometo no entretenerme demasiado.

A Mario no le gustaba hablar por teléfono. Por eso lo elegiste a él en vez de a Miguel. Solamente querías hacerle un encargo, ¿una muda de ropa?, ¿aún andas en Santa Catalina?, coño pues sí que te ha pegado fuerte lo de esa Macarena; ah, que te has quedado con la hermana de Diana Arbelo, vale, ¿quieres que vaya a acompañarte?, ¿no?, pues nada, mañana a primera hora paso por tu casa y te pongo un par de camisas y un par de calzoncillos en la mochila. La voz de Mercedes sonó cansada, no, no me has despertado; estamos todas aquí sentadas en el salón, arrebujadas entre mantas, con una cafetera recién hecha en mitad de la mesa, hablando de mamá. Al fondo se oía a Maite, ¿pregúntale dónde anda?, ¿cómo que todavía está en Santa Catalina?, ¿ese niño es tonto o qué?, ¿dile que dónde ha cenado? Antes de que aquello se convirtiera en una andanada de preguntas retóricas le explicaste por encima lo ocurrido. Le mentiste aunque sólo a medias. Habías dormido algo, cierto. Habías cenado estupendamente, falso. Estabas descansado, cierto. Y ya te estabas yendo a casa para estar fresco por la mañana, falso. Dos verdades y dos trolas. Un empate que sonaba a victoria.

Sentiste a Mónica, con la voz tomada por el cansancio y el llanto. Le pedía a Mercedes que te dijera si querías quedarte esa noche en su casa con ellas. Te buscaste una excusa. No tenías ropa allí y necesitabas con urgencia cambiarte. Lo creyeron. Y quedaron en verse en un par de días. ¿Tan tarde? Sí. Y tanto que lo sentían. Pero se habían enterado de la deserción de tus primos. Así que el domingo irían a ver a tu madre al cementerio y, de paso, honrarían a Nacha como se merecía. Rezarían por ella un padre nuestro. Y, cada semana a partir de ahí, cuando fueran a visitar a mamá, se encargarían de refrescar su tumba de hojas muertas. Porque si esperaban por Álvaro o por Ismael para ese gesto, les darían las uvas y la casa sin barrer.

Sofía no tenía sueño. No quería estar en un lugar ruidoso. Ni mucha gente a su alrededor. Ni comer. Buscaba sólo un olor amigo. Un hueco donde encogerse. Y hablar. De modo que decidiste salir a la terraza, donde hacía menos frío que en el jeringado tanatorio. Desplegaste un periódico gratuito (de esos que dan en los semáforos y luego se pudren en las papeleras) sobre un trozo de césped, para evitar

que la humedad los calara. Y se sentaron los dos a los pies de un flamboyán. Tú apoyado en el tronco. Ella acurrucada, con su cabeza sobre tus muslos, fumando un cigarro tras otro. Se les pasó la noche conspirando contra el desánimo. Y así que te contó la rocambolesca historia de su hermana con el jardinero. Una historia que escuchaste incrédulo.

—¿Fue para tanto? No imagino a Diana perdiendo así el pudor.

—Fue peor. Piensa que sólo te he relatado lo que ella me contó.

—Caramba con la chica.

—Ayer hablé con Estefanía, una colega del trabajo de Diana.

—¿Y?

—Y me dijo que sospechaba algo pero que le ocurría como a nosotros: que no podía creerlo. No de ella.

—¿Qué le hizo sospechar?

Fue quizás el mismo día de la cita en el *pub*.

En la oficina la esperaban las compañeras con la escopeta cargada por si se le ocurría otra excusa majadera para faltar al almuerzo. Ella, desde luego, ni lo intentó. Julián almorzaba con unos clientes del bufete aunque le disgustase. Pablo tenía entrenamiento de judo aunque el kimono le quedase colgando. Julia tenía *ballet* aunque le costase sostenerse de pie. Y ella ya había tenido su dosis de jardinero, no había que tentar a la bicha dos veces en un mismo día, esas cosas sólo pueden traer desgracias. De modo que almorzó con sus compañeras. Acudieron al restaurante de siempre. Se sentaron en la mesa de siempre. Como siempre se alinearon a los dos lados del menú. Diana pidió ensalada de pimientos, atún en adobo y agua para beber, con una negra modelo ya había suficiente, no fuera que se le desquiciara el entendimiento con tanto alcohol y empezara a soltar inconveniencias. Las otras pidieron sopa de cebolla, ropa vieja de pulpo y Ribera del Duero del noventa y nueve, no había niños a quienes recoger del colegio y en casa no más les esperaban una madre media sorda, una gata medio ciega y un marido medio autista.

Ana jamás se había casado, y eso que ocasiones nunca le faltaron. Era una mujer llamativa que ceceaba con muchísima gracia, en especial cuando se tomaba dos copas, y terriblemente rigurosa según con qué detalles: no soportaba unos zapatos sucios, unas uñas descuidadas ni una conversación aburrida. Estefanía había llegado huyendo del frío. De Ávila. Como Santa Teresa y las yemas del día de los finados. Llegó siguiendo el rastro de un paisano guapo que le dejó un mal sabor de alma y una gata de angora con problemas de vista llamada Betsabé. Y Graciela tenía un marido demasiado rico y ocupado como para tener prisa en regresar a casa. Llevaban una vida de amor emancipado con una única norma: para evitar una respuesta indeseada, mejor no hacer preguntas. La velada transcurrió por senderos familiares hasta llegar a los postres: el exceso de trabajo, la política interna de la Consejería, los compañeros varones, que eran unos gandules cuando no unos incompetentes, el tiempo que se perdía en trámites burocráticos. Después de eso, cada una se volcaba en sus eternas

lamentaciones (quejarse es como soñar, del todo gratis): una echaba a faltar tiempo para ir al cine o al teatro; otra, algún aliciente en su vida monótona; otra, algo de compañía o, mejor, a qué pedir imposibles, sin más contemplaciones, me vale con el sexo.

No obstante, ninguna de las tres parecía tener cardenales demasiado profundos como para pasar por fracasadas, por náufragas de su propia existencia. Ana, Fany y Graciela habían aprendido, quién sabe si en la misma academia, a reírse de sí mismas, que es una forma hermosa de reírse del mundo. Diana, por su parte, quería creerse una mujer feliz. Porque la felicidad es eso, ¿no? Pura filosofía oriental. No se trata de tener todo lo que uno quiere, sino de querer todo lo que uno tiene. Y ella quería a sus hijos y su vida y su casa y su trabajo y sus tertulias y sus fines de semana. Sabía que era feliz. Lo que no sabía aún, visto lo visto, era en qué lugar de esa felicidad encajaba Ernesto Quiroga, su jardinerito, con aquella mirada centelleante y aquella piel de egipcio. Y andaba Diana Arbelo preguntándose, ajena a la discusión de sus amigas. Andaba saboreando esa dulce sensación recién descubierta, paladeando con complacencia la FE-LI-CI-DAD, así, en mayúsculas, cuando alguien (seguro Graciela) dejó caer de rondón, como sin querer, en minúsculas, la posibilidad de que su marido la engañara. Y fue como si dejara caer el vino en mitad del mantel immaculado. Un estropicio. Un desbarajuste. Un caos completo.

Diana se enderezó en la silla y comenzó a recolocar de un modo frenético su lado del mantel y su plato y sus cubiertos y su copa de agua para evitar que el vino de la duda lo inundara todo. Estefanía fue la única que se quedó con la copla, una copla levemente retocada, *él tenía veinte años, yo le doblaba la edad, en mis sienes había noche y en las suyas madrugada...*, pero no dijo nada. Y luego se la comieron los remordimientos porque tal vez, si hubiera dicho algo, Diana aún seguiría viva. El caso fue que Graciela les había hecho partícipes de una sospecha, la de que su marido se veía con otra. Fany (o el efluvio pastoso del Ribera del Duero) le contestó que no, que la cuestión no es que se vea con otra, Gracielita; la cuestión es que se vea, se toque, se bese o, ya subidos al burro, se la tire. Allí terció Ana (nunca se sabía si sus intervenciones estaban encaminadas a poner paz o a armar sin remedio la de Dios es Cristo) con una de sus peregrinas teorías, ¿dónde empieza de verdad la traición?, ¿hasta cuándo una está dispuesta a admitirla?, porque, no nos engañemos, la cama no es el principio de la infidelidad, ¿eh?, no, Diana, no dije infelicidad aunque para el caso lo mismo me da que me da lo mismo, dije infidelidad y la cama es el final; antes ha habido un abrazo y antes un beso y mucho antes el deseo del beso, del abrazo y de la cama; ergo, el solo hecho de que tu marido desee a otra ya es, en puridad, un engaño.

Graciela se aferró a su experiencia de mujer levemente casada, anda ya, Ana, ahí se te fue la mano, chica, te salió la bilis, a ver si ahora tener pareja va a ser sinónimo de estar muerta y a una no se le van a ir los ojos a otro hombre, acabáramos. Y Fany destapó la caja de los truenos, claro que se te van los ojos. Y le vino el regusto ácido

y doloroso de un paisano guapo pero cabrón que la dejó botada en mitad de la vida, los ojos se te van pero cuando quieres a alguien, y fíjate que no he dicho «cuando te gusta alguien», que es otra cosa bien diferente, cuando quieres y respetas a alguien sólo se te van los ojos: las manos y el resto del cuerpo se aguantan quietitos. Ana regresó a por más guerra, eso díselo a los tíos, corre, ve y dile a los tíos que detrás de los ojos no vayan las manos y el resto del cuerpo y verás cómo se les saltan los puntos de la carcajada; si no, vamos a hacer la prueba. Y llamó al camarero, un pibito nervioso que parecía recién salido del hotel escuela, y lo puso en el brete de que les respondiera allí mismo, con sinceridad, sin faroles, si él era capaz de contorsionarse hasta ese punto, si era capaz de mover los ojos y retener las manos cuando le gustaba una chica, por ejemplo, cualquiera de ellas.

El muchacho se tomó su tiempo para coger resuello.

Las miró una por una. Pareció calibrar qué respuesta pondría menos en peligro su puesto de trabajo. Sonrió intranquilo. Y respondió que tenía una novia maravillosa que se llamaba Claudia, que llevaban saliendo dos meses y que todavía no había tenido tiempo de pensar en otra cosa que no fuera echarla de menos cada cuarto de hora. Y por supuesto se llevó un aplauso y la mayor propina de su vida. Cuando el muchacho se hubo marchado detrás de la barra, Ana regresó a su razonamiento, ni te pienses por un solo segundo, Graciela, que esa contestación varía en algo mi teoría; pasa que vine a preguntarle a un pipiolo que aún anda con el pan de bodas debajo del brazo; si hiciéramos una encuesta sobre este tema, el noventa por ciento de los encuestados me daría la razón. Diana intervino por primera vez, acaso movida por una conciencia gremial, para interceder por su amiga casada, yo no puedo creerme que hayamos sufrido dos guerras mundiales, una posguerra casera, la caída del muro de Berlín y un cambio de milenio para acabar pensando con respecto a los hombres como nuestras abuelas. Y lo dijo con una entereza tan rabiosa que hasta a ella le pareció extraña su propia voz.

Las demás se la quedaron mirando en espera de que continuara, pero Diana se limitó a sonreír y a beber un trago de agua. Fany rompió el silencio que se instaló en la mesa para convenir con Diana en que sí, en que a veces nos parecemos a nuestras abuelas, simple cuestión de péndulo generacional, a lo mejor necesitamos otra revolución tecnológica para acabar por siempre jamás con nuestros prejuicios, ¿dije prejuicios?, sí, Ana, dije prejuicios, nosotras también tenemos de eso y mucho, es el precio que pagamos por las relaciones fracasadas, después de un desengaño nos parece que todos los tíos son iguales y al próximo, que maldita la culpa que tiene, lo hacemos caminar descalzo sobre las brasas antes de darle el visto bueno y eso no me lo invento: lo digo con conocimiento de causa.

Ana, por alusiones, aceptó que vale, que bueno, que de acuerdo, yo he visto esa actitud en más de una ocasión pero te aseguro que en absoluto es prerrogativa de las mujeres, ellos también se guían por sus fracasos para elegir y manejar sus siguientes relaciones, que tampoco tienen culpa ni vela en el entierro y acaban pagando el pato.

Y allí fue cuando Diana Arbelo, con un aire triunfal que pronto empezaría a hacer agua, quiso concluir con su teoría de que entonces, chicas, al final no somos tan diferentes de los hombres, lo que vale para uno vale para todos, ¿por ejemplo?, pues qué se yo, por ejemplo..., por ejemplo..., por ejemplo las relaciones personales, ¿el engaño?, pues sí, Fany, el engaño; nos afecta de la misma manera cuando lo sufrimos, ah, ¿que te refieres a engañar, no a ser engañados?, pues también, nosotras sabemos y podemos engañar a nuestras parejas, claro que sí, ¿si yo sería capaz?, pues, ejem, mujer, umm, ¿qué quieres que te diga?, yo... no soy una excepción, ahora podrá parecerte imposible, pero ya sabes lo que dicen de escupir para arriba, ¿no?

—¿Cuánto duró la cosa?

—No sé. Unos meses.

—¿Y era serio?

—Coño, claro que era serio. Diana no se mete... no se hubiera metido en un fregado así para pasar un rato. Recuerda que la «Loca de Chaillot» soy yo.

Ernesto vivía con sus padres. Diana con su marido y sus hijos. De modo que los encuentros tuvieron que llevarse a un terreno neutral. Nada de hoteles, ella se había negado a pasar por una recepción, a aguantar la mirada y el gesto torcido de un conserje bragado en ese tipo de escaramuzas. La casa de su hermana quedaba descartada. Ni Diana lo hubiera propuesto nunca ni Sofía hubiera aceptado. Una cosa es saber y otra ser cómplice. ¿Reparos a esas alturas de la liga? Pues sí. Todos los del mundo. Pero había algo más: Sofía llevaba un año saliendo con un asesor fiscal que, por si fueran pocos los enredos, era compañero de promoción de Julián. ¿Dónde entonces? Ya te lo había dicho al principio del relato: donde el último tramo de escaleras del edificio en que vivía Ernesto, el tramo que está encima del quinto o del sexto o del octavo, el que lleva a la azotea y, desde que se inventaron las secadoras, nadie utiliza ya. Al parecer había hasta tres recodos antes de llegar a la puerta del terrado. ¿Allí se veían? Sí. Aunque, bueno, lo de verse era un decir porque, sólo cuando alguien encendía el pasillo, les llegaba un alambre de luz, lo justo para apreciar el cuerpo del otro, para sospecharse. El resto podía considerarse una cita a ciegas.

—¿Cuánta gente estaba al tanto del asunto?

—¿Además de los amantes? Fany y yo. Y ahora tú, claro.

—¿Cómo lo supo Fany?

—A mí que me registren. Fany es lista y ya se barruntaba algo. Yo sólo se lo confirmé.

—Espero que, además de lista, sea discreta. Si esto llega a oídos de la policía, se puede armar.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Pareces boba, Sofía. Yo no sé mucho de esto. Pero, si sale a la luz tu historia, ni Cristo se va a creer que a Diana la mató un pringado para robarle.

La muchacha se incorporó y te miró espantada. Era evidente que no había caído en ello. Andaba tan abatida, tan lánguida que no había caído en la forma, en la causa o en el culpable. Tuviste que ser tú quien le abriera los ojos. Y fue como si reviviera las veinte puñaladas una a una. Incluso hubieras jurado que se agarraba el estómago con fuerza como para calmar aquel dolor terrible. Permaneció unos minutos ovillada. Sin moverse. En silencio. Le acariciaste la cabeza. Y el costado. Más por ver si respiraba que por puro consuelo. Parecía dormida. A lo lejos, sobre el manto de silencio que se había desdoblado esa noche, cantaba un grillo. Más cerca, en los alrededores del tanatorio, las voces se entreveraban sin tino: un suspiro, un siseo, una risa, un lamento.

A Nacha Cabrera la enterraron el sábado.

Eran más de las once cuando el coche llegó al cementerio. Y todo se compinchó para que aquel no fuera un entierro como los demás. Amaneció una calima pegajosa y cruda que inundaba el ambiente. El cura llegó tarde a despedir a tu tía, porque al parecer había tenido una extremaunción. Y ocurrió que el cochero que estaba preparado para llevar a Nacha, viendo el retraso, decidió adelantar trabajo y tuvieron que esperar a que regresara de una carrera a San Lázaro. Alguien se hizo un lío con las coronas y mezcló las de un difunto con otro, algo que no se hubiera notado demasiado si en primera fila del cortejo de Nacha no hubiese aparecido un enorme centro de flores con una banda lila en la que rezaba «tu desconsolada viuda».

Por si éramos pocos parió la abuela del desconcierto. Todos esperaban que Álvaro e Ismael se adelantasen para coger la caja, pero ninguno de los dos se dio por aludido. Se mantuvieron impertérritos en la primera fila de las escalinatas con los brazos cruzados, como si la cosa no fuera con ellos, tercios en parecer invitados de piedra. Mario, el mayor experto en entierros que has conocido y habrás de conocer jamás, tomó la iniciativa. Y arrastró a los que pudo con él. A ti, a Miguel, a tu primo Tomás que aún andaba aturdido con lo de la desconsolada viuda. A los cuatro se añadieron dos tipos más, vecinos de Nacha en San José. Pero ocurrió que su generosidad era inversamente proporcional a su estatura. Y en vez de colocarse un enano a cada lado del ataúd, eligieron el mismo flanco, con lo que la caja se pasó todo el trayecto escorándose a la derecha, a punto de caerse varias veces. Tomás, desde chico un guasón incurable, se empeñó en hacer chiste del bamboleo, ¿qué coño le dieron a la muerta de beber, carajo?, y un murmullo de risas atronó en San Lázaro para que aquel cortejo pasara a la historia de los despropósitos. A todas estas, cuando ya la gente empezaba a respirar y a ver el fin de aquella mojiganga de enterramiento, resultó que la caja no entraba en el nicho. Lo intentaron en todas las formas. Pero no hubo modo. Hasta Mario fracasó. Le echó la culpa a los enanos y les mandó bajar de la escalera y cambiar de puesto para ver si él y Tomás podían ajustarla. Nada. La caja no entraba. El fraile enlazaba con paciencia habanera un salmo con otro por ver si Dios Padre intercedía. Su ayudante sudaba como un pato y su respiración ya ni siquiera le daba para repetir las jaculatorias del monje. Todos miraron a los hijos de Nacha buscando una respuesta. Ismael se hizo el loco. Se tapó los ojos con las manos como si de verdad sintiera la muerte de su madre. Y comenzó a cabecear como un judío en el muro de las lamentaciones. Álvaro ni se molestó en disimular: puso cara de a mí qué me cuentan, quién iba a saber que había que decir en el tanatorio que el nicho era de la época de Franco, yo elegí la primera caja que me pusieron delante.

Asunción comenzó a llorar amargamente, aquello era más de lo que podían soportar su inocencia y su pena. El más pequeño de los hijos de Álvaro la abrazó (la cabeza del niño apoyada en el vientre de la peruanita dio una imagen hermosa, una inesperada suerte entre tanta desgracia) y poco a poco la muchacha se fue calmando. De repente alguien señaló, dos columnas más allá, un nicho que estaba libre. Daba a

la esquina y, aunque también era de los antiguos, parecía más ancho. El cura miró al sepulturero buscando avales para una decisión tan delicada y éste se lo puso en bandeja de plata, no sería la primera vez, hermano Ubaldo, cosas peores se han visto. Luego, los dos a un tiempo miraron a los hijos de la difunta, quienes, era de esperar, también consintieron, dele, dele, hermano Ubaldo.

Total.

A ellos qué más les daba, lo único que querían era acabar con aquella agonía, aquel sofoco, aquel incordio de mosquitos. Mario bajó la escalera de un salto, recorrió toda la fila de nichos con nombre hasta llegar al elegido, el único que no tenía filiación. Se alongó. Y fisgoneó el interior. Miguel se colocó a tu lado y te susurró al oído, ya verás cómo éste la arma. Tú lo miraste con cara de cansancio, mira, como al totorota de tu hermano se le ocurra poner un solo *pero* lo agarramos por los sobacos y nos lo llevamos de aquí, ¿de acuerdo?; me niego a dar otro espectáculo más. Pero Mario, en un gesto casi contra natura, asintió con la cabeza y dio su visto bueno: la fosa estaba por completo deshabitada, ni rastro de anteriores inquilinos. Regresó adonde el ataúd de Nacha. Le hizo un gesto al sepulturero. Y apremió a la comitiva, vamos, vamos, que se hace tarde y no tenemos todo el día.

Y así fue que dejaron por fin descansar en paz a la buena mujer.

El guirigay, sin embargo, no iba a acabar ahí. Los asistentes, muchos de los cuales no conocía bien a los familiares de la fallecida, hicieron lo que cualquiera en su lugar: pasaron junto a los hijos de Nacha sin siquiera mirarlos y fueron a darle el pésame a Mario y a Tomás. Ismael, a buenas horas ofendido, tomó la palabra con un deje farisaico que no engañaba a nadie para agradecer, de parte de los hijos, las nueras y los nietos de Ignacia Cabrera, las muestras de condolencia recibidas. El público se quedó zozobante, en mitad de aquel pasadizo polvoriento, sin saber cómo reaccionar. Miraban a ambos lados del camino igual que espectadores en un partido de tenis siniestro, peripatético. Dudaban si debían desandarlo para cumplir con los verdaderos hijos o abrazarse a quienes se habían comportado como tales. Se hizo un silencio espeso, sólo roto por el zumbir de bichos. Miguel, antes de que la cosa se eternizara y, por qué no, antes de que Mario armara la de San Quintín, comenzó a aplaudir. Al final, la concurrencia dio por buena la solución y se sumó al aplauso con fervor y emoción.

Sofía, que se había prestado a llevarte en su coche al cementerio, no podía parar de reír en el viaje de vuelta, lo siento, chico, te pareceré una bruja pero convendrás conmigo en que Woody Allen haría guapo guión con esto; lo de los enanos no tuvo desperdicio, ¿y la cara del cura cubano?, méate, el pobrecillo no sabía ya qué decir, lo único que le faltó fue ponerse a bailar danzón. La risa de Sofía era contagiosa. Siempre lo había sido. Desde cuando la vida, como diría el poeta, *era una primavera que no quisiste compartir conmigo*. Y por veinte minutos, contados de reloj, olvidaste dónde estabas. Veinte minutos hasta el tanatorio durante los cuales todo te pareció un mal sueño y hubieras jurado que ibas a despertar en cualquier momento. Que abrirías

los ojos en el hotel Mencey, donde todo empezó.

Cuando volvieron a Santa Catalina, que era lo mismo que volver a la realidad, se les agrió el humor. A Sofía, porque le regresó la punzada de la tristeza. A ti, porque se te estaba enfriando la esperanza de salir algún día de aquel puñetero lugar. Había llegado el padre de Diana. Don Octavio Arbelo, alférez jubilado, hombre curtido por el sol y la disciplina, parecía muy entero. A sus ochenta largos, con el pelo cortado a cepillo y un mostacho entrecano y perfecto, el hombre aún imponía. Pensaste en la marinería que habría servido a sus órdenes y te diste con una piedra en los dientes por haberte escapado de la mili. Sofía los presentó y él te estrechó la mano con fuerza sin dejar de mirarte a los ojos. A los ojos y a la mochila que te había traído Mario con la ropa, un macuto de tela vaquera descolorida que desentonaba de un modo bárbaro con tu chaqueta y tu camisa. También estaba Néstor, el novio interino de Sofía, un tipo bajito y calvo al que no le augurabas un futuro demasiado prometedor con ella. Tú aprovechaste que la chica estaba a buen recaudo para escapar de allí y cambiarte de muda.

Pero la fortuna te fue esquivada de nuevo. La sala para clientes especiales estaba cerrada. Ahuecaste las manos frente al cristal por ver si había alguien dentro que se apiadara de tu desdicha. Al fondo, en un recodo de la *suite*, había dos muchachas barriendo y aventando el olor a sudor y a perfume revuelto. A cada poco detenían la escoba y hacían algún comentario jocoso que les provocaba una risa contagiosa. No obstante su buen humor, te dio apuro llamar. ¿Cómo ibas a explicarles la necesidad de usar precisamente ese baño habiendo otros cuatro libres y limpios en el tanatorio? No. Hubieran pensado que les tomabas el pelo. Lo mejor sería buscar a Macarena.

La Velasco no estaba en su despacho.

En su lugar había una adolescente con un *piercing* en la nariz, la barriga (y algo más que la barriga) al aire y un tatuaje azul en forma de serpiente en el cielo de la ingle. La muchacha estaba en esa edad en la que cualquier encuentro servía de excusa para insinuar su sonrisa coqueta y la culebra azul. Cuando le preguntaste por su jefa, se le notó la desilusión a la legua de una mesa de despacho. Hasta el *piercing* se le ruborizó, no, doña Macarena no se encuentra, está en una reunión, si puedo servirle en algo. No podía. No se lo dijiste para no aguarle el ego pero no podía. Simplemente le reembolsaste la sonrisa. Le pediste una tarjeta de las que usaban para las coronas. Y le dejaste un mensaje a doña Macarena: «Sigo aquí, amiga mía, coleccionando muertos: a este paso vas a tener que hacerme socio».

No fue difícil encontrarla. Aunque el tanatorio se estaba convirtiendo en un universo, era un universo chiquito. Resultó que ella también te buscaba. Desde la mañana. Pensaba que te habías ido. Que se te habían acabado los difuntos y las ganas de verla. Que te habías hartado de sufrir. Cuando supo que el cadáver de Nacha había partido para el cementerio, se hizo cuenta de que ya no volvería a saber de ti. Y retornó (¿era su modo de esconderse del mundo?) a su trabajo. No fue difícil encontrarla. Estaba en la puerta de la capilla despidiéndose de Pascual Torres.

Apechugando con el bochorno. Excusándose en nombre del Santa Catalina por la homilía cavernaria del padre Orellana. Torres le quitaba hierro al asunto, no se haga mala sangre, Velasco, yo ya vengo de vuelta de esta vaina, en peores plazas he toreado. Y ella, claro, de eso se aprovechan don Claudio y otros como don Claudio: de que la gente viene de vuelta, de que ha toreado en plazas mucho peores y de que, con una noche en vela a sus espaldas, anda demasiado cansada para replicar; es la pescadilla que se muerde la cola y el cuento de nunca acabar todo en uno.

Suspendieron su charla para recibirte. Ambos se alegraban de verte. Pascual porque no quería marcharse sin despedirse de ti. Macarena porque no quería que te marcharas sin despedirte de ella. Y tú los saludaste con el mismo entusiasmo. La Velasco se extrañó más que el otro de que ustedes dos se conocieran. Y Pascual le reveló el misterio, yo no sé, Macarena, si usted lo tiene en nómina, pero debería planteárselo; su amigo es el mejor hombre sobre el que llorar que pueda encontrarse hoy en día: discreto, paciente y educado. Ella se sonrió, y que lo diga, señor Torres: mi amigo es una caja de sorpresas. Y tú, antes de que sus comentarios se salieran de madre y logran sonrojarte, terciaste, no es para tanto, digamos que los dos nos hicimos mutua compañía; que las penas, con el pan del afecto, son menos.

Acompañaron al arquitecto hasta la puerta del tanatorio. Lo estaban esperando al pie de la guagua y Pascual no quiso demorarse, gracias de nuevo a los dos, pero permítanme que no desee volver a verlos a menos que me prometan que será en otro sitio y en otras circunstancias. La Velasco se lo prometió aunque con la boca pequeña, de acuerdo, Torres, pero no lo vaya contando por ahí: si los clientes le cogen gusto a esa promesa, se me va al traste el negocio. Él se despidió con un mal chiste, oquei, seré una tumba.

Una vez a solas, le pediste permiso a Macarena para usar el baño de la *suite*. Ella te lo dio, claro que sí, pero no entiendo esta querencia tuya por Santa Catalina, ¿por qué no vuelves a casa, eh?, ¿dime?, ¿no me lo puedo creer?, ¿otro velatorio?, caramba, m'ijo, parece que te haya mirado un tuerto, vamos, te acompaño. Mientras iban a buscar otra toalla azul y rasposa, esta vez un poco más grande, y un jabón de aloe, la pusiste al día. Le hablaste de tu larga noche. De tu conversación con Pascual Torres. De Sofía. Y de Diana Arbelo. Macarena había leído la noticia y, como a ti, le había parecido un asunto extraño: demasiada violencia para un simple robo. Lo que jamás hubiera podido sospechar es que aquella muerte tuviera que ver también contigo, coño, es que se te pegan todos, no sé si va a traerme cuenta hacerme amiga tuya, mira que ser la hija del dueño del tanatorio no me inmuniza contra la muerte.

Las limpiadoras se habían ido.

Macarena entró y cerró con llave la puerta de cristal. Tu primer pensamiento fue que no quería que los demás empleados vieran el insolente favoritismo que sentía por ti. Querría evitar habladurías y maledicencias entre sus empleados que, quién sabe, luego irían a contarle los chismes al gran jefe. También pensaste eso cuando, en lugar de dirigirse hacia el baño en el que habías conocido a Pascual Torres y al joyero de

los ojos azules, la Velasco cruzó la sala hasta llegar a una esquina, un recodo en penumbra que no podía verse desde el exterior. Y lo pensaste cuando te invitó a entrar a un pequeño recibidor, coqueto e íntimo, destinado a los familiares más cercanos, con un sofá y unos sillones anchos de cuero y una mesa grande de madera oscura. Y cuando te señaló una puerta que estaba detrás de uno de los sillones, ese baño es más grande; y tiene una bañera por si quieres ducharte.

Ahí ya dejaste de pensar en nada que no fuera gracias, gracias, mil gracias, Macarena del alma, mi ángel de la guarda. Y se te tuvo que notar la gratitud en la cara porque ella se echó a reír con ganas, sí, no me mires de ese modo, también tenemos ducha; no te la ofrecí la primera vez porque no te conocía y no sabía que iba a terminar dándote asilo político en Santa Catalina. Te lo decía con un guiño de ojos gamberro, apoyada en el respaldo del sillón, con la toalla y el jabón en las manos. Y la encontraste más linda que nunca. Y entonces te resultó lo más natural darle un abrazo cálido, esto por la toalla, y un beso suave, esto por el jabón. Pero sucedió que se te descompasó el gesto y el abrazo duró más de la cuenta y el beso se acercó demasiado a sus labios. Sucedió que tú te encontraste a gusto tan cerca de su boca y que a ella no pareció disgustarle el tacto de tu barba. Sucedió que tú te disculpaste por si raspaba y que a ella le gustó que raspase.

Y también que su mano (la que no sostenía jabón y toalla) se eternizó en tu cara, y la tuya (la que no aguantaba la mochila) envejeció en su cintura. Y que tú te sentías melancólico y ella, sola. Y que tú la besaste, esta vez en los labios, por la toalla y el jabón y la ducha y su sonrisa, y ella se dejó besar. Y que buscaste, goloso, el sabor de su lengua. Y que su lengua sabía a café con canela. Y que de repente te dio por dudar si aquello era correcto teniendo en cuenta el cómo, el dónde y el cuándo. Y que ella te despejó la duda y, de paso, un mechón de cabello de tu frente, lo que importa es el quién y el por qué. Y que tú te dejaste llevar hasta el baño y ella se dejó desnudar. Y que tú dejaste que ella te regara el cuello y la espalda y la cintura y el culo, sobre todo el culo. Y que ella dejó que tú le enjabonaras el cuello y las tetas y el ombligo y la ingle, sobre todo la ingle. Y que tú comenzaste a desealarla como hacía tiempo no deseabas a nadie, sería la canela. Y que ella no necesitó mirarte más abajo de tus ojos incendiados para saber cuánto la deseabas. Y que tú no creías que en aquel breve espacio fuese posible amarse. Y que ella te demostró que le sobraba espacio para amarte, la canela sería, como hacía tiempo no había amado a nadie. Y que tú te sentaste en el bordillo frío de la bañera y ella te rodeó con sus piernas y su sexo calientes hasta que no hubo espacio ni posible ni imposible entre tu cuerpo y el suyo. Y que tú buscaste su oreja para murmurarle necesito sentirte, necesito escucharte, quién se va a correr ahora sólo para mí y ella, aún antes de que acabaras de invitarla, yo, mi amor, yo, siénteme, sí, anda, siente cómo me corro sólo para ti.

A Macarena le daba sueño el amor.

Le gustaba después amodorrarse en la cama al costado de su amante. Abrazarse a él. Acariciar su estómago y lo que no es su estómago. Olisquearle el pelo. Soplarle al

oído. Escuchar a Diana Krill. Sí, como lo oías. Cualquier canción de Diana Krill. *Only trust your heart*, por ejemplo. Y dejarse dormir. Lástima que allí no pudieran. Que no hubiera aparato de música. Que tú tuvieras que acabar de ducharte. Que ella hubiera de vestirse a toda prisa. Que los dos debieran salir de la *suite* a mediodía, antes de que llegara el próximo cliente. ¿Tan pronto? Sí, tan pronto. La muerte no descansa.

En realidad Pedro Antonio Carnicero no había muerto aún.

Era cuestión de horas, todo lo más un día. Pero su familia se podía permitir el lujo de reservar la sala principal todo el fin de semana. Esperaban que ocurriera esa mañana, después de que la noche anterior los doctores le hubiesen dado una solución de sedantes, pura bomba de relojería, para evitarle más mortificación. Sin embargo, Carnicero se les rebeló. Su corazón se negó con tozudez a pararse. Se empeñó en seguir marchando. Por inercia. Por orgullo. Por tocarle los huevos a sus enemigos. ¿Quién podía saberlo?

Cuando salieron de la *suite*, Macarena disimuló como pudo su rubor. Te dijo algo, bien alto, recalcando las sílabas, para que lo oyera una pareja que estaba esperando al ascensor con cara de hastío, algo, bien alto, impostando la voz, sobre tiene usted que hacerme el arreglo de esas cañerías ahora, antes de que apriete más el calor y tengamos un disgusto, ¿de acuerdo? Y tú, procurando mantener a raya el desconcierto y una sonrisa delatora, le respondiste sí, doña Macarena, la semana que entra le traigo un presupuesto, verá que no se arrepiente. La pareja los saludó y la Velasco se despidió de ti en la cima de la escalera, con un apretón resuelto y enérgico que cerca estuvo de estrangularte la mano, pues, entonces el martes o el miércoles a más tardar lo llamaré para recordárselo, buenas tardes.

Veintinueve escalones.

Los contaste para no tener que pensar en otra cosa. Igual que con los ramos en el nicho de tu madre. Veintinueve escalones ambarinos. Si los bajabas despacio, te darían para sacudirte por un rato el guineo de otra vez un funeral, otra vez un tumulto de gente que lloraría y sufriría y se desangraría por dentro, de gente que se preguntaría por qué a Diana, por qué no a otra con más merecimiento y menos vida por delante, con más delito y menos hijos que criar. Veintinueve escalones lustrosos. Porque la muerte no atiende a razones. No hay justicia maldita en ella. Democrática hija de perra. Tu madre, Nacha, Abraham. No merecían morir, pero al menos vivieron. Con sus grandezas y sus miserias, vivieron. Con sus grandes amores y sus grandes decepciones. Con intensidad, con pasión. Veintinueve escalones recién fregados. Ellos vivieron, sí. Pero a Diana Arbelo aún le quedaba tela que cortar. Dejaba viudo, dos hijos, un amante, una hermana y un padre que andaría maldiciendo su suerte, no hay amargura más cruel que enterrar a una hija, ni siquiera existe nombre para eso.

Había, pues, en la vigilia por Diana algo diferente a la de las otras. Como si una sensación de incredulidad se hubiera acomodado en el salón tal que un invitado más. Nadie parecía creérselo. Y a ti te entró la angustia, la fatiga de calzarte los zapatos de la muerta. Hasta entonces, en ese *vía crucis* que te tocó sufrir, la muerte había sido algo abstracto, algo lejano que le tocaba a otro, aunque ese otro fuera ni más ni menos que tu propia madre. Porque tú tendías a pensar que tu madre, como todas las madres, no tuvo vida anterior a la tuya, pero te bastaba reconocerla en esa pila de fotografías que Merche guardaba con celo en el tercer cajón de la vieja cómoda para

comprender que sí, que Maruca Bermúdez había sido una niña pizpireta que jugaba en la playa, una joven con sus gafas redondas que miraba a la cámara con ojos asustadizos, una mujer hermosa que vestía traje negro en la fiesta de fin de año del cincuenta. Había tenido una vida anterior a tu existencia. Como Nacha y Abraham e, incluso, Carnicero. Pero Diana no.

Ella era de tu quinta y mala cosa aquello de que empezaran a llamarlos tan pronto. Menuda gracia. Era de tu quinta. Había vivido de otra manera pero no antes. Tú no tenías mujer, ni hijos, ni padre que te llorara, ni siquiera amante, que te disculpara Macarena Velasco pero no la pensabas de esa forma aún. Y, sin embargo, te arrogabas esa muerte como ninguna otra. Es cierto que no era la primera de tu generación que enterrabas, a Julia Bello la había atropellado una camioneta a los trece años, pero entonces tú tenías doce y te satisfizo la explicación de que Dios llamaba a su lado a las niñas buenas cuando andaba falto de ángeles. Ahora no te valía el subterfugio para acallar la pena, más que la pena, el miedo de que uno pudiera morir a los cuarenta igual que a los ochenta, que no había que ser más torpe ni más lento ni fumar como un carretero ni beber como un cosaco ni llevar una vida zarandeada. Diana no hacía nada de eso y allí estaba. En aquel ataúd sellado, sin segundas oportunidades ni cuentos de ángeles. Por haberse enamorado de quien no debía. Por haber tentado a la suerte de vivir dos amores a la vez o un amor a destiempo. Ésa y otras preguntas eran las que estaban haciéndose, seguro, todas esas personas que encontraste en la sala en que velaban a tu amiga Diana Arbelo.

Reconociste algún rostro de cuando La Laguna. Detrás de unas ojeras, de una papada, de una barriga fondona. Detrás de unas gafas de astigmático, de un tinte de pelo indefinido, de una operación de nariz. O simplemente detrás de veinte años que no son nada pero bien que lo disimulan los cabrones. En una esquina, sola, la compañera de piso de las Arbelo en los ochenta se enjugaba las lágrimas con un pañuelo. Ahora era la pediatra de los niños de Diana y, a ciencia cierta, su pensamiento iba para ellos. Se llamaba Irene o Elisa o Isabel, siempre olvidabas su nombre. Te lo repetían una y otra vez en cada ocasión en que te la presentaban. Pero a ti se te atoraba el entendimiento. Ocurrió que, la primera vez que la viste, ella salía del baño. Sólo llevaba puesto un perfume de manzana y una esclava de oro en el tobillo. Nadie le había advertido que tenían invitados a cenar. Y a ti tampoco que un cuerpo desnudo de mujer veteado por las marcas de un bikini (una contienda excitante entre la piel oscura de la espalda y la blanca, intachable, de un culo respingón) pudiera provocar tremendo eclipse de memoria.

Diego de Luis, un antiguo novio de la muerta, se aferraba a la mano del viudo y se lamentaba de la desgracia, no en vano sabía bien por lo que estaba pasando: él la había amado primero y eso era casi como amarla dos veces. Lourdes Villar y Rafael Seco, ocultos tras sus gafas de sol cursis e idénticas, podían presumir de formar la única pareja que se mantenía unida después de todo ese tiempo. Las demás se habían ido desmoronando por el camino. Todas. Antes o después. Apacible o drásticamente.

Con o sin heridas de guerra. Demasiadas tempestades para tan poco aguante. Por eso la presencia de aquellos dos, exhibiendo la armonía de su amor y sus gafas, resultaba provocativa. Tres muchachas, Estefanía, Graciela y Ana, hacían corro alrededor de su pena. Sofía te las presentó en un ademán a medio camino entre corroborar su discurso de la noche anterior y buscarte una buena mujer que te sacase de esa recalcitrante soledad en la que te creía, quiero que conozcas a las amigas de Diana, ya verás, son unas chicas estupendas, nada de chiquillería, mujeres hechas y derechas, te gustarán.

Y te gustaron.

Especialmente Graciela, la más discreta, la que menos hablaba, la casada. Solía ocurrirte. Con demasiada frecuencia como para no ver en ello un síndrome o un complejo. El de Edipo, el de Estocolmo, el de Peter Pan todo en uno. La de Graciela, ya lo había apuntado Sofía, no era una relación muy arraigada. Pero no tenías ganas de andar removiendo las ruinas de un matrimonio para descubrir, luego, que lo único que te interesaba del asunto era precisamente la imposibilidad de llegar hasta el final. O la búsqueda de la mujer madura. O que alguien te secuestrara por un tiempo hasta que las aguas volvieran a su cauce. Para eso mejor no menearlo.

Estaban impresionadas. Ninguna podía creérselo. Habían comido juntas dos días antes. Fany, incluso, había hablado la noche anterior con ella por teléfono y Diana parecía exultante, cargada de proyectos. Parece que estaba viendo casas para comprar, que iba a apuntarse a un curso de decoración de interiores, que había pensado solicitar un traslado a otra delegación donde tuviese mayores posibilidades de ascender. ¿Quién iba a imaginar la tragedia? Ana admitió que, en efecto, en los últimos meses Diana parecía una mujer nueva. Vaya mierda. La mejoría del moribundo. Tuvieron que dejar de hablar de ella porque a Sofía se le cuajó la mirada y se encogió de vientre, estaba a una puñalada de ponerse otra vez en la piel de su hermana. Decidieron probar otra estrategia. Y estuvo claro que no les convenía lo de contraponer en la balanza otro muerto más triste, nadie podía creer que hubiera sobre la tierra o bajo ella otro muerto más triste que la Arbelo. Así que optaron por el chismorreo, hay que ver fulanito lo avejentado que está, se ha echado diez años encima desde el último entierro, o tal vez no, tal vez lo que ocurre es que su nueva novia resulta demasiado joven y a ver quién es el guapo que aguanta tal contraste; suele pasar, los hombres se vuelven tontos con la edad y buscan como locos que una chiquilla les anime la vida; ¿a ti te había ocurrido?, ¿habías sucumbido ya a la crisis de los cuarenta?

Y tú (qué otra cosa ibas a hacer que estirar la madeja y mantener la táctica de adormecerle la pena a Sofía, de anestesiarle el sufrimiento) les seguiste el juego. Aceptaste, obediente, el papel de víctima propiciatoria, ¿yo?, ¿la crisis de los cuarenta?, pues no; a mí esa se me adelantó, me agarró a los treinta, sí, como lo están oyendo, a los treinta, me sentaron como una patada en la boca del estómago, hasta tal punto que rompí con todo, con mi vida anterior, con mi matrimonio, casi me cuesta la familia, que no entendió qué demontres me estaba pasando y que, además, adoraba a

Concha y no podía creerse que fuera a cometer, que cometiera la tremenda estupidez de abandonarla.

¿Fue una estupidez? Sí. Una de tantas. Hubo momentos en que pensabas que tu vida entera era una prolongada estupidez, que encendías una torpeza con la colilla de la anterior. ¿Y fue por una muchacha más joven, más linda, más moderna? Qué va. Concha era la más joven, la más linda y la más moderna de todas, la prueba es que aceptó volver a empezar de novia contigo después de la primera huida. Sí. Ustedes invirtieron todas las líneas del tiempo. Revolvieron el rompecabezas como en esos relatos de Rulfo. Te casaste con ella unos meses después de haberla conocido, menos de un año después de haberte enamorado de su sonrisa limpia, de sus ojazos negros, de su lunar de luna. Luego de aquella crisis, la primera, la de los treinta, regresaste con ella varias veces. Y te hiciste su amante y su novio y su cómplice y su amigo. Hasta que se acabaron las palabras para definirlo. Hasta que se acabó la magia o el sueño o la paciencia. ¿Las ganas? No. Eso nunca. Las ganas jamás se acabaron. Las ganas por Concha aún palpitaban cada vez que la veías, sin ir más lejos dos días antes en el cementerio. De modo que no, no fue por una mujer más joven lo de tu angustia. A ti las jóvenes siempre te parecieron confusas incluso cuando tu época de universidad, que no supiste nunca muy bien cómo entrarles.

Aquello fue algo más complejo. Más profundo. Más enmarañado de explicar. Fue el miedo. El miedo a estar dejando pasar la existencia igual que todo el mundo. El miedo a vivir una vida que no te convencía, una vida discreta, dictada por las normas o por la inercia. El miedo a la infelicidad. Un miedo inexplicable como todos los miedos. ¿Eras feliz ahora? No. Definitivamente no. Estabas igual de solo. Igual de desconcertado. Pero ya no tenías miedo. ¿Por qué les ocurría eso sólo a los hombres? Estuviste a un suspiro de joderla, de ponerles en claro que sólo a los hombres no, de recordarles la historia de Diana y su jardinerito, pero te pareció de mal gusto. Te conformaste con aventurar una explicación fácil, cogida por los pelos, que ni siquiera a ti te convencía. La torpe explicación de que los hombres son cazadores y las mujeres recolectoras. Tremenda patraña. De que los hombres necesitan moverse todo el rato, creer que aún pueden conquistar a una chica, sentir que aún le gustan a alguien. Por eso es que, de repente, les entra la venada de correr la maratón, de cambiar de colonia, de comprarse un deportivo, de modernizar el vestuario. Se lanzan como posesos a la búsqueda de una nueva identidad. Si pudieran, hasta de nombre cambiarían. Conociste a uno que pagó una fortuna por añadirle un guión a sus apellidos, demasiado corrientes para poder fardar. Sí. Como lo estaban oyendo. De la noche a la mañana pasó a apellidarse Gómez-Ruiz. Felipe Gómez-Ruiz. Todo junto. Jamás un guión tan chiquito, apenas un borrón, una cagada de mosca en el pasaporte costó tanto dinero y tanta chufra. Porque a tu juicio era un negocio ruinoso lo miraras por donde lo miraras. Para la chica quizás resultaba original pero para el resto del universo era ridículo.

Quien no la corre a los veinte la corre a los cuarenta. Eso decía tu padre. Y puede

que no le faltase razón. Pero a los cuarenta no se tiene el aguante ni el tiempo ni la libertad de los veinte. Uno tiene un trabajo, un horario, unas responsabilidades y demasiados costurones en el alma como para soportar la vida de crápula. De modo que esa mudanza suele acabar en desastre. En un regreso con el rabo entre las piernas a la más absoluta soledad. Porque la chica joven acaba descubriendo que no eras tan encantador como parecías, que el dinero no da la felicidad, que prefiere a su novio de siempre. Y tu mujer, con el rencor aún caliente por la humillación del abandono, te hace cruzar el Jordán para poder ver a tus hijos. Y tus amigos (¿o deberías decir las mujeres de tus amigos?) te dan la espalda, cuando te quieres dar cuenta te dejaron, te han dejado, te dejan de llamar. Y al final comprendes que la banca siempre gana. Que queriendo salir de la sartén de la realidad has caído sin remisión en el fuego del realismo. Tienes la edad que te dejan tener. Y punto.

Una voz a tu espalda, salida de las sombras, se coló de rondón en el círculo que formaban los cinco. Venía, eso dijo, a igualar las fuerzas. Cuatro contra uno no valía. No era justo. Se creyó, eso dijo, en la obligación de acudir en tu ayuda. Había escuchado casi sin querer tu alegato contra los cuarentones. Sintió, eso dijo, la necesidad de hacerte alguna aclaración. Y es que los cuarenta ya no son lo que eran, qué te creías tú. A los cuarenta aún te quedaba vida por delante. Aún se era joven. Cierto que, viendo el percal que se había congregado en el velatorio de Diana Arbelo, era difícil creerlo. Pero la edad es algo que se lleva por dentro y no en el carné de identidad, caramba.

Más allá de la aflicción que debía andar padeciendo, con el ceño afilado, la frente alta y la mandíbula prieta, Julián de la Fe mostraba una gran firmeza. La firmeza del que acepta las cosas como vienen. Del que no malgasta un solo segundo en lamentarse. Del que saca provecho hasta de las desgracias. La vida es así de perra. Y ahora toca buscarse una niñera. Explicarles a los niños lo del cielo y las nubes y Dios que lo ve todo. Reorganizar la rutina. Y mirar adelante, lo que no mata engorda. Sofía no pudo soportar el frío desapego, la entereza de ánimos de su cuñado y se escabulló en cuanto pudo de la reunión antes de que el llanto la traicionara. La contemplaste mientras se alejaba rumbo a la nevera, adonde la caja condenada de Diana. Acaso fuera a despejar la duda que le estaba apolillando el alma. Acaso fuera a preguntar si, ¿en serio?, un drogadicto de mierda se había ensañado con ella hasta desfigurarla. A preguntar si, ¿de verdad?, un muerto de hambre había acabado con su vida por quince míseros euros. A preguntar si, ¿segura del todo?, alguien es capaz de hacer algo así para matar el mono.

Y te sentiste culpable de haberle contagiado tus sospechas. Tuviste deseos de acudir en su ayuda. De llevártela de allí. Pero te arrepentiste a última hora. Y, mientras tanto, vaya por Dios, perdiste el hilo de la conversación y te quedaste en blanco satén, aguantando las miradas de Estefanía, de Graciela, de Ana, de Julián que esperaban, curiosos, a que respondieras a la pregunta. ¿A qué pregunta? A qué pregunta iba a ser, parecías tonto. A la que acababa de formular de la Fe, quién sabe

si en tono cáustico o por curiosidad no más. A la pregunta de si a las mujeres, con aquella reciente manía por la igualdad a toda costa, no les estaría ocurriendo lo mismo, no estarían sucumbiendo a la dichosa crisis de *identidad*. Estuviste bien ágil en responder, pese a lo embotado por tanta muerte y tanto velatorio y tanto entierro, que había allí tres mujeres que podían contestar con más autoridad y más criterio. Les pasaste, sin pudor alguno, la papa caliente a las chicas. De la Fe te mantuvo el pulso. Como buen abogado, ni pestañeó. Hasta echó mano de la jerga jurídica para devolvértela, ya, seguro que ellas podían contestar mejor, pero ¿no era más cierto que habías sido tú el de la tesis del hombre cazador y la mujer recolectora?

El viudo, por lo oído, no había perdido detalle de la conversación desde antes incluso de haber salido de las sombras. Y había calculado hasta el mínimo detalle. Había elegido el momento indicado, el que más daño hacía, para interceder por ti. El abrazo del oso. Y te negaste a plegarte, a bailarle el agua a un tipo que, sí, nadie lo dudaba, podía andar rompiéndose por dentro, pero que se estaba comportando como un imbécil de los pies a la cabeza. ¿Las mujeres? Por supuesto que sí. Podían padecer esas crisis. Se lo habían ganado después de dos mil años de sufrirlas en carne propia. Ya estaban tardando en despabilarse y darle gusto a los instintos igual que los hombres. Aunque no. Lo de igual era un decir. Había una diferencia. ¿Importante? Mucho. Esencial, a tu juicio. Los hombres podían jugar a dos bandas. Mantener una vida en casa y otra fuera. Pasarse la existencia sobre la cuerda floja de dos amores. ¿Las mujeres no? No. Ellas solían darlo todo en un amor y, cuando se da todo, ya no quedan ni las raspas para otro. No. Ellas no repartían las sobras. Cuando se enamoraban echaban el resto. A lo mejor tardaban un año en dar el paso, pero cuando lo daban, como diría el castizo, podías darte por jodido. Podía jurarlo el viudo doliente, el asesino vengador, el abogado impasible: las mujeres no dan un paso atrás ni para coger impulso.

—¿Está seguro?

—Seguro, de la Fe, sólo es la muerte. Pero estoy dispuesto a defender mi tesis donde sea.

—Bueno es saberlo.

«Bueno es saberlo». La sentencia se quedó revoloteando en el vestíbulo de Santa Catalina por un buen rato. Las amigas de Diana se miraron entre sí, te miraron, miraron a Julián, que abandonaba el grupo para atender a unos amigos recién llegados. Y quedó patente que no entendieron, de la misa, la media. La única que arrugó el ceño fue Estefanía, quien pareció hacer cábalas mentalmente. Por más que lo intentaba no le salían las cuentas, ¿a qué venía ese genio? Se suponía que un hombre que acababa de perder a su esposa, a la madre de sus hijos, al amor de su vida, debería dedicarse a elogiar a la muerta, a hablar de sus virtudes, a citar sus bondades una a una igual que haría después el cura calavera pero con más conocimiento de causa que el cura calavera. Y no a remorderse. No a obsesionarse sobre si las mujeres se podían enamorar hasta la locura después de los cuarenta.

Estefanía era capaz de comprender la rabia de Julián, no es fácil levantarse de pronto con la noticia de que tu mujer ha amanecido muerta en una callejuela, bajo unos cartones mugrientos, sola, indefensa, a saber con qué último pensamiento en la cabeza. Pero el destinatario de esa rabia debería ser el miserable que se la había cargado, todos los miserables del mundo capaces de cargarse a una mujer por quince euros, el mundo entero que permitía que hubiese miserables capaces de cargarse a una mujer por quince euros. Y, sin embargo, disparaba de un modo bárbaro contra las amigas de Diana. Insistió: ¿a qué venía ese genio?

Entonces fue que a Fany se le iluminó el entendimiento.

Y todo estuvo claro. La ilusión de Diana por comprarse una casa, por aprender a decorarla, por ascender más rápido. Clarísimo. Tú lo habías dicho: las mujeres estaban aprendiendo a despabilarse, a actuar como los hombres. Como el agua. Pero una mujer no es un hombre y Diana era incapaz de tolerar el engaño, de afrontar dos relaciones juntas, de vivir de prestado. Y Fany puso cara de volver a echar cuentas, uno más uno, y de que esta vez, ahora sí, le salían dos: uno, Julián estaba al tanto de lo de Diana y el jardinero; y dos, Diana iba a abandonar a Julián. Así de simple. Puras matemáticas.

Y la noche se hizo eterna.

Estefanía se la pasó distante, con la vista extraviada, dándole vueltas a una fea hipótesis. De vez en cuando reaparecía en la sala para responder, con un monosílabo, a alguna de las preguntas de sus amigas. Hasta que el entendimiento ya no le dio ni siquiera para eso. Entonces se inclinó por marcharse a casa. Total. Más que una ayuda se estaba convirtiendo en un estorbo. Graciela se prestó a acompañarla pero Fany se negó. Ya había llamado a un taxi. En cinco minutos la esperaban en la puerta de hierro del tanatorio. Y mañana sería otro día.

Eterna y negra.

Sin la cercanía de Macarena, que se había despedido a la hora de cenar, te sentías indefenso, abandonado. Te diste tu tiempo para cumplir con la familia de Diana. Dedicaste unas horas a su padre. No perdiste de vista a su viudo. Intentaste consolar a su hermana. La historia de la Arbelo y el jardinero ya llevaba en maceración mucho antes de que ella se sincerara con Sofía. Conociendo a Diana, sólo se atrevió a contarle una vez que la cosa ya no tenía remedio, una vez que se había asegurado de que aquello no era un simple capricho, una ilusión óptica, la puñetera crisis de *identidad* de la que había hablado Julián de la Fe. Por cierto, puestos a conjeturar, el término sería un invento de Diana. Él, con su lengua afilada pero precisa y fría, hubiera sido incapaz de tanta innovación. Seguro que fue ella quien la puso sobre el mantel, no veas en esto, Julián, una simple crisis de *identidad*, estoy enamorada de Ernesto y no puedo, lo siento, continuar con esta farsa. Así que el asunto duraba más tiempo de lo que nadie (Sofía, Fany, el propio marido) suponía. Y ella quiso zanjar la cuestión con la mayor honestidad y el menor destrozo posible, voy a dejarte, Julián, voy a buscar un apartamento pequeño para Pablo, para Julia y para mí, no pienso

pedirte nada, con mi trabajo podemos salir adelante, ahora voy a cobrar algo más; siento que las cosas sean así pero una no manda en los sentimientos.

En algún momento de las conjeturas, cerraste los ojos para enfocar mejor la escena de ruptura con niños al fondo. Y el cansancio te venció por la mano. Tuviste un sueño extraño, confuso, doloroso. Maruca Bermúdez, sentada en su sillón de orejas amarillo, con su caja de coser a los pies como si fuera un gato mimoso, le subía el vuelto a una falda negra, una falda de Mónica o de Mercedes. Entre puntada y puntada te hablaba de los años felices. Después de la famosa agarrada que jamás se produjo entre el abuelo Elías y tu padre. Años de privaciones, de qué sirve tener hambre si no tengo qué comer, y risas. Y la esperanza intacta. De vez en cuando detenía la aguja en el aire para atrapar al vuelo algún detalle. Luego, se despojó de la vergüenza para revelarte un secreto de alcoba: el insaciable apetito de Agustín Cabrera, su fogosidad, su aguante; todo lo que tenía en la calle de discreto lo tenía de descarado en la cama. Te viste en la necesidad de detenerla, mamá, coño, ¿qué dices?, ¿a qué viene contarme eso? Y ella, como quien oye llover, hilaba un recuerdo con otro igual que con el moño de la falda. Eran la misma cosa el dobladillo y su secreto. De pronto, se detuvo, levantó la mirada y cambió de estribillo, ¿a qué esperas para darme un nieto? Y tú, en puro desconcierto, ¿un nieto?, eso estaría gracioso, pero olvidas un pequeño detalle: no tengo con quién dártelo. Y ella, marrullera, Jesús, m'ijo, ahora ya no hace falta ni siquiera una madre de verdad; puedes alquilar una o pedirselo a una de tus amigas. Y tú, lacónico, muy moderna te veo, Maruca; además, tú ya tienes una talega de nietos, ¿para qué quieres más? Y ella, filósofa, no lo quiero para mí, tolete, lo quiero para ti; un hijo te daría vida. Y tú, suspicaz, caramba, yo pensaba que ya tenía una vida. Y ella, circunspecta, no, tienes una existencia que no es lo mismo; uno no tiene vida de veras hasta que no cría a un hijo, es algo que ahora no entiendes pero ya entenderás.

Y tú, un frío desangelado recorriéndote la nuca, y ¿de cuándo a dónde te preocupa a ti eso? Y ella, regresando a su labor, me estoy muriendo, ¿sabes?; en verdad ya estoy muerta y me he colado en tu sueño para decirte que me quedé con esa magua. Y tú, incrédulo, mamá, ¿a eso has venido?, ¿a pedirme otro nieto? Y ella, yo sé lo que me digo, y quiero que me prometas que tendrás un hijo, que lo llamarás Carlos, que lo querrás con locura, que no te perderás uno solo de sus cumpleaños, que lo llevarás a todos los parques a montar en los remos, que le hablarás de mí. Y tú, si algún día me decido, ten por seguro que haré todo eso que me dices, porque yo sí que tengo pura magua de un padre más amable que jugara conmigo y no la estaca andante que era tu marido. Y ella, retadora, no te permito que hables así de él. Y tú, rebelde, ¿en qué quedamos?, éste es mi sueño, ¿no?, pues puedo hablar como quiera de quien quiera. Y ella, brava, ¿crees que él no hubiese querido también jugar contigo? Y tú, atrevido, pues bien que lo disimuló el cabrón de él y, sin embargo, sí que jugó con sus nietos, aún me acuerdo de verlo sentado en el suelo del salón construyéndoles a Alberto y a María un puente de madera. Y ella, hiriente, acabáramos, por eso les

tenías a tus sobrinos unos celos que te comían por dentro. Y tú, herido, pues sí, ¿quién sabe?, a lo peor mi historia es la del príncipe destronado. Y ella, sombría, tu padre te quería mucho, ¿sabes? Y tú, abatido, y yo a él, mamá, no te imaginas cuánto, pero una cosa no quita la otra, así que por eso no vayas a hacerte mala sangre: si algún día tengo un hijo, me sentaré en el suelo del salón a construirle un puente de madera.

Antes de que pudieras continuar, Maruca se durmió. Ya había dicho lo que tenía que decir. Y oído lo que había venido a oír. Se durmió con la labor en el regazo y una sonrisa dulce. Te acercaste a ella y le susurraste, te lo juro, madre, pienso llamarle Carlos y hablarle de ti, de tus caracoles, de tu forma de andar, de tus refranes, de tu risa contagiosa, de tu historia de amor, eso, tu historia de amor, ahora puedes retomarla donde la dejaste, aprovecha el tiempo, la eternidad para según qué cosas pasa pronto, aprovéchala y déjate de zarandajas de andarte apareciendo en nuestros sueños, Mario va a ser abuelo, ¿lo sabías?, y a los abuelos no puedes asomárteles cuando duermen no sea que se piensen que vienes a llevártelos y les dé un jamacuco.

Te agarró la primera luz de aquel domingo hundido en un sofá de cuero apelmazado e incómodo, negro como la muerte. Casi no quedaba nadie en el vestíbulo. Don Octavio Arbelo, de pie, hablaba en voz baja con un hombre de su edad. Por el corte de la cara y la mirada severa dedujiste que debía de ser un hermano o un primo. En otra esquina, frente a los ventanales, un tipo solo, con los brazos cruzados y la cabeza gacha, parecía perdido. Entonces no le diste mayor importancia. Pensaste que sería un compañero de trabajo de Diana que no había podido asistir el día anterior. Tu reloj seguía dando las siete y cuarto. Y (hasta los relojes rotos atinan dos veces al día) esa vez era probable que estuviera en lo cierto. Así que decidiste bajar al bar a tomar algo y hacer tiempo hasta que regresase Macarena.

Hora y media más tarde, la Velasco estaba en su oficina gestionando otro velatorio. ¿En domingo? La gente también se moría en domingo, qué creías. Dios descansó pero seguro que dejó a alguien de guardia por si las moscas. Pero, por si a ti te disgustaba lo del día festivo, convenía que supieses que el desventurado trance (¿estaba bromeando o era una mujer pegada a su lenguaje de enterradora?) había ocurrido el viernes. ¿Y lo traían tan tarde? Sí. Una cuestión de enredo judicial como el de tu amiga Diana Arbelo. ¿De quién se trataba ahora? De un periodista. Precisamente el que se encargaba de las necrológicas, vaya una ironía. Se había pegado un tiro con una escopeta de caza. ¿Que por qué? Ah, ¿quién sabe? A lo peor estaría harto de escribir sobre muertos. O le habría afectado el calor pegajoso, el siroco africano. O lo habría dejado su novia. Se llamaba Guillermo Grimón. Y suscribía las crónicas a su modo. G.G. Lo que para un heraldo de la muerte resultaba un sarcasmo rayano en la blasfemia. Hubo muchos que intentaron persuadirlo para que firmase sus reportajes de otra manera, Guillermo G. o G. Grimón, o Guillermo Grimón que tan garboso que era, que G.G. sonaba demasiado a je je, como para pasar desapercibido. Pero el muy terco se mantuvo en sus trece, tal vez para quitarle dramatismo a un oficio tan sacrificado. Macarena lo entendía. Se ponía en la piel del periodista. Ella sabía de oficios cabrones. Le pareció un magnífico corte de mangas al destino. Tú lo entendiste a medias, el corte de mangas estaba bien, pero al final el destino acabó llevándose por delante. Y la Velasco, con el pragmatismo innato que le daba pertenecer a una familia de enterradores, concluyó que eso era una tontería, que el destino siempre acaba llevándose a todos por delante, que si no de qué ibas a pasarte tú cuatro días sin salir de Santa Catalina, que es el «círculo de la vida» que decían los ingleses, tan flemáticos hasta para morirse, y que qué más daba un infarto, una mala caída o un tiro en el cielo de la boca.

¿No le afectaban a Macarena tantas desgracias? Sí y no. Ella no era Pinocho. No estaba hecha de madera. Pero su trabajo tenía algo que ver con el de los médicos, menuda gracia si se dejaban amilanar por las enfermedades. No ganarían para sobresaltos ni psiquiatras. Ocurría que había organizado el funeral de Grimón por teléfono. Había llamado un compañero del periódico para reservar una sala pequeña. Y por teléfono la cosa se alivia bastante, más si se trata de un colega de trabajo. El

dolor se difería. No era lo mismo que enfrentarte cara a cara con un hijo o un hermano o un viudo con su herida aún caliente. ¿No tenía familia el periodista? Al parecer una madre senil de la que ya se había hartado de despedirse y que vivía en una residencia de un pueblito gallego. Él era de un pueblo marinero, Pobra de no sé qué, a Macarena le daba que de Pontevedra, aunque llevaba la mitad de su existencia en la isla. Tenía cincuenta y dos años. Y vivía solo.

Te preguntaste cómo podía saber Macarena Velasco tantas cosas de los muertos con sólo una llamada telefónica. Y ella te leyó la pregunta en la cara, no siempre se enteraba de todo, dependía de quien la llamara o fuera a verla. A veces el cliente se mostraba taciturno, con pocas ganas de hablar. Otras, sin embargo, el hombre estaba tan nervioso o tan trastornado que no paraba de contarle lo increíble, lo rápido que había sido todo, cómo era la vida de desconcertante, una persona llena de energía y mire usted ahora. Eso solía pasar con los muertos más jóvenes. A los viejos ya los daban por perdidos. ¿Qué iban a decirte? Se murieron y punto. El cliente se limitaba a dar los datos para la esquela, con cuidado de no joderla y dejarse a un yerno o una nuera atrás. Y aquí paz y en el cielo gloria. Con los jóvenes, por el contrario, la cosa exigía una aclaración. Y, aunque Macarena jamás preguntaba nada que no fuera lo imprescindible para el papeleo, quien contrataba el servicio se desarmaba en explicaciones. Se veía casi en la obligación de disculpar esa muerte. Ella no sabía bien por qué pero la historia era siempre la misma. En aquel caso, el colega de Grimón se convirtió de la noche a la mañana en albacea testamentario de su amigo y le relató a la Velasco lo de que vivía solo, acaso para justificar por qué una sala pequeña, por qué una esquela en la que sólo iba a aparecer el nombre de su madre, por qué un entierro que pagaban los compañeros del periódico.

—¿Y lo del suicidio?

—¿Qué pasa con el suicidio?

—¿A qué vino contártelo también?

—Ni idea, chico. No tengo respuesta para todo. Dirijo un tanatorio, no el cielo.

—Hablando de eso, Macarena, ¿recuerdas quién te llamó para arreglar el funeral de Diana Arbelo?

—Sí. Su marido. Bueno, su viudo.

—¿Y se mostró taciturno o parlanchín?

—Se mostró seco como una mojama. Se limitó a explicar que no sabía cuándo exactamente la iban a traer porque había sido un asesinato y el cuerpo estaba en el anatómico forense. Y me dio los datos para la esquela.

—¿Nada extraño?

—No. Nada extraño, ¿por qué?

—No sé. Diana era una mujer joven. Pensé que el hombre daría alguna explicación.

—Pues no. Aunque ahora que lo pienso...

—¿Qué?

—¿Recuerdas que te dije lo del cuidado en no dejarse atrás a los yernos y a las nueras? Éste se dejó a alguien también.

—¿A quién?

—No te lo vas a creer, pero el tipo me dio todos los nombres, el del padre, la hermana, los hijos, los cuñados... Y se olvidó del suyo.

La repentina amnesia de Julián de la Fe no mejoró tu estado de ánimo. Antes al contrario, caíste en una suerte de languidez, de melancolía completamente azul. Macarena tuvo que notarte lo del color porque te abrazó y te besó con cariño, primero en la frente, luego en la barbilla, luego en la boca. Hasta entonces no te habías dado cuenta de dos cosas: lo alta que era y lo mucho que te gustaba. Por si te hubieras de arrepentir más tarde, sólo te atreviste a comentarle lo primero. Ella se sonrió, uno setenta y cuatro; es de familia, como los ojos verdes y el negocio, ¿algún problema? Y tú, devolviéndole la rutina de besos, en la frente, en la barbilla, en los labios, ninguno, cielo, ninguno, mi padre solía decir: «búscate una mujer grande, para que en invierno te dé calor y en verano, sombra». Y ella, me gusta lo de cielo, me hace sentir querida; sin embargo el refrán de tu padre permíteme que lo deje en cuarentena hasta que lo digiera. Y tú, mujer, qué quieres, no lo tomes a mal, el viejo pertenecía a otra generación, para lo bueno y para lo malo, si viviera ahora no entendería nada de lo pasa en el mundo. Y ella, ya, lo imagino, a mi padre le ocurre lo mismo, se crió en otra época menos tormentosa, ¿cómo era? Y tú, ¿quién?, ¿mi viejo?, ah, un tipo curioso, hombre de pocas convicciones pero muy curtidas, te hubiera gustado conocerlo. Y ella, ¿te parece a él? Y tú, ¿qué más quisiera yo?; no, él vivió para los demás: para su madre, para la mía, para sus hijos, para su trabajo; yo no heredé ese espíritu de sacrificio, soy un ermitaño, intento disfrazar mi estilo de vida bajo una supuesta independencia pero no puedo negar que, a veces, se parece bastante al egoísmo.

Y ella, al menos eres sincero; no te conozco mucho, podías haberme soltado una milonga y la hubiera creído. Y tú, estoy harto de milongas en mi vida. Y ella, ¿has contado muchas? Y tú, demasiadas, pero no me refiero a las que he contado a los demás, sino a las que me he contado a mí mismo; porque al final se trata de una simple y mustia verdad: de estar solo, de llegar a casa y descubrir un vacío y un silencio infranqueables (sólo el eco de mis pasos rebotando en el suelo del pasillo), de figurarme una libertad que no me sirve para nada, de no ocupar más que un lado de la cama, de pasar frío, de hablarle a los espejos; fíjate que hasta he dejado de leer porque no puedo compartirlo con nadie. Y ella, uyuyuy, cuánta nostalgia junta, me empiezas a preocupar. Y tú, no me hagas mucho caso, la orfandad me ha afectado más de lo que quisiera.

Macarena encontró fascinante tu desánimo. Eso dijo, buscando alegrarte la tarde. Se sintió cautivada por tu tristeza. Eso dijo, pretendiendo animarte. Y le entraron unas ganas *ubérrimas, políticas* de comer chocolate y de hacer el amor, eso dijo, esta vez disculpándose, lo siento, no me creas insensible, tú ahí, pidiendo consuelo a gritos y

yo pensando en baratijas; pero pasa que me gustan los hombres como tú, ¿que qué tipo de hombre eres tú?, pues uno sin suerte, desestructurado, poco arrogante, capaz de emocionarse sin sentir rubor, que no va por el mundo presumiendo de tenerlo todo bajo control, los hombres así me gustan; me dan ganas de comérmelos a besos. Y, dicho y hecho, te volvió a besar, esta vez con muy poca suavidad y sí con ganas, mordisqueándote el labio, hurgándote en la boca en busca de tu lengua. Cuando ya no hubo dudas del deseo, cuando Macarena sintió crecerle el hambre a la altura de la ingle, cuando su mano te buscó la bragueta y la tuya su escote, el despacho se les quedó muy grande.

Y resultó que el desván estaba cálido.

Que el sujetador de Macarena se abría por delante. Que sus bragas negras se transparentaban. Que su sexo sabía a vainilla. Mira que eres bobo, ¿a vainilla? Te lo juro, mi cielo, será de tanto Cadbury. Pues nadie me lo había dicho antes. Porque a nadie le gusta tanto la vainilla como a mí. Dios, pero qué me haces. Tú déjame. ¿Vas a pasarte todo el rato ahí abajo? ¿Por qué no?, éste es un buen lugar para morir; además, me encanta verte las tetas desde aquí. Lo imagino, gamberro, pero en esta postura me quedo fuera de la película, lo haces tú todo. Bueno, ya te tocará a ti cuando se me duerma la lengua. Por cierto, mmm, qué lengua. ¿Te gusta? Me encanta. ¿Cuánto? Muchísimo. Pues dímelo. Ya te lo estoy diciendo, amor, qué lengua tienes, creo que me voy a ir, que me estoy yendo, espera, espera, entra ahora, quiero que entres. Pídemelo por favor. Coño, te lo estoy pidiendo por favor, no seas cabrón, entra ya, así, así, no te muevas ahora, así, un segundo, aguarda un segundo, así, jodeeeeer, qué rico, como se te ocurra salirte te la corto. ¿Me la cortas?, ¿y luego qué hacemos? No sé tú, pero yo dejármela unos días ahí adentro. Claro, hasta que tengamos que llamar a los bomberos para que te la saque. Me importa un rábano, amor, me vuelvo a ir, ¿lo sientes otra vez? Lo siento, claro, sí, dámelo todo. ¿Todo? Ya no me queda más, ¿qué crees que soy?, ¿una máquina? No, mi vida, las máquinas no saben a vainilla.

Boca abajo, su cuerpo era un paisaje, un continente entero: el desfiladero de sus costillas; la cordillera cobriza de su espalda; dos lagos diminutos cinco dedos por encima de su cintura, las dunas redondas de su culo. ¿Te me vas a poner romántico ahora, totorota? A esto se le llama un polvo, ¿o es que no sabes lo que es? Ya sé lo que es un polvo; bueno, he de reconocer que lo tenía algo olvidado pero, si me das tiempo, en dos sesiones más me pongo al día. ¿Te pones al día?; amor, me he corrido tres veces, creo que *ya* estás al día, ¿qué más quieres hacerme? Nada más; tres veces es un buen número. ¿Sabe usted, caballero, que podría acostumbrarme a esto? Yo también, señorita, pero a ser posible me gustaría hacerlo en una cama, sin que tenga usted que vestirse a toda prisa para volver al trabajo. Lo sé, lo siento, te prometo que la próxima lo haremos como dices. No sé, no sé, me da que no voy a salir nunca de Santa Catalina. Coño, no digas eso ni en broma; alguna vez se te tendrán que acabar los muertos.

Macarena volvió a dejarte huérfano.

No tardaste, sin embargo, en perdonárselo. Te quedaste dormido de nuevo. Y, de nuevo, un sueño loco de fantasmas e invocaciones. Tu padre, con su caterva de refranes, te venía a visitar. Lógico, después de la conversación con la dueña del tanatorio. Al fin y al cabo fuiste tú quien lo invocó. El viejo, aceitunado y firme como caña de azúcar, iba vestido con su pantalón gris y su guayabera beige de dos bolsillos. Sus manos en jarra acentuaban el discurso de patriarca regresado de la muerte. Te imaginaste príncipe Hamlet en mitad de la bruma, descubriendo la pérfida traición. Pero a tu padre no lo mató su hermano para heredar el reino. No. Lo mató su afición a la vida (vivió intensamente cada segundo de sus sesenta y seis años). Lo mató un ataque al corazón (un corazón que se le salía del pecho cada vez que reía). De todo su alegato, precisamente, sólo te quedó su risa, una risa de fumador impenitente que se traducía siempre en tos cavernosa y en consejo: «con la muerte, m'ijo, no hay que coquetear demasiado que es muy celosa; así que haz caso a tu nueva novia y sal de ahí».

Despertaste con una sensación viscosa en la boca y otra fría en el ánimo. Te costó reconocer el desván. Y tampoco tuviste conciencia de cuánto habías dormido. Un latigazo de luz se colaba por entre las pestañas de la persiana y le daba al suelo un aspecto de tablero de ajedrez. Tus zapatos, uno enfrente del otro, parecían los dos reyes. Solitarios, malditos, jugando una partida condenada a tablas. Esperaste en silencio por si lograbas encarar algún ruido que te diera una pista de la hora. Pero los domingos llevan otro compás. No sirven de reloj. Buscaste en la penumbra los restos del naufragio: tus calzoncillos, tus calcetines, tu camisa. Pisaste al levantarte la hebilla del pantalón y le mentaste los muertos a Macarena por no haberte prevenido que la llave de la luz estaba fuera, en el corredor. Una vez se acostumbraron tus ojos a la luz, te volviste a sentar en el catre. Te frotaste la planta del pie. No había herida, sólo un moretón que te iba a durar algunos días. Olisqueaste la ropa. Era una manía vieja. Después de una noche agitada, siempre husmeabas la ropa por si el olor a tabaco era muy fuerte. Pero en los tanatorios ya no dejan fumar, alguna cosa buena había de tener aquel enredo en el que te habías embarcado. De modo que el pantalón y la camisa, al menos, servirían para otro velatorio. Te lavaste. Te pusiste calzoncillos y calcetines limpios. Y saliste a buscar la hora.

Resultó que era más tarde de lo que pensabas. Hacía más de tres horas que habían enterrado a tu amiga Diana. Acababan de traer a Grimón. Y esperaban de un momento a otro al cacique Carnicero, quien se había decidido por fin a morirse de una vez por todas. Le reprochaste a Macarena, sin mucho ímpetu, casi a media voz, no haberte despertado cuando se llevaron el cadáver de Diana. Ella, detrás de la mesa de su despacho, te replicó sin dobleces que, entre tus relaciones sociales y tu cansancio, eligió tu cansancio. Ya tendrías tiempo, si aún te quedaban ganas de formalidades, de rendirle visita a su familia. Lo único cierto era que necesitabas dormir un buen rato. Y la prueba saltaba a la vista: tu aspecto había mejorado

visiblemente después de siete horas de sueño. ¿Siete? Contadas de reloj. Ella te había dejado dormido en el camastro de la trastienda sobre las diez y acababan de dar la cinco de la tarde. ¿Había almorzado Macarena? No había tenido tiempo. ¿Tenía hambre? Mucha. ¿Y tiempo? El suficiente. ¿Y ganas de compartir contigo un salteado de setas y un bistec? Todas las del mundo.

En el restaurante hicieron la vista gorda con la hora y les dieron de comer. Qué menos. No en vano la Velasco les proporcionaba la mayor parte de sus clientes. De qué iba a irles el negocio tan bien si no fuese por el tanatorio. Aquel era un barrio de naves industriales y oficinas. Como mucho escapaban con una docena de desayunos y alguna que otra cerveza a mediodía. El resto de los ingresos provenía de Santa Catalina. Así que ella podía comer cuando, donde y lo que le diera la real gana. Se te ocurrió preguntar, puestos a ser quisquillosos, si los velatorios daban para tanto. Y el camarero, con un deje andaluz abotonado, asintió, no lo sabe usted bien, caballero, la gente *paza* mucho tiempo de pie, aguantando el palo de la bandera y *ezo* abre el apetito *coza* mala.

Era cierto que el salteado de setas resucitaba a un muerto, o a un enamorado de los muertos como tú. Y también que, al igual que a muchas mujeres que conocías, a Macarena le gustaba la carne sólo cuando no sabía a carne. Por eso la pidió requetehecha, como viera una simple gota de sangre la devolvía a la cocina. El mesero bromeó con la hora, *zon* las *zinco*, *zeñora*, la hora de *loz toroz*, alguna *zangre* tiene que haber. Y la señora, de un modo tajante, solventó la cuestión con que por eso ella odiaba los toros, que dejó al pobre andaluz sin derecho a réplica. Una vez solos, se disculpó por haber sido tan borde, es que este camarero es muy pesado y si le damos pie no parará de contarnos anécdotas de cuando vivía en Sevilla, si se entera de que me llamo Macarena no nos lo quitamos de encima en todo el almuerzo; lo siento, los que vienen de funeral agradecen un chiste como agua de mayo, pero yo almuerzo aquí un día sí y otro también y quiero que me dejen en paz; ¿dime?, claro que podría bajarme a casa, a veces lo hago, pero pierdo un montón de tiempo en prepararme algo, en recoger la mesa, en fregar los platos, total para comer igual de sola, así que prefiero que me sirvan; ¿cómo?, no, no es demasiado caro, suelo pedir el menú, que no está mal y no pasa de siete euros; ¿hoy?, hoy no iba a pedir una crema de zanahorias y atún a la plancha estando tú,

»necesitas comer algo más sustancioso, que te me estás quedando en los huesos; ¿cómo lo sé?, porque te he visto desnudo, ¿recuerdas?, tú no te has mirado al espejo, pero desde el jueves has debido de perder tres kilos tirando por lo bajo, te quedan los calzones bailando, ¿perdón?, no, yo no he dicho que estés hecho un asco, sólo que has adelgazado, de hecho, después de la tremenda dormilona que te has pegado se te ve mucho mejor, apenas un detalle; ¿cuál?, la barba, no termina de gustarme, ahora cuando regresemos a ver si te consigo una maquinilla porque pareces el Moro Muza; ¿eh?, sí, mi amor, a George Clooney le queda bien la barba de tres días pero, me vas a perdonar la franqueza, tú no eres George Clooney ni falta que te hace, además, los

actores ya sabes, no dan un palo al agua, se pasan la vida en balnearios, dándose masajes y baños de barro, suavizándose arrugas, así que tampoco te creas, no tiene tanto mérito, ya quisiera ver yo a Jennifer López todo un día en mi oficina arreglando funerales, se le pondría cara de afgana y el culo como un pandero; ¿qué?, muchas gracias, ya he visto cómo te gusta mi culo y lo que no es mi culo, pero tampoco vamos a exagerar con los cumplidos, que ya no te hace falta;

»¿por qué?, Jesús, m'ijo, aún andas atontado, no te hace falta decirme más piropos, ya nos hemos acostado, los tíos en eso son como los palomos: muy arrolladores, te prometen el cielo y no paran de decirte cucamonas, que si tus ojos verdes, que si tu piel suave y tu estómago liso, pero eso hasta que la meten, una vez metido, como decía mi abuela, nada de lo prometido, pierden la memoria y las buenas mañas, ¿que tú no eres así?, ya lo sé, por eso estoy aquí aunque no seas George Clooney; ¿dime?, bueno, tampoco tienes que tomártelo todo al pie de la letra, es cierto que dije que fue sólo un polvo pero, por muy bueno que sea, hace falta más que un polvo para hacerme venir un domingo al tanatorio, ¿o tú crees que yo tenía que venir hoy?, ni loca, vamos, soy la dueña, los domingos y fiestas de guardar pringa Leticia, ¿quién?, sí, la chica del *piercing* y los tatuajes, mira cómo te fijaste, si quieres te la presento, pero por lo que cuenta no te arriendo la ganancia, creo que no le ibas a durar ni un asalto, a la niña le gusta el sexo salvaje, los lunes llega con unos cardenales en el cuello que parece la novia de Drácula, pues se llama Leticia y hoy le di el día libre, ¿cómo que a cuento de qué, tolete?, a cuento de pasarlo contigo.

El resto del almuerzo se dedicaron a aprenderse, a memorizarse, a corroborar detalles que ambos intuían en el otro, a descubrir rasgos que jamás hubieran sospechado, a reconocer el terreno común. Propensos a la soledad, cada uno la vencía a su manera: Macarena con la lectura y el chocolate; tú, con el cine y las caminatas. A ti te maravilló que pudiera leerse un libro en una tarde, tú necesitabas apurarlos, saborearlos, volver atrás para captar los matices que se te escaparon la primera vez. A ella le asombró lo de tus paseos. Odiaba andar: salía de casa para hacer la compra, visitar a sus padres, ir a la librería de Bárbara Lezcano en la Calle Mayor y poco más. Bárbara, compañera de pupitre del colegio, la invitaba a un café y le hacía descuento, ya podía, con el dineral que se dejaba en novelas todos los meses. Luego se iban a comer juntas y a cotillear. A ti la mezcla de lectura y cotilleo no te cuadraba pero te abstuviste de decirlo. Ella se interesó por tu trabajo. Albergaba una idea muy particular de los profesores de universidad. Los imaginaba a todos canosos, con gafas de culo de botella, chaquetas de paño con coderas de ante, calcetines de rombos y zapatones. Le explicaste que también los había así, pero en Harvard y sólo en las Facultades de Matemáticas y Filosofía. Los de Historia y Literatura eran otra cosa: menos engominados, más sueltos, más ¿cómo había dicho ella?, ¿deconstruidos?, eso, desestructurados.

¿Tenía que ver con la bohemia?

No. Ése es un tópico muy coreado. Además, para ser francos, los matemáticos y

los filósofos son más bohemios que nadie, siempre en las nubes, siempre intentando resolver un enigma que explique el origen del universo. Ellos trabajan con ideas, mientras que los historiadores lo hacen con textos concretos; antiguos y apergaminados, pero concretos. Tú te habías pasado media vida en los museos y en los archivos, entre legajos que hay que coger con pinzas por el riesgo de que se te deshagan en las manos. No hay nada de bohemio en eso. Al contrario, requiere aguante y perseverancia. ¿Interesante? A ti te gustaba, pero no todo el mundo opinaba lo mismo. ¿Momias? No, eso eran los arqueólogos. Tú te conformabas con interpretar periódicos del siglo XIX, desde intrigas políticas hasta litigios sobre lindes y heredades de agua. La única momia con la que tratabas era don Anselmo, el ujier del museo, un tipo enteco y verduoso con una tos crónica que a cada rato amenazaba con llevárselo a la tumba.

¿Tus alumnos?

Pocos y desganados. Tú nunca has sabido qué carajo hacen en esa facultad, aprendiendo antiguallas cuando ni conocen siquiera la historia reciente. Claro que no te quejabas, a ver de qué ibas a vivir si se mandaban a mudar a otra carrera. No. La primera ley de la universidad moderna es mimar al estudiante hasta la náusea, no sea que se lo piense mejor y abandone. ¿Exagerabas? Sí. Pero sólo en lo de los estudiantes. En verdad eran buenos tipos. Algo decepcionados de la vida, pero tipos legales. ¿Por qué decepcionados? Porque eran jóvenes. Porque tenían un futuro perro. Porque ellos sí que eran bohemios, cursando una carrera que no les iba a dar ni para pipas. Porque habían decidido seguir cualquier instinto menos el de supervivencia. ¿Muchos? No llegaban a quince los matriculados. Y por clase aparecían menos de diez. Los demás trabajaban o estudiaban en casa o tenían que asistir a otros cursos. Mejor. Así te los podías llevar de museos o a visitar alguna exposición de arte. Y desde el primer día podías memorizar sus nombres.

Cuando venían menos de cinco, tocaba tertulia. Los invitabas a desayunar y les dabas la clase en el bar de la Facultad. Les repartías un texto o dos a ver quién era capaz de asimilarlos mejor. No era fácil. Que no se confundiera Macarena. Primero tenían que datarlos, averiguar de qué época, de qué políticos, de qué guerra trataban. Luego, desentrañar el asunto, leer entre líneas. Ella tenía que verlos, felices como chiquillos que eran, quitándose la palabra unos a otros, las fotocopias tiznadas de café con leche, las servilletas engurruñadas sobre la mesa. ¿Te salía caro? Boh, cinco o seis euros por clase, menos que los menús de Macarena, pero valía la pena sólo con verles la cara. A veces te daba la impresión de que era el único momento en que los pibes le encontraban sentido a la historia. Valía la pena, sí, restañarles aunque fuera un par de horas su decepción. ¿Dónde estaban ahora? De exámenes. Nerviosos. Flacos. Pálidos como la dama de las Camelias. ¿Por tu culpa? Ni hablar. Tú odiabas los exámenes. Te aburría eso de sentarte en tu cátedra a vigilar que no se copiaran. No. Ya los puteabas bastante durante el año como para encima hacerles pasar ese mal trago. Los tertulianos estaban aprobados. La nota dependía de su capacidad de

raciocinio. Los otros tenían que entregar un trabajo al final. En junio. O en septiembre, si no te convencían sus argumentos. No habías hecho un examen..., a ver, que te dejara pensar Macarena, en los últimos diez o doce años.

A los postres se habían hecho una idea de cómo era la vida del otro. La Velasco andaba preocupada por el azar. ¿El destino? No. El destino era otra cosa. El destino era morir, que diría Manrique, y la muerte le daba de comer, por qué iba a preocuparse de eso. No. Llevaba algún tiempo dándole vueltas a cómo el azar se inmiscuía en sus vidas y las trastocaba. El azar. Un tahúr. Un mataperro con buenas intenciones. Una combinación caprichosa entre suerte y desgracia. ¿Por ejemplo? Por ejemplo tú, mira por dónde. Se te muere (una desgracia) tu madre. Y decides (una suerte) velarla en Santa Catalina. Podías haber elegido (una desgracia) cualquiera de los otros cuatro tanatorios. Pero elegiste (una suerte) el suyo. Y ni siquiera había sido tuya la elección. Una cláusula del seguro de tu madre eligió por ti. Y el azar, menuda perreta, había continuado con su acoso. Te había enviado (una desgracia) muertos para parar un carro. Todo por que necesitases (una suerte) a Macarena. Ya. Ya sabía que lo que necesitabas era su baño pero sin su consentimiento ya hubieras podido olvidarte de la ducha. Y hasta en eso intervino el azar. Porque Macarena Velasco no te había dicho pero tenía que estar fuera ese fin de semana. En Valencia. En una feria. ¿Había ferias de tanatorios?

Sí que había. No exactamente de tanatorios, claro, que la cosa no estaba para juegas. Era de productos y servicios fúnebres. Se celebraba cada año. ¿Cómo se llamaba? Funermostra. Y Macarena tenía que estar en la Funermostra ese fin de semana. Sin embargo su padre (una desgracia pero también una suerte) llevaba en cama una semana con una de sus crisis de ansiedad y ella prefirió suspender el viaje. ¿Algo grave? No. Nada grave. Las crisis le sobrevenían con frecuencia. Pero se le pasaban pronto. Aunque, hasta que se le pasaban, el hombre se encerraba en su cuarto con las persianas bajas y la luz apagada sin querer saber nada del mundo. Y en esas condiciones Macarena no podía dejar el negocio cuatro días. Leticia era muy apañada, no te fueras a creer. Ponía empeño. Pero la chiquilla se ahogaba en un vaso de agua. Así que decidió que ese año se saltaría la feria, tampoco estaba la cosa como para echar voladores: acababan de remozar Santa Catalina y no tenían un euro. ¿De qué sirve una feria de muestras si no tienes un euro? Pues eso: ¿era o no era para pensarse lo del azar?

Pagaron a escote.

Y volvieron en silencio, con la mirada en el empedrado, preguntándose acaso si el azar se iba a olvidar tan pronto de ellos. Porque eso era lo que ocurría con ese hijo de mala madre. Primero, te zarandeaba, jugaba contigo, le daba la vuelta a tu vida como si fuese un calcetín. Y, luego, desaparecía como si nada, adiós, muy buenas, si te vi no me acuerdo. Por eso quizás ya tenías tomada una decisión antes de llegar a la verja del tanatorio. Macarena intentó por todos los medios convencerte de que te marcharas: juró que romperían las amistades; se inventó un virus maligno que

atacaba a quienes se exponían demasiado a los velatorios; amenazó con llamar a los guardias de seguridad; te recordó que tenías un trabajo, una familia, una casa, seguro que unas plantas muriéndose de sed. Para cada uno de sus razonamientos, tú hallaste la respuesta precisa. Amistad que nacía en tiempos de zozobra duraba toda la vida. Y la de Macarena era el mejor antídoto para cualquier virus. Y un escándalo con los guardias no le haría nada bien a su negocio. Y la Facultad seguiría allí el próximo jueves, cuando te habían convocado a Junta de Departamento. Y tus hermanos, los muy suertudos, tenían asegurado el consuelo. Y tus plantas las regaría la señora de la limpieza, que iba todos los lunes.

¿Qué sentido le encontrabas a otra noche en vela?

Ninguno. Pero qué sentido había en regresar a una casa muda y desatenta. Una casa llena de cachivaches y retratos que te recordarían cada dos por tres que hubo un tiempo en que tuviste madre. ¿Eras consciente de que algún día tendrías que enfrentarte a esa realidad? Lo eras. Pero ese día no sería domingo. ¿Qué había de malo en los domingos? Demasiado silencio para un huérfano. No podrías soportarlo. El lunes tal vez. Con la luz del sol y el ruido de la calle, tal vez. Con las bocinas de los coches y el bar de Rogelio abierto, tal vez. Pero no el domingo. ¿Y si Macarena te invitaba a su casa? Se lo agradecías con toda el alma. Era más de lo que podías esperar de ella. Pero no podías aceptarlo. Ella tenía su intimidad y eso era sagrado. Además, no estaba el horno para bollos. La deprimirías. Sería desvestir a un santo para vestir a otro. Eso. Preferías quedarte a velar a un suicida. Un suicida que, por lo se iba a ver, no tenía quien le velase. Nada más triste que un muerto solitario. ¿Y si Macarena se quedaba también? No. Ella tenía sus propias preocupaciones. Debía llevar un negocio. Y madrugar. Y visitar a su padre a ver cómo andaba de su crisis. Se había quedado para eso, ¿no? Para eso había anulado el viaje a la feria de tumbas, ¿no? Pues tenía que cumplir. ¿Y qué pasaba contigo? Tú le harías compañía al pobre Pablo Hormiga. Aún no sabías su nombre ni su aspecto pero intuías que le ibas a llegar caído del cielo.

Cuando subías las escaleras, todavía resonaban en el vestíbulo las protestas de Macarena Velasco. La sala que guardaba los restos del necrólogo era la última, la doscientos siete. Un murmullo de panal te salió a recibir en la galería de la segunda planta. Tras los cristales, el cielo se había vuelto de un color pajizo. Una nube en forma de saeta se clavaba en un sol redondo, anaranjado, por sobre las azoteas. Dentro hacía frío, el puñetero aire acondicionado volvía a hacer de las suyas. En cuanto tuvieras ocasión tenías que comentárselo a la Velasco. Porque cuando el tanatorio estaba lleno, pasaba. Pero a medio llenar no había Cristo que velara a nadie. Te pusiste la chaqueta. Te subiste el cuello. Te encorvaste. Apretaste el paso. Metiste las manos en los bolsillos. Y el frío metálico del teléfono móvil te dio dentera. Estaba agonizando. Le faltaba un latido para quedarse mudo del todo. Así que aprovechaste para desconectarlo, para desconectarte de todo lo que no fuera Santa Catalina.

Pablo Hormiga (así se presentó) era casi un chiquillo.

Aunque un aire despistado, una naciente calva y unas gafas de metal ovaladas lo hacían parecer mayor. Estaba leyendo un periódico, posiblemente el suyo, el mismo en el que trabajaba. Cuando te vio entrar lo dobló y lo colocó con mansedumbre encima de una mesa de cristal. Le chocó verte entrar, no tenía ni idea de que Guillermo Grimón tuviera vida fuera del trabajo. ¿De qué se extrañaba? La gente va a gimnasios. Come en restaurantes. Pasea a su perro. Antes de que agotaras las coartadas que disculpasen tu presencia allí, Hormiga creyó recordar haberle oído a G.G. sus carreras por el parque de las Flores. Pues de allí precisamente, mire usted por dónde, lo conocías tú. Sí. Se cruzaban muchas veces en la pista de arena. Y pasaban un rato conllevando jadeos, al mismo trote, con calma, sin apuros, la edad que no perdona. ¿Y de qué modo te enteraste de su muerte? Por el periódico, cómo si no. ¿Por *su* (de ellos) necrológica? Era de ellos. De los dos. De Grimón, porque hablaba de él. Y de Hormiga, porque la había escrito. ¿La habías leído? Claro. ¿Te había gustado? Seguro. Nada de adulación hipócrita. Nada de halago fácil. Emotiva *ma non troppo*. Como tiene que ser una necrológica. Los ojos del muchacho te lo agradecieron. Andaban tan necesitados de un amigo, como tú de una cama. Se sentían tan perdidos en aquella sala. Pues para eso habías venido. Para mentirle de un modo piadoso y pasar la noche con sus ojos tristísimos.

Con ellos y con los del que viniera a sumarse a su dolor durante la noche. Hormiga puso cara de circunstancias, él no apostaría mucho por que apareciera alguien más. Y tú, cara de soberbia, qué más daba, para velar a un hombre basta con otro que lo sienta de veras. Y ustedes dos lo sentían. Por distintos motivos, pero lo sentían. Quisiste saber cómo era Grimón en la vida real. ¿En la vida real? Sí. Tú sólo lo conocías en la ficción de sus artículos. ¿Y qué pasaba con el parque de las Flores? Ah, amigo, ficción también. Una lucha encubierta contra el paso del tiempo, la ilusión de la eterna juventud. Eso le costaría entenderlo a Pablo Hormiga porque era un niño viejo. Pero no puso reparos en saciar tu curiosidad. En la vida real, como tú decías, Guillermo Grimón era un tipo borroso, indefinido, sin contorno. Hasta el sábado, su pasado era tan impenetrable como su futuro. Hasta el sábado. Ahora ya no tenía futuro.

Vestía siempre pantalones de tergal azul oscuro y camisas rayadas, como si fuese su uniforme, siempre de manga corta. Le daba igual invierno o primavera. Venía del frío del norte. Sonreía poco, qué le iba a hacer gracia a un hombre como él, y hablaba menos. De hecho, Pablo te confesó que, para hacer la semblanza de su compañero de despacho, había tenido que recurrir a Mujica, el ujier de la redacción, el hombre que sabía lo que había que saber de todo el mundo. O casi. Porque incluso para Mujica, G.G. era todo un enigma. Había llegado en el ochenta y uno. En febrero. Lo recordaba bien porque fue el mismo día del pronunciamiento de Tejero en el Congreso. Mira por cuánto, otro amante de las fechas como Macarena. El caso es que la gente por allí andaba revolucionada. Suspica. Mirando de reojo a todo el mundo.

Y, cuando lo vieron presentarse en el periódico, con su facha mustia y su gesto taciturno, pensaron lo que cualquiera en su lugar: que era de la secreta, que lo enviaban a acecharlos, que pronto empezarían a rodar cabezas.

Ni que decir tiene que no le gustó a nadie.

El recelo se instaló a su alrededor. Hubieron de pasar algunos meses para que las cosas se aclararan y el pobre se quitara de encima la aureola de Judas. Pero para entonces ya era tarde. Lo habían imaginado tan mezquino, lo habían crucificado de tantas maneras que, por mucho que se conociese la verdad, que Guillermo Grimón no era un espía, nada cambió: unos se habían acostumbrado tanto a aborrecerlo que no supieron cómo cambiar de tercio; otros se sintieron de tal manera avergonzados de su actitud primera que fueron incapaces de sostenerle la mirada más de un segundo. Al final, el hombre acabó esquinado, relegado a la sección de obituarios.

Y allí se quedó.

En veinte años el periódico había tenido al menos cinco dueños y otros tantos directores. Muchos de los que vivieron en primera línea el *tejerazo* se habían jubilado. Había entrado savia nueva, gente acostumbrada a vivir en libertad, con menos prejuicios. Y, sin embargo, Guillermo siguió amarilleando en un rincón de la oficina, detrás de una mampara de lona, en una mesa chica con un ordenador desahuciado, una lámpara de flexo y un diccionario de la Real Academia. Lo del diccionario era lo que más le había impresionado a Pablo Hormiga cuando lo acomodaron en la mesa contigua a la de Guillermo. Curioso, ¿verdad? No le había llamado la atención la humillante mampara, ni el ordenador venido a menos, ni la lámpara aquella que escupía una luz azul sobre un recuadro de la mesa. Qué va. Fue el diccionario. Era el único que había en toda la redacción, lo que decía muy poco en favor de sus colegas. ¿Nadie lo necesitaba? Sí. Pero cuando eso ocurría, cuando alguien tenía una duda de cómo iba tal o cual palabra, vencía el sonrojo y se acercaba a preguntar a Grimón. Y, lo que son las cosas, Pablo Hormiga fue testigo, en todo el tiempo que compartió rinconera con él jamás se había negado a responder y jamás había consultado la enciclopedia. Le decían, oye, G.G., perdona, ¿cómo coño se escribe incienso? Y él respondía, con ce y con ese. Perdona, ¿y rebelar? Depende: si lo que se rebela es un militar, va con be; si es un secreto de sumario, va con uve. Y todo sin levantar la cabeza de la pantalla.

¿Y en esos veinte años no lo ascendieron? Hormiga no podía asegurarlo, pero si lo llamaban a testificar, juraría por sus muertos que más de un director se lo quiso llevar al piso de arriba, donde los redactores jefes. Pero Grimón se encontraba a gusto allí, a su aire, lejos de las miradas cotillas, con su colección de muertos célebres. Nunca se le oyó quejarse. Nunca una palabra más alta que la otra. Así era él. Pablo lo recordaba con la voz entrecortada y los ojos temblorosos. Todo lo que sabía de su oficio lo había aprendido de Guillermo Grimón. Porque el muchacho deletreaba «incienso» y «rebelar» con los ojos cerrados pero en lo demás era una duda con patas. Grimón le dio su primer consejo: no te fíes ni de tu instinto; cuando creas que

conoces la verdad, confróntala con otra opinión y luego siéntate a escribir tu historia. Así se libró de cometer más de una imprudencia que, tal como andaba el patio, era como librarse de que te botaran a la calle.

Desayunaban juntos, tomándose su tiempo, sin prisas, en una cafetería que había entre la redacción y un cine al que le quedaban dos nodos, jodida competencia. El café no era nada del otro jueves pero hacían unos sándwiches de queso tierno y aceite de oliva para morirse de buenos. ¿A diario? No. Sólo un par de veces. Cuando Hormiga no tenía que atender alguna rueda de prensa o un pleno del ayuntamiento. Allí, mientras daba cuenta del desayuno, el muchacho aprendió más de su trabajo que en cinco años en la Facultad de Periodismo. Guillermo tenía un sexto sentido para las noticias. Mientras los demás iban detrás de ellas, el gallego iba un minuto por delante. Predecía los escándalos políticos, los resultados de una votación, quién iba a pasarse al otro bando antes de tiempo. Cualquiera otro hubiera presumido, se hubiera hinchado en seguida a ponerse medallas. Él no. Él se limitaba a sonreír a media boca. Cuando Pablo le decía, tenías razón, G.G., han expulsado a Fulano del ayuntamiento, resulta que le encontraron una cuenta en un banco de las Caimán con más de trescientos mil euros, el hombre respondía, pues espérate una semana y verás cómo saltan más cuentas de éstas que conejos de una madriguera. Y, en efecto, una semana después, el juez de turno metía en la cárcel a dos políticos y tres empresarios más por fraude, cohecho y evasión de capital. Y lo grande de todo aquello era que Grimón no salía del periódico ni para estirar las piernas. No hablaba con nadie. No se levantaba de su miserable mesa.

En mitad del relato, apareció en la sala del tanatorio un tipo con traje oscuro, ojeras de cuervo y cara de notario. Llevaba bajo el brazo un cartapacio a juego con el resto: negro y apergaminado. Los miró a los dos y dudó unos segundos antes de abrir la boca, ¿son ustedes familiares del señor Grimón? Pablo negó con la cabeza. El notario miró, algo contrariado, su reloj, ¿saben dónde puedo encontrar a alguien de la familia? Tú pusiste una mano en el brazo del muchacho, déjame hablar a mí que tengo menos que perder, a ver, ¿la familia?, lo tiene usted algo crudo, amigo, salvo que quiera viajar hasta Pontevedra. El otro abrió los ojos como si le hubieran mentado al diablo, ¿a Pontevedra?, esto, verán, soy de la aseguradora y vengo a comprobar si anda todo en orden, aquí traigo un formulario que tiene que rellenar un familiar del finado, pero si alguno de ustedes es tan amable, a mí me vale; son sólo dos minutos y les quedaría eternamente agradecido. Te levantaste rumiando el adverbio, ¿eternamente?, vaya con tiento, amigo, no conviene mentar la soga en casa del ahorcado, aquí la eternidad anda muy cara. Ante el rostro confuso y destemplado del notario, tomaste el papel. Leíste las preguntas. Y fuiste respondiéndolas una por una con la apatía del que lleva cuatro noches velando cadáveres. Al llegar al último punto, el de «otras observaciones», levantaste la vista y preguntaste al tipo, ¿su aseguradora se asegura de traernos plañideras?, ¿no?, lástima, me lo imaginaba; entonces, señor mío, anda todo en orden. La mano del notario era una mano fofa,

sudorosa, como de plástico. Te dejó en los dedos un rastro pegajoso que corríste a aplacar en el lavabo. Evitaste mirarte en el espejo no fuera que lo que vieras llegara a deprimirte para siempre. Cuando volviste a la sala, Pablo Hormiga se debatía entre la vida y la muerte, o tal vez fuese entre la risa y el llanto, que a esas alturas era casi lo mismo, vaya cara que se le quedó al tipo cuando le dijo usted lo de las plañideras; por cierto, ¿de dónde sacó que era de Pontevedra?

El problema de enrocarte en una mentira es que proteges al rey pero dejas con el culo al aire al resto de las piezas. Y, si no sabes luego bandear el temporal, la cosa acaba en masacre. No podías acusar a Macarena de tu torpeza: ella no había dado por hecho que fuera de Pontevedra, había dicho sólo que lo creía, en realidad ni siquiera recordaba el nombre del pueblito marinero. Así que te viste obligado a improvisar sobre la marcha. Y lo intentaste con la famosa necrológica que jamás leíste y que ya te había dado resultado una vez, verás, Pablo, yo creí entender en su artículo que era gallego. Y Hormiga, con la ingenuidad de quien se siente desangelado, en una situación chinchosa, en un lugar inhóspito, te respondió que sí, yo escribí que era gallego pero no de Pontevedra; concha, ahora tendré que revisarlo, estaría bonito que me hubiese equivocado, para una vez que hablo de Guillermo. Tú saliste en su ayuda, no, Hormiga, seguramente el equivocado soy yo, estaba tan impresionado por la noticia que lo entendería mal; ¿de dónde era?

De A Coruña. De Pobra do Caramiñal. De donde la procesión de las mortajas. ¿Las mortajas? Sí. Curioso, ¿no es cierto? De allí le había nacido a Grimón su tendencia a los muertos. Se lo contó una vez, en uno de sus lentos desayunos. Por lo visto había un rito, una ceremonia en la que intervenía más la superstición que la fe. Tenía que ver con los difuntos. Se celebraba, creía, a principios de septiembre. La cosa era, poco más o menos, así: cuando un enfermo se recuperaba de un modo milagroso (en aquella época y en aquel pueblito perdido, cualquier recuperación podía considerarse un milagro; la gente se moría de un mero constipado), la familia salía a cumplir una promesa secular. Amortajaban al resucitado, pobre o rico, hombre o mujer, anciano o niño, y lo sacaban a pasear por la playa junto a su caja. A Guillermo lo llevó su madre de chiquillo y el pobre quedó sobrecogido con la escena de los ataúdes vacíos en peregrinación. Y ahí fue que le comenzó a germinar un infinito respeto por todo lo que tuviera que ver con la muerte. Una vez que se hizo periodista, después de andar de acá para allá de corresponsal independiente, en su primer trabajo estable, un diario de provincias en Oviedo o Gijón, Hormiga no recordaba bien, le agarró gusto a las necrológicas. Incluso se doctoró por la Universidad de Santiago con una tesis precisamente sobre la historia de la procesión de las mortajas. ¿Y cómo fue que acabó en la otra punta de España?

Eso nunca lo confesó. Pero, leyéndole entre líneas sus silencios cada vez que salían a colación asuntos personales, Pablo Hormiga se dejaría cortar un brazo a que fue huyendo de un amor contrariado. Eso explicaría su sempiterna soledad. Su apego al trabajo a todas horas. Sus carreras nocturnas por el parque de las Flores. ¿Y su

suicidio? También, por qué no, su suicidio. Aunque en esa colcha había un fleco colgando. ¿Qué fleco? Si llevaba no se sabe cuántos años purgando un amor atravesado, ¿a qué vino ese arrebató repentino?, ¿por qué decidió acabar con sus miserias el primer viernes de verano y no un martes de carnaval o su cumpleaños o nochevieja, que era mucho más poético?

¿Quién sabe cuándo le llega la inspiración a los suicidas? La razón de por qué había elegido ése y no otro momento para acabar con todo se la llevó Guillermo Grimón a la tumba. No se le puede pedir cuentas a la desesperación. El gallego no había tenido cambios de humor o rebotes o discusiones en los últimos tiempos que pudieran vaticinar lo que estaba a punto de hacer. Esa última semana había asistido a trabajar todos los días. Había escrito media docena de necrológicas entre las que destacaron, por su apasionamiento, la de una actriz de cine italiana, retirada desde hacía años, y la de un trompetista negro de *jazz*. Lo de negro tuvo que matizarlo Hormiga, no fuera que pensases que era un hombre racista. Pero es que el tipo era negro retinto. Pablo no sabía si te habías detenido en la foto que acompañaba al artículo de Grimón, pero tenías que ver al músico con aquellos cachetes amplificados hasta la deformación y aquella frente brillante, casi azul, perlada de sudor. La actriz, por su parte, era una mujer delicadísima con la mirada cándida y un rubor tenue en las mejillas. En cualquier caso, aun admitiendo que Guillermo hubiese estado alguna vez enamorado de la actriz o que fuese un fanático del *jazz*, ninguna de aquellas pérdidas podían excusar su trastorno.

La segunda y última visita que recibieron Pablo Hormiga y tú esa noche sirvió para dos cosas: para desvelar el secreto de un hombre borroso y sin contorno, como lo había definido el muchacho; y para dejarles a ambos el miedo en el cuerpo durante un buen rato. A eso de la medianoche, salieron a cenar. Entre que Hormiga era hombre de cenas livianas y que el bar de Santa Catalina no había mejorado en los últimos cuatro días, se contentaron con un bocadillo de queso majorero, un vaso de vino tinto y un café doble para aguantar la vigilia. De regreso a la sala donde descansaba lo que una vez había sido Guillermo Grimón, se encontraron con dos tipos con la frente pegada al cristal de la nevera. Parecían buscar algo en la penumbra, un hecho de lo más insólito en tanto que allí sólo estaba el ataúd pelado del gallego, dos míseros ramos de flores, uno del periódico y otro de la funeraria, y cuatro velones, en lugar de los dos habituales, que la sentimental de Macarena colocó para darle un pizco de gracia a un velatorio que prometía ser bien triste. De repente, uno de ellos, el más bajo, frente ancha, nariz chata, cuerpo de boxeador jubilado, salió por la puerta trasera de la sala y entró en la cripta. Desde donde ustedes estaban no pudieron ver lo que hizo, pero dejó un rastro de sombra nerviosa sobre la pared opuesta que no les pasó desapercibido.

Pablo y tú permanecieron de pie junto a los sillones, pero sin decidirse a tomar asiento por si había que salir por patas. Sólo cuando el exboxeador regresaba a la sala, con el gesto extraviado de quien no encuentra lo que busca, los dos tipos

advirtieron su presencia. El más alto, pómulos prominentes, ojos hundidos, sonrisa cambada, se giró con rudeza e hizo un gesto que los desconcertó: metió la mano en la cueva de su chaqueta de cuero y la mantuvo firme hasta cerciorarse de que allí nadie tenía intención de complicarle la existencia. Entonces se recompuso, se enderezó la chamarra y sonrió, buenas noches, amigos, disculpen si los hemos asustado, no sabíamos que teníamos compañía, vinimos no más a despedirnos de Grimón. Su acento danzarín vino a confirmar lo que su atuendo ya aventuraba: que eran latinoamericanos.

Pablo señaló a la hondonada del sofá que habían ocupado hasta hacía media hora, no hay problema, llevábamos unas horas por aquí, nos entró la gazuza y bajamos al bar. El largo asintió sin inmutarse. Probablemente ya lo sabrían. Habrían estado esperando en algún lugar del vestíbulo a que ustedes se marcharan para investigar sin que nadie les estorbase. El exboxeador se puso a la altura de su compinche y se interesó por la relación que mantenían Pablo y tú con el muerto. Te adelantaste a Pablo en la respuesta, somos colegas del periódico, mi amigo es reportero y yo fotógrafo; como Grimón no tenía familia nos pareció lo más correcto quedarnos esta noche. Hormiga te miró con estupor, pero se cuidó mucho de contradecirte. Contabas con eso. El muchacho estaba más preocupado de la cartuchera del largo que de tus embustes.

El largo anduvo cansinamente hasta el centro de la estancia y se detuvo. Fue más un movimiento de ajedrez que otra cosa. Pretendía ganar ventaja. Obtener una posición más favorable desde donde pudiera dominar los movimientos del enemigo. Para recalcar esa disposición, su acólito se situó detrás de él un poco escorado hacia la derecha, a un paso de la puerta, por si a algún cobarde le daba por correr. Pasó un ángel, un ángel lento y pachorrudo, antes de que alguien dijera una palabra. Los hampones esperaban una pregunta. Ustedes, una respuesta. De repente, se coló en el tablero una pieza inesperada: la señora de la limpieza. El largo devolvió su mano a la cintura en un jaque de aviso, por si aún no había quedado claro que no estaba el asunto para bromas. La mujer echó un vistazo a la estancia. Husmeó en el ambiente por si captaba algún olor travieso de restos de comida o exceso de sudor. Miró la escena durante un breve instante. Y entendió que para cuatro gatos que había allí no se iba a molestar en pasarle la fregona al suelo. Así que se despidió con un bufido, lo más cercano a buenas noches que se le ocurrió.

De regreso al silencio, a la concentración de la partida, el exboxeador decidió que las negras movían, no en vano eran las que llevaban las armas, verán, caballeros, resulta que teníamos un negocio con Grimón y, al revisar el libro de cuentas, parece que hay unos treinta mil euros que se han extraviado; seguro que tiene una explicación, pero andamos algo cortos de tiempo; ¿ustedes no le habrán oído hablar a su colega de nada de eso, verdad? Pablo enarcó los labios en una mueca de asombro, ¿treinta mil euros?, eso son palabras mayores, señor mío, mucho dinero para llevar encima, a nosotros jamás nos contó nada de ningún negocio, bien es verdad que era

un hombre muy reservado; de todas formas, quien más lo conocía era Corona, el jefe de policía, Guillermo y él jugaban un par de veces por semana al dominó en el pabellón de oficiales, donde los militares.

El hombre tensó la mandíbula y miró a su compinche de reojo. Éste ni se inmutó, era un tipo bragado en más de una guerra. Esbozó una sonrisa que, lejos de tranquilizar, resultaba más amenazadora que cualquier pistola que pudiera llevar en la faltriquera, el jefe de policía y los militares, ¿eh?, curiosa casualidad, me pregunto cómo un hombre con esas amistades decide pegarse un tiro antes que afrontar una deuda; en fin, eso ya nadie podrá saberlo nunca, ¿no es cierto?; una auténtica lástima lo de Grimón, no era mal tipo, sólo un poco impulsivo; bien, ha sido un placer, amigos, lamentamos haberles distraído de su conversación, suerte y que tengan una buena velada.

A caballo regalado no se le mira el diente. Así que Pablo y tú aceptaron las tablas que les ofrecían sin poner un reparo. Pero se les quedó el cuerpo cortado, como si un inicio de gripe empezara a hacer mella en sus ánimos. Una vez que se fueron los hampones o, para ser más precisos, una vez que Hormiga fue a comprobar desde el recibidor que, en efecto, se habían ido los hampones y la suya no había sido una maniobra de distracción, volvieron a sentarse en el sofá. Suspiraron aliviados sin dejar de observar la puerta de entrada. Y pusieron en orden sus trampas. Tú reconociste que habías mentido en lo de fotógrafo para hacer pella, para sentirte unido a Pablo frente al equipo contrario, para que no encontraran una brecha por donde meter baza, y decirles que la partida era de dos contra dos, no de dos contra uno y un espectador. Él reconoció que se había inventado lo de Corona y los militares sobre la marcha, por una noticia que había en primera página, en el periódico que los miraba burlón desde la mesa de cristal. El jefe de policía y un teniente de la guardia civil, rodeados de cámaras, grabadoras y micrófonos, hablaban de un alijo de drogas que habían decomisado en las bodegas de un barco senegalés. Le pareció que era un ardid arriesgado, los tipos podían haber visto la fotografía y haberse ido todo a la mierda, pero no se le ocurrió otra manera de contraatacar, de decirle a los matones que ya no eran dos contra dos sino dos contra dos y la ley y el ejército y la santa iglesia también si hiciera falta.

En cualquier caso, bien está lo que bien acaba. Las artimañas habían funcionado. Acaso no se las acabaran de creer, sobre todo lo de las partidas de dominó en el pabellón de oficiales. Pero, ya lo había dicho el exboxeador, andaban cortos de tiempo y no iban a eternizarse en un interrogatorio que no les llevaba a ningún sitio. En lugar de quedarse a comprobar la coartada de Hormiga, intentarían buscar los famosos treinta mil euros en una visita furtiva a casa de G.G. o a sus cuentas bancarias, aun a sabiendas de que no los iban a recuperar en la vida, porque si los hubiera tenido, a cuento de qué se iba Guillermo a suicidar. Lo que les llevaba a la última de las conclusiones: el motivo del suicidio. Increíble pero cierto. Grimón se habría enredado en algún asunto chungo con los latinoamericanos. ¿Qué asunto?

Cualquiera sabía. Descartadas las drogas y las putas, quedaba la posibilidad de una apuesta o de un préstamo con usura. ¿Para qué? Para pagar, por ejemplo, la residencia de una madre senil allá en Galicia. Es bien sabido que el sueldo de un periodista no da para mucho. Y mantener dos vidas, aunque una fuese una vida espartana (la perspectiva del préstamo cobraba fuerza si uno caía en la cuenta en la forma de vivir de Guillermo Grimón: sin lujos, sin vicios, encharcado en horas extras), era costoso. Así que el pobre necrólogo tuvo que aliarse con unos socios sin entrañas, unos usureros cabrones que le habrían apretado las clavijas hasta no dejarle otra salida que el cañón negro y frío de una escopeta.

Hormiga se notaba descorazonado. La revelación le supo a pomelo. Hubiera preferido permanecer en la duda, seguir adelante sin saber nada de lo que acababa de averiguar. Ahora, al dolor de la muerte de su amigo se unía un profundo sentimiento de culpa. ¿Por qué Guillermo no había acudido a él? Treinta mil euros, es cierto, era una suma considerable para un periodista novato que vivía de alquiler, que manejaba un coche de segunda mano, que aprovechaba hasta el ridículo las ofertas del supermercado, pero juntos hubieran encontrado alguna salida. Cualquier banco les hubiera dado un préstamo por esa cantidad con sólo domiciliarles la nómina. Y luego ya verían cómo se pagaba. ¿Tan poco valoraba G.G. la amistad del muchacho?

No. Era justo lo contrario. Probaste a consolar a Pablo con una historia de orgullo y afecto. Guillermo era un hombre íntegro. Sabía lo que significaba para Pablo, no era difícil por cómo hablaba éste de su amigo, de su maestro. Sabía que había mucho de admiración en ese vínculo que habían conseguido a golpe de sándwiches de queso tierno y aceite de oliva. Se sentía responsable del muchacho. Y no podía traicionar ese sentimiento. Prefirió pegarse un tiro antes que decepcionarlo. Grimón no hubiera pedido a nadie ni un euro para coger la guagua, pero menos a él. Porque conocía lo del apartamento de alquiler, lo del coche de segunda mano y lo de las ofertas del supermercado. Y también que Hormiga se hubiera endeudado hasta las cejas para ayudarlo. Y eso hubiera sido una carga demasiado pesada. Prefirió el tiro. Estaba claro. Hasta ese punto lo consideraba su amigo. Hasta el punto de ahorrarle el sufrimiento que ahora estaba penando. La prueba era que, de no haber aparecido aquellos dos tipejos, Pablo jamás hubiera sabido la verdad, que era lo que Guillermo hubiese querido. Así que no era justo ni para uno ni para otro que Pablo se atormentara como lo estaba haciendo. El muchacho ya no volvió a pronunciar palabra el resto de la noche. Cerró los ojos y se sumió, primero, en vaya usted a saber qué hondos remordimientos y, finalmente, en un sueño tranquilo que tú velaste en honor de un hombre al que no habías llegado a conocer en vida pero que, eso lo sabían hasta los negritos del Biafra, te hubiera caído cojonudo.

Te sobresaltó una mano que zangoloteaba sobre tu rodilla. Una garra de dedos esqueléticos, mero pellejo y huesos, escoltada por una voz lúgubre y desapacible, hijo, espabile, que ya hace rato que amaneció; y despierte a su amigo antes de que se le tronche el cuello. El padre Orellana venía a cumplir un divino designio: el de despedir a Guillermo Grimón a la mismísima puerta de su coche fúnebre. Se había deslizado en la estancia, sigiloso y ladino, como quien codicia sorprender al pecador en mitad del pecado. Pablo, en efecto, dormía en una postura inverosímil, con la cabeza apoyada en un hombro mientras el otro le hacía un escorzo anormal, tal que si fuera a salir huyendo de su cuerpo de un momento a otro. La secuela psicológica del lunes aún estaba por ver, pero la física le iba a escocer lo suyo. El cura no cabía en su asombro, cómo es que hay sólo dos personas en el velatorio, adónde vamos a parar con esta indiferencia y este descreimiento, ¿es que no va a venir nadie más? Pablo bastante tenía con devolver el cuello a su posición natural, así que respondiste tú, con esa áspera acidez que te entra cuando te despiertan antes de tiempo, lo dudo, reverendo; el muerto era gallego e hijo único. El cura, ensayando una homilía, ¿y qué hay de los amigos?, ¿tampoco tenía amigos?; ¿ve usted?, ése es el mundo desdichado en que nos tocó vivir: tantas horas pegados al ordenador, tanto monólogo egoísta, y nada de tiempo para dedicárselo a los demás. Y tú, replicando con un hilo de voz aguardentosa, tiene toda la razón; ¿y sabe qué?, este muerto estaría de acuerdo con usted: por eso es que se suicidó.

Orellana abrió los ojos como si el demonio le estuviera bufando en el cogote, ¿se suicidó?, nadie me lo había dicho. Tú, sin poder abrir los tuyos por el exceso de luz, le sonreíste bobaliconamente, eso es porque madruga usted demasiado, padre, a estas horas no hay nadie para informar ni en el purgatorio. El cura obvió tu irreverencia, otro que estaría como los hampones de la noche anterior, corto de tiempo. Negó con la cabeza en un gesto de andar calibrando si rezar por el alma de un suicida no iría en contra de sus preceptos. Se miró las manos buscando una respuesta en sus venas cárdenas. Levantó la cabeza en un guiño de padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y al fin se avino a dispensar el sacramento no sin antes pedirles, casi ordenarles, que lo acompañaran en su panegírico, ¿no se habrán pasado la noche al relente para marcharse sin escuchar misa, verdad? Verdad. De manera que al suicida Grimón le rezaron en su último día sobre la tierra un cura vacilante, un colega con tortícolis y un advenedizo que, aunque afecto a la causa, apenas podía mantenerse en pie de puro sueño. Ni Pablo ni tú supieron bien en qué momento se escabulló Orellana de la sala, pero lo cierto es que, cuando quisieron darse cuenta, se hallaron de nuevo solos con el muerto. Mejor. No tenían ganas de escuchar más mamonadas.

Pero fue un breve espejismo.

El tiempo justo de pasar por el baño a mear y a quitarse las legañas. Cuando saliste tú, estaba entrando un grupo de compañeros del periódico, a buenas horas, mangas verdes. Todos le daban palmadas y besos de condolencia a Pablo que hacía gestos evidentes de dolor, no tanto por la pérdida sufrida sino porque a cada abrazo se

le encolerizaba la tortícolis. Y mientras los otros, ajenos a una escena de noche en vela con matones al fondo, más se apiadaban de su joven compañero, más dolorido se mostraba éste. El *vía crucis* amenazaba con volverse crónico hasta que entraste tú y Hormiga vio los cielos abiertos de par en par y decidió presentarte en sociedad, aquí unos colegas de la redacción, aquí un buen amigo de G.G. La noticia de que Guillermo Grimón tenía *un amigo* (lo mismo daba bueno, malo o regular) les impactó de un modo casi lascivo, pero al menos Pablo consiguió lo que buscaba: que el resto de lamentos, saluciones y cortesías te alcanzaran a ti. El hecho fue que al final te tocó ejercer de anfitrión en un velatorio que ni te iba ni te venía, algo que sólo sorprendió, pero mucho (una estupefacción que valía por mil), a una Macarena Velasco que, en el momento de mayor apogeo de tu discurso sobre la espléndida persona que había sido, que fue, que seguiría siendo allá donde estuviese ahora Guillermo Grimón, entró en la sala dispuesta a rescatarte para desayunar.

Sorprendida, estupefacta, atónita, a Macarena no le hizo maldita gracia el espectáculo que acababa de contemplar en su sala de Santa Catalina. Por más que quisiste apaciguarle el miedo con la historia del padre Orellana y sus vacilaciones, la Velasco estaba empezando a inquietarse con tu actitud, una cosa es que se te hiciera cuesta arriba regresar a tu casa después de la muerte de tu madre, algo lógico, comprensible, si la apuraban, incluso, un detalle que venía a corroborar tu sensibilidad, y otra muy diferente que empezaras a cogerle gusto a los entierros, m'ijo, si parecías el rey del mambo allí, rodeado de admiradores, sólo faltó que te aplaudieran, coño; no, de verdad, chacho, esto ya no es normal, aquí viene Freud y escribe otro tratado, no te rías, joder, hablo muy en serio, tienes que marcharte hoy, ¿qué hoy?, tienes que marcharte ahora, ¿dime?, de acuerdo, primero desayunas, pero luego te largas a casita y te das una ducha y te metes en la cama, y no me vengas con martingalas porque estamos a lunes y llevas aquí desde el jueves, ¿me oíste?

Tuviste que prometerle que te irías esa misma mañana. Que te darías la ducha. Que dormirías hasta el martes. Y, por el mismo precio, que el miércoles la llamarías para salir. Pero estaba escrito que no pudieras cumplir ninguna de tus promesas. Lo vislumbraste, mientras Macarena iba a pedirte un café, un zumo de naranja y un bocadillo de pata, nada más encender el móvil para ver cómo andaban tus hermanas. El aparato enloqueció de pronto en una turba de pitidos, de llamadas perdidas, de mensajes al buzón de voz. Todos decían lo mismo: ¿dónde estás?, telefona a casa, es algo urgente. Fue la primera vez en cinco días que te asustaste. Ni la muerte perra de Diana Arbelo te produjo ese desasosiego. ¿Qué demonios habría pasado ahora?

Te decidiste por llamar a Mario.

Querías una versión desnuda y simple, sin preámbulos, de lo ocurrido. Y tu hermano no te defraudó, se murió Eduardo Ojeda. ¿Cuándo? Ayer noche. ¿Cómo? Mientras se duchaba. Joder, ¿y a dónde lo llevaron? Aún no lo llevaron, está en su casa de Escaleritas; lo trasladan ahora. Ya, pero ¿a dónde? ¿A dónde crees? Déjate de acertijos, Mario, joder. A Santa Catalina. La madre que me parió, ¿y cómo no me

avisaron? Anda al carajo, tú, llevamos horas buscándote. Bien, ya me encontraste; ahora tienes que hacerme otro favor. ¿Qué pasó? Necesito que vayas otra vez a casa y me traigas un par de mudas más. No jodas que aún estás ahí. Sí. ¿Desde el jueves? Pues sí, ya tú ves. Esa Macarena debe de follar como los ángeles. Clic.

Eduardo Ojeda era más que un vecino del barrio de San José. Era de la familia. Las cosas de la vida: el hombre había nacido dos zaguanes más abajo de la casa de tu abuela Filomena, se había criado con tu madre en la calle Hernán Pérez, se llevaban cinco días de diferencia y había venido a morir cinco días después que ella. Llevaba tiempo ya tocado de un ala. Y al parecer la caída en el baño acabó por precipitar el final de su historia. Y la continuación de la tuya en aquel desventurado junio. La Velasco se negó a creerlo, ésta es una farsa de las tuyas, sé lo que estás sufriendo, pero tienes que afrontar la realidad de una vez, hombre; tu madre ha muerto y ni que te pases el resto de tu vida aquí va a cambiar las cosas.

—Hasta ahí llego, Macarena. Pero no es culpa mía si morir se ha puesto de moda este verano.

—¿De veras que conoces a ese Eduardo Ojeda? ¿No habrás leído su nombre en el panel de la recepción y te estás inventando esa historia para alargar tu estancia aquí?

—¿Me crees capaz de algo así?

—Después de lo que he visto en el velatorio de Grimón, de ti me creo cualquier cosa.

—Ya será menos, mujer. Recuerda lo que dijo Pascual Torres ayer. Pasa que soy un tipo que sabe escuchar, ideal para entierros y funerales.

—Ves cómo ya ni sabes en qué día vives. El entierro de Klinsmann fue antesdeayer.

—¿Y?

—Pues que esa cita es del sábado. Torres era el novio de Klinsmann.

—¿Segura? ¿No vino con el séquito de Carnicero?

—Mira, tú te marchas a casa y yo le explico a tus hermanos lo que ha pasado porque...

—Era broma, bobilina.

—Pues no bromees con eso. No me gusta.

—Perdona, perdona. Piensa que yo al tal Carnicero sólo lo conozco de referencias. Quería pasar a verlo anoche pero me lié con el pobre Hormiga y... por cierto, ¿aún está aquí?

—Sí. Lo entierran a mediodía.

—¿A mediodía? Coño, pues aún tengo un par de horas para conocerlo antes de que llegue Eduardo.

La mañana de ese lunes descubriste otra cosa de aquella mujer maravillosa: no tenía sentido del humor. Macarena te dejó con la palabra y el bocadillo de pata en la boca. Se levantó cabreada. Ni despedirse quiso. Ni un beso de ahí te quedas. Sencillamente se negaba a participar de lo que calificó «tu juego macabro». Si

querías pasar después a saludarla antes de irte, estaría en su despacho trabajando. Porque lo de ella era un trabajo y no aquel hechizo de luna que parecías sentir tú por los tanatorios.

Pedro Antonio Carnicero, tu sexto muerto, qué título para una novela, murió tal como había vivido. Apasionada y lentamente. De eso daba buena fe Francisco Expósito, viejo amigo desde los tiempos del orfanato de San Agustín, médico personal y concuño, a quien quisiera escucharlo. Don Francisco hablaba parsimonioso como el que ya no le da importancia al tiempo. A pesar de su edad gozaba de una lucidez y una ironía que para sí las quisieran muchos jóvenes. Su relato tenía esa cadencia cariñosa de los cuentos de cuna. Su vida, la constancia de los relojes suizos. A la caída de la tarde de cada viernes se dejaba caer por la hacienda de los Carnicero. No para comprobar el estado de su cofrade sino para corroborarlo, qué aburrimiento de salud, Perico, siempre el mismo buen color, la misma tensión arterial, el mismo apetito, no sé para qué vengo. Y el hacendado le replicaba con fingida irritación, ¿qué coño quieres, Pancho?, ¿que me enferme por ti?; vienes para pagar una deuda, para hacerme compañía, para beberme mi ron y para dejarme ganar al tute, como hacen los amigos de verdad, ¿te parece poco?

La historia de Carnicero y Expósito la conocía todo el pueblo, por eso no creía estar traicionando a su amigo, a su hermano muerto, si la narraba una vez más. Nacieron por la misma época, quizás el mismo día, eso nadie pudo confirmarlo jamás. No constaba en ningún sitio. Lo que sí constaba, tanto en los padrones de San Agustín como en los archivos del arzobispado, era que llegaron al orfanato antes de cumplir un mes, los dos juntos, el dos de abril del dieciocho. Había sido un año frío, año de lluvias y corrientes traicioneras, y sus madres esperaron a que el tiempo mejorara para asegurarse de que los bebés no se helaran en el zaguán de piedra de la inclusa. Así que el primer día que salió el sol, el dos de abril, Santa María Egipcíaca, a media tarde, la hermana portera los halló a los dos en sus capazos blancos con su mantita azul, y esa fecha quedó para los restos en sus carnés de identidad. Fueron bautizados a mediados de mayo, el mismo día también, San Pascual Bailón, si Dios los trajo juntos no era cuestión de enmendarle a Él la plana.

Se criaron con las Reverendas Madres Adoratrices. Los jóvenes de ahora no sabían lo que era un internado, tanto colegio fino y tanta guagua a la puerta de casa los estaba amanerando. La suya había sido otra época: sopa de pobre, horario cuartelero y la letra con sangre entra. Pero imprimía carácter, vaya que sí. Recibieron juntos también la primera comunión. Y forjaron una amistad inquebrantable que duraría más de ochenta años, hasta ese lunes de junio. Como nadie los reclamó nunca, cuando las ropas de niño dejaron de servirles, cuando ya no pudieron disimular la barba, cuando los instintos empezaron a desparramárseles, los botaron a la calle. Suerte que ambos habían adquirido con las monjas un talento especial. Pedro para los negocios (era capaz de trapichear con cualquier cosa: desde fotos con mujeres desnudas que nadie sabía de dónde sacaba, hasta cigarrillos mal liados y peor

envueltos que fabricaba él mismo en la oscuridad de su cuarto) y Pancho para los estudios.

El uno se dedicó entonces a tranzar con fruta y con pescado, con azúcar de caña, con encurtidos. Y le cayó del cielo una remesa de carne uruguaya que llegó en el mejor momento, en mitad de una epidemia ganadera, y que le hizo ganar una fortuna. El otro se apañó con pequeños trabajos con los que sobrevivir: acarreando pacas en la fábrica de hielo; de ayudante de una gerencia; como sustituto de don Teodoro, un maestro cascarrabias y tísico que enseñaba las cuatro reglas en una escuela unitaria. Eso duró hasta que Carnicero se cansó de ver cómo se malograban la juventud y la inteligencia de su amigo y empleó parte de las ganancias de la carne en abrir una cuenta en el British Bank, que sólo por el nombre le parecía más seguro que cualquier otro, a nombre de Francisco Expósito. Para sus estudios de medicina. A Expósito le dio reparo aceptarlo. Alegó que no estaba ni medio bien consentir en ese regalo, que lo haría sentir un paniaguado el resto de su vida. Pero la cabezonería de Carnicero pudo con todo, qué paniaguado ni qué ocho cuartos, esto no es un regalo, Pancho, yo no le haría un regalo ni a mi madre si supiera quién es; vas a coger ese dinero y vas a hacerte médico y, luego, te instalarás aquí, en algún pueblo ni muy pequeño ni muy grande, y abrirás una consulta y cuidarás de mí hasta que enfile proa al marisco; y no creas que te hago un favor, pienso vivir lo menos noventa años. Y así fue. Expósito acabó su carrera en Madrid. Regresó a la isla. Buscó una vieja casa a dos pasos de la iglesia de Guía. Montó su consulta. Y cuidó de su mecenas hasta el último viernes. Incluso se casó con la hermana pequeña de Amparo, la mujer de Pedro Antonio. En lo de los noventa años no acertó, que le faltaron tres. Pero, en lo demás, cualquiera diría que el muy zahorí de Carnicero estaba compinchado con el destino.

Hablaba de su amigo sin aflicción, sonriendo cada vez que recordaba lo listo y lo cabrón que había sido. Tuvo suerte. Y trabajó como un perro. Pero nadie puede forjar una fortuna como la suya sin talento y sin mala leche, a partes iguales. Lo que sí que era falso como una moneda con dos caras era lo de cacique. Ahí Expósito se puso serio. Apretó las mandíbulas. Sacó a pasear su dedo índice. No, señor. Un cacique es un abusador que se deleita explotando a sus víctimas, por lo general pobres diablos, débiles e incapaces de defenderse. Perico jamás había puteado a nadie que no se lo mereciera o que, al menos, no tuviera las mismas fuerzas que él para devolverle la bofetada. La prueba era la muchedumbre que se había arremolinado ahí, en Santa Catalina, para honrar su memoria. La mayoría de ellos le debía a Carnicero hasta la ropa que llevaba. Nada más había que verles las caras de angustia y gratitud, carajo, que cualquiera diría que eran sus hijos todos. De haberlo velado en la hacienda, como a muchos les hubiese gustado, aquello hubiera sido una auténtica romería con tanta ofrenda de pollos y cabritos y papas y tomates. En el tanatorio era distinto. Allí todo el mundo andaba fuera de sitio, intimidado, sin saber cómo comportarse.

Alguien, igual de ajeno que tú a aquel velatorio, interrumpió al viejo para preguntar por un apellido. Porque era sabido que los niños criados en incluso se

apellidaban todos o Santana o Expósito, como él. Entonces, ¿de dónde le salió a don Pedro ese Carnicero? De la época de la carne uruguaya. El vecindario empezó a llamarlo así. Con desdén, cuando no con envidia. *El carnicero*. Un mote cruel, injusto que se le destina a quien se quiere mal. Y ¿qué hizo Pedro Antonio? Pues en vez de amularse, una mañana se presentó en la oficina de empadronamiento y canjeó su viejo Santana por un nuevo Carnicero, pa' que se jodieran los llorones. Con el tiempo la gente se olvidó del asunto y, unos por pavora y otros por negocio, se cuidaron muy mucho a partir de entonces de mentarle el Santana al hacendado. Sin embargo, no debían pensar quienes escuchaban a Francisco Expósito, incluido tú, que parecías el más desconfiado, que Perico Carnicero olvidó alguna vez de dónde venía. No. Nunca. Una cosa era cambiarse el apellido para callarle la boca a los enemigos y otra volverse totorota como ellos.

Y es que nada detestaba más el hacendado que a esa panda de nuevos ricos que le había crecido a la isla como sabañones en los años ochenta y noventa, con la cosa del turismo y la construcción. Porque él se había ganado cada duro con esfuerzo y no podía ni ver a aquellos tipos que, al día siguiente de su golpe de suerte o de su pelotazo o de su lotería, se tiraban a comprar una casa de quinientos metros con piscina y mirador, a hacerse con un yate y a dejarse ver con políticos y deportistas en los pantalanes del Club Náutico. De hecho se negó a asistir, por más que lo invitaban, a sus fiestas cursis, a sus bodas relamidas, a sus primeras comuniones de pacotilla. Expósito recordaba, sin poder ocultar una sonrisa mordaz, que las únicas veces en que a Carnicero le reventaba la tensión era cuando le llegaba una de aquellas invitaciones, se ponía de una mala uva que daba grima oírlo.

La mención de los nuevos ricos te recordó a la historia del joyero judío y el cuadro de Klinsmann. Y, tenía razón Macarena, ya no recordabas si había sido el viernes o el sábado. Para ti que llevabas cinco años, en vez de cinco días, en Santa Catalina. Y dejaste de prestarle atención a las vidas de Francisco Expósito y Pedro Carnicero para prestársela a la tuya. ¿Qué estabas haciendo allí, en mitad de la nada, entre hombres ojerosos y mujeres enlutadas que no habías visto nunca antes? Quisiste consolarte pensando que la muerte de un ser humano te incumbiría siempre, pero ya estabas demasiado cansado o demasiado viejo para creer en patujadas de esa talla. Estabas allí por ti. Por cobarde y necesitado. Por una mezcla extraña y dispar: el miedo aceite y la necesidad vinagre, asociados en un aliño macabro y decadente. ¿Miedo a qué? ¿A morir? No. En eso no pensabas todavía. Es cierto que lo de Diana Arbelo te hizo echar cuentas de que la muerte podía alcanzarte alguna vez, de que estaba tan cerca de ti como de cualquier otro, pero aún no podías creer que fuera tu hora. ¿Miedo a volver a casa y saberte el más huérfano de la tierra? No. Eso ya lo sabías sin salir del tanatorio. Además, hubieras podido sortear al desamparo: tus hermanas (y hasta la propia Macarena) estuvieron dispuestas a darte asilo sentimental por unos días, hasta que se te pasara una nostalgia de madre que, estaba más que claro, ya no te iba a abandonar jamás. No. Entonces, ¿miedo a qué?

No sabías. Estaba ahí, agarrándote el pecho como si fuera a quedárselo, arrebatándote el aire, sangrándote. Pero no podías explicar el origen de esa angustia. Tal vez te aperrearas la misma sensación que en el cementerio, recién enterrada Maruca Bermúdez. El viejo desasosiego de ser el menor de seis hermanos. La visión funesta de cuatro viajes al mar de Agaete a tirar las cenizas de Miguel, de Mercedes, de Maite, de Mónica, y una visita al cementerio a enterrar a Mario al lado de tus padres. La idea bruna de contemplar las fotos familiares que poblaban tu alcoba, tu salón, tu despacho, deshojándose lenta, pesadamente, como una flor de pascua, de los rostros queridos. Era entonces que se asentaba el aliño, y el vinagre de la necesidad, menos pesado, salía a flote. Necesitabas entender lo inentendible, comprender qué es aquello tan voraz a lo que llaman muerte, qué apariencia tiene, qué consecuencias, y cómo afecta a los demás, aunque los demás sean seres ajenos y extraños. Por eso decidiste empaparte de las historias, iguales pero diferentes, de un arquitecto roto por la pérdida del hombre al que más había amado, o de un periodista que se había quedado solo, o de un viejo con la mirada llena de cicatrices que se iba a dedicar el resto de su vida a echar de menos a su compadre. Y habías conocido de cerca los distintos rostros de la muerte: el de una mujer querida hasta la rabia como Maruca Bermúdez y el de una abandonada hasta la iniquidad como Nacha Cabrera. La muerte arrebatada de Diana Arbelo y la deseada de Guillermo Grimón. La de un hombre que no quería nada como Klinsmann y la de uno que todo lo tenía como Carnicero. Y aún faltaba la de uno al que simplemente le había llegado la hora de morirse como Eduardo Ojeda. Siete muertos distintos pero iguales.

Un revuelo de voces y lamentos te devolvió al presente. Al pobre Expósito le había dado un sofoco de tantas emociones que se le vinieron a juntar esa mañana. Entre dos hombres lo estaban ayudando a recostarse en uno de los sofás. Otro apartaba, con más esfuerzo que pericia, un hermoso palo del Brasil que Macarena tenía en su sala grande. Y una mujerona de pechos generosos con un abanico desastrado al que le faltaban varillas se ocupaba de que el viejo se ventilase, sin comprender del todo que el respiro que le daba el movimiento de su muñeca se lo quitaba el bochorno de sus tetas. Alguien preguntó si había algún médico en la sala y, luego de un barullo de confirmaciones, se presentaron hasta tres doctores en auxilio de su viejo colega. Y tú optaste por un mutis discreto para informar a Macarena del incidente y, de paso, comprobar si se le había pasado ya el cabreo.

Sin embargo no llegaste a su despacho.

A mitad de camino, en el recodo de la escalera que conduce a los servicios y a la salida de urgencias del tanatorio, te aguardaba una sorpresa. Al principio no pensaste que te estuviese esperando a ti, más bien parecía hacer cola ante el baño pero el muchacho te siguió con la vista mientras descendías cada peldaño. Cuando llegaste a su altura, saludó con la cabeza y te ofreció una sonrisa tímida, la sonrisa más triste en una semana de sonrisas tristes. En cualquier otra circunstancia le hubieras devuelto el saludo y hubieras continuado tu camino a donde Macarena, pero pudo más el instinto, la sensación de haber visto esa desesperación antes. En efecto. Era el solitario que rezaba, en silencio contra los cristales, en el velatorio de Diana.

Te detuviste. Le enfrentaste la mirada. Te presentaste, soy un viejo amigo de Diana Arbelo. Y ya sabías quién era él antes de que el muchacho atinara a responder con una voz dulce pero nerviosa, mi... nombre es Ernesto Quiroga... y no se me dan bien los funerales. Y tú, tranquilizador, los funerales no deberían dárseles bien a nadie, pero no desespere, aún es usted joven, ya le cogerá el tranquillo. Y él, más tranquilo, ¿tendría un momento para charlar sobre ella? Y tú, con más curiosidad de la que te hubiese gustado reconocer, para hablar de Diana Arbelo siempre tengo un momento. Decidiste sacar a Ernesto del Santa Catalina, ya había sufrido bastante el jardinero fiel durante aquella larga noche sin poder compartir con nadie su desconsuelo. Lo llevaste al restaurante de Macarena y así de paso estirabas las piernas y respirabas algo de aire que no oliera a alcanfor y a flores tiesas.

—Yo la quería.

—Bienvenido al club.

—Se lo juro.

—No me cabe duda. Todos los que la conocimos la queríamos. Aparte de eso, nadie se goza un velatorio así si no quisiera de verdad al muerto.

—Era una mujer increíble. Llena de vida. Alegre. Todo esto es tan... injusto.

—La muerte no es injusta. A veces se adelanta pero hace su trabajo. La vida sí que lo es. Pero, por lo que he oído, la de Diana mejoró notablemente durante los últimos meses.

—Me gustaría creerlo.

—Pues créalo, créalo. Mire, ¿dígame?... Ah, de acuerdo, nos tutearemos. Pues, mira, Ernesto, esta puñetera vida no nos da muchos momentos de felicidad. Entre el trabajo, las obligaciones, los compromisos, los padres que envejecen, los niños que te necesitan, la exmujer que te odia con pasión... uno puede pasarse años enteros sin hallarle sentido. Gracias a ti, Diana Arbelo volvió a nacer de nuevo.

—Para morir enseguida.

—Bueno, de eso no tienes culpa tú. Bastante que la hiciste disfrutar.

—No era solo sexo...

—Y aunque lo fuera, ¿qué hay de malo en el sexo? La mayoría de las veces cometemos el error de enfrentarlo al amor puro como si fueran dos caras opuestas de

una moneda. Como si el amor puro estuviese reñido con desear a la mujer amada. El sexo, frente a lo que puedas creer, raras veces viaja solo. Eso de que los hombres somos adictos al sexo por el sexo es pura pantomima. Las mujeres nos lo dicen para tener algo que criticarnos y nosotros lo dejamos estar para hacernos los duros. Hazme caso. Una farsa. El sexo, incluso para los que nos gusta a rabiar, suele venir acompañado de otras emociones que lo dignifican bastante: el deseo de estar con otra persona, la necesidad de compartir el placer, la dicha de hacer gozar a alguien, el temor a sentirse solo... Son sentimientos demasiado humanos como para echarlos en saco roto.

—La última vez que nos vimos, Diana me dijo algo parecido. Yo le pregunté si estaba segura de quererme y ella contestó que de eso nadie está seguro nunca, pero que este último año se había sentido más querida y deseada que en toda su vida. Yo creo que exageraba. Quizás lo decía en alto para justificar su decisión.

—No creas. Si te lo dijo fue porque lo sentía de veras. Diana no era mujer de derrochar sentimientos. La conozco... la conocía (no me hallo a hablar de ella en pasado) desde que éramos críos: cuando se enamoraba, no había nada que hacer. Hasta de comer se olvidaba la muy boba. Y no. No creas que lo hacía muy a menudo. Diana es de mi generación: nos basta y nos sobra con un amor por década. Así que, si las cuentas no me traicionan, tú eres el tercero. Pero escucha una cosa, ¿dices que quería justificar su decisión?, ¿de qué decisión hablamos?

—Iba a dejar a su marido.

—¿Tan claro lo tenían?

—Sí. Habíamos encontrado un apartamento pequeño cerca de la playa. Precisamente mañana, qué ironía, teníamos cita con el dueño, un amigo de Diana, para hablar del alquiler. Queríamos mudarnos en agosto y, así, aprovechar cuando los niños estuvieran con su padre.

—Espera, espera. ¿Iban a alquilarle un piso a un amigo de Diana? ¿Recuerdas su nombre?

—El nombre no, pero sí el apellido. Era Piernavieja.

—¿Conrado Piernavieja?

—Ése. ¿Lo conoces?

—Me suena.

Cuando despediste a Ernesto Quiroga en el portalón de hierro, como quien despide a un amigo en la puerta de casa, se te encogió el alma. No sólo porque un tanatorio se estuviera convirtiendo en tu hogar. Sino por el muchacho. Hubieras querido decirle algo más que pudiera animarlo. Algo sobre Diana, sobre el amor, sobre la esperanza. Pero no había remedio para su pena. El muchacho se acababa de estrenar en eso de la muerte y aún no se había hecho a la idea. Le seguiste los pasos con la vista hasta que llegó a su coche. Incluso su sombra andaba desolada. No volverías a verlo más y esa imagen de muñeco roto se te iba a quedar grabada durante largo tiempo.

De vuelta a Santa Catalina, por el camino de losetas que rodean el tanatorio, se te encasquilló en el pecho una sensación ácida. Al principio lo achacaste a la digestión, pero no. Ese resabio intenso no lo dejaban un café negro y un sándwich. Era algo más tortuoso. El sabor del cansancio y la rabia revueltos en las tripas. Un sabor tan acre, tan lacerante que te viste impelido a sentarte en el suelo, debajo del mismo flamboyán en que habías consolado a Sofía unas horas antes. El flamboyán de las revelaciones, a partir de ese día. Necesitabas asimilar lo que te acababan de relatar. Claro que Conrado Piernavieja era amigo de Diana, anda que no tuviste tremenda bulla con la Arbelo a cuenta de su relación con él. Pero lo era más, al menos en los últimos tiempos, de Julián de la Fe.

Nunca te cayó bien. Tampoco Julián, lo sentías mucho, pero en ese caso Diana había decidido que iba a ser el padre de sus hijos y allí no hubo más que decir. Lo de Conrado, sin embargo, era diferente. Un tipo siniestro. Se ganaba la vida especulando con pisos y oficinas, comprando y vendiendo con una presteza tal que nadie supo nunca cuántas casas tenía ni cuánto dinero había logrado acumular. Desdoblado y artero, un día te saludaba con efusión y al siguiente ni te miraba. Tu abuelo solía decir, al hablar de esa clase de individuos, que eran como las toallas viejas: no paraban de soltar hilachas. Y a Piernavieja le habías oído más de una vez poner a caldo a alguien un segundo después de haberlo abrazado y besado y hasta acariciado con mimo. Todo con una voz afeminada y antipática. No. Jamás te cayó bien y te supo a purgante que Diana hiciera migas con él e, incluso, lo creyera un intelectual porque en su día, antes de dedicarse a los chanchullos inmobiliarios, había escrito un libro sobre filosofía para adolescentes.

Se lo comentaste a ella, yo no sé si este tipo sabe algo de filosofía pero lo que es de adolescentes no entiende una mierda pinchada en un palo. Para Diana, tus reticencias se debían a los celos. Fue antes de su matrimonio y en aquella época tuviste la debilidad, en una cena regada con un vino blanco alemán delicioso, de confesarle que la querías con locura. Eran los celos. Te lo soltó a la cara como un escupitajo, estás celoso, ¿sabes?; tu problema es que no puedes soportar que tenga amigos interesantes, crees que eres el único hombre inteligente que hay sobre la tierra. Después de aquella trifulca, tu vínculo con ella se enfrió y casi se congela si no hubieras mandado al carajo el orgullo y te hubieras disculpado meses más tarde, cierto, estaba celoso, me creo el hombre más inteligente de la tierra, pero volvamos a donde dejamos lo nuestro. Ella puso de su parte, la verdad es que me apunté a bruta yo también, no tenía que haberte dicho lo que te dije; es cierto que Conrado es un poco raro pero si le dieras una oportunidad te gustaría; en verdad, ustedes dos se parecen mucho. Puso tanto de su parte que casi la caga, a peor la mejoría, porque tú estabas dispuesto a hacer las paces con ella pero, eso como que te quedaste sin abuela, de Conrado Piernavieja no se volvería a hablar en la vida. Y no se habló.

No obstante, por otros amigos que tampoco tragaban al fariseo, supiste que Piernavieja se había metido en enredos con la hacienda pública y había contratado a

Julián de la Fe para que le llevara el asunto. Parece ser que todo a espaldas de Diana, cosa que nunca entendiste si tan bien se llevaban. Pero, siempre según esos amigos, Julián y Conrado se compincharon para hacer negocio con la compraventa de viviendas sin pasar por el fielato del fisco. Y no querían que Diana se enterara porque, con su firmeza para esos conciliábulos y su cargo en la Consejería, les hubiera sacado las uñas a los dos. Y la cosa es que el jodido Piernavieja no había aparecido por el tanatorio a despedirse de ella. De eso nadie tuvo que contarte porque estuviste allí. Todo el tiempo. Y ni rastro de Conrado. Y, entonces, todo se volvió claro.

Diana, ya no había ni un alambre de dudas, iba a dejar a su marido. Y éste, como si lo vieras, habría jurado ponérselo difícil. La habría amenazado con acusarla de abandono de hogar. Con quitarle a los niños. Con hacerle la vida imposible. Era abogado. Se conocía todas las trampas de la ley, las había inventado él. Pero la Diana Arbelo que tú conocías no se habría dejado amedrentar. Su determinación era un pedernal. Irían a juicio. Ella hubiese deseado evitarle ese trago a los chiquillos pero si él lo quería así, así sería. Ahora bien, que Julián no olvidara quién tenía más que perder. Que no olvidara que los jueces tienden a escorarse a la derecha, al lado de la cama donde duermen las madres. Que no olvidara que, el mundo en el que el ilustre letrado Julián de la Fe se movía, era un mundo de poses y apariencias. Y que no había nada peor aparente que el que tu mujer te dejara por otro. Más joven, más enérgico (lo que en términos de reuniones de hombres significaba con la cuca más grande, el tamaño sí importa, vaya que sí). Y encima jardinero, ya podía haber elegido un cirujano plástico o un constructor. No. Un jardinero de veintisiete años. Sería un escándalo. Y Julián quedaría en el más absoluto de los ridículos.

O quizás no hubiera sido de esa manera.

Quizás Diana habría sentido miedo de hablarle de Ernesto. Quizás habría temido, conociendo su ferocidad, que Julián se vengara en el muchacho. No. Le habría contado sólo lo indispensable. A saber: que lo iba a dejar porque se había enamorado de otra persona. Así. De otra persona. Sin rostro. Sin identidad. Sin sexo. Eso. Sin sexo. Incluso le daba pie a Julián a que se diera gusto predicando por ahí que su mujer se le había vuelto lesbiana con la edad. Tanto andar entre amigas, tantas comidas, tantas charlas, al final había acabado por confundir el culo con las témporas. Y por el color que se le había quedado a Estefanía, por su fuga acelerada en mitad de la noche, supiste que ella también había llegado a la misma conclusión que tú. Maldad arriba, maldad abajo. Se le había revelado igual que a ti el enigma de Diana Arbelo. Su marido la había matado.

O mandado matar que, para el caso, era lo mismo. Porque los hombres como Julián de la Fe no se exponen de esa manera. Demasiado arriesgado. Muy chulitos en la sala de juicios, donde se sienten bravos, donde pueden campar a sus anchas. En la calle es otra cosa. En la calle ni pisar un charco, no fuera que se le embarrasen los zapatos y se le echasen a perder las perneras de los pantalones. De manera que habría

contratado a un matón para hacerlo por él, la mitad del dinero ahora y la otra mitad al acabar el trabajo. Le habría pagado para que esperase a la mujer en un zaguán oscuro, en una callejuela. Le habría informado del itinerario que iba a seguir Diana esa noche. Le habría dado su descripción exacta, no fuera que se equivocase de víctima y la liáramos. Y le habría obligado a cerciorarse de que estaba bien muerta sobre el empedrado, ¿estamos? Nada de dos o tres navajazos, ¿eh?, que luego pasaba algún listillo por allí con nociones de primeros auxilios y le daba por practicarle un torniquete, un boca a boca de andar por casa, y llamar a la ambulancia a tiempo de que la salvaran. Tenía que matarla de verdad, ¿estamos? Por eso, amigo, las veinte puñaladas. Y asegurarse de que no la encontraran hasta el día siguiente para poder denunciar su desaparición, para acudir, lloroso, a hacer la pantomima en la comisaría, mi mujer jamás había hecho una cosa así, desaparecer sin avisar, estamos locos o qué, los niños eran su vida, algo ha tenido que ocurrirle. Por eso, amigo, lo de los cartones. Y tenía que parecer un robo, ¿se entera? Que todas las pistas les llevaran a los investigadores a un drogadicto o a un ratero de poca monta, que lo alejasen de él, el pobre viudo destrozado. Por eso, amigo, lo del monedero. No había duda.

¿Qué ibas a hacer ahora con toda esa retahíla de presentimientos? ¿Ir a la policía? ¿Tú? ¿Después de las desavenencias que habías mostrado siempre con de la Fe? ¿Después del encontronazo en mitad del funeral? ¿Quién iba a creerte? ¿Quién iba a creer, además, en la palabra de un chalado que llevaba cinco días con sus noches en un tanatorio? Las risas se oirían hasta en Pernambuco. Todo eso sin contar con que Julián ya habría previsto cualquier imponderable. Tendría la huida más que ensayada. Y conocía hasta el último vericuetos de la ley. No. No podías hacer nada. Tú no. Pero sí alguien que conocías.

Estabas convencido de que a Macarena aquello iba a acabar de rematarla. Ya te veía como un desquiciado para que encima te dedicaras a jugar al escondite con un asesino. Así que resolviste no contarle nada, mejor no meterla en más embolados. Después de pasar por el baño (a lavarte la cara, a adecentarte el cabello, a cambiarte de camisa, a abetunarte los zapatos con una toalla húmeda de papel; todo con tal de que el guardia no te tomara por mendigo y te botara a la calle), te dirigiste a la recepción. Le pediste al conserje de Santa Catalina papel y lápiz. Y te lanzaste a buscar la aguja de un nombre en el pajar de un listín telefónico. Al principio pensaste en lo dificultoso de la operación, habida cuenta de lo escurridizo que solía ser el tipo que buscabas. Pero, cuando llegaste a la página ciento treinta, sonreíste. El suyo era un apellido poco común. Y había tan sólo siete posibilidades. Como los pecados capitales. Así que anotaste los siete números y le devolviste el listín al recepcionista.

En el vestíbulo había sólo una cabina. Y estaba, más que ocupada, llena hasta rebosar por una señora inmensa y enlutada a quien reconociste presto. Era la misma que había intentado un par de horas antes rescatar de la muerte (o matar, según se mire) al bueno de Francisco Expósito. Por lo oído, andaba explicándole a alguien al otro lado de la línea cómo funcionaba la nueva secadora. Cuando acabó de dar sus

instrucciones, la ayudaste a colgar bien el teléfono, que no se sostenía en su estructura por más que la señora se empeñaba en encajarlo. La doña te sonrió, vale más maña que fuerza, m'ijo. Y tú la disculpaste, es que estos aparatos a veces se rebelan.

Una vez que estuviste solo, sin moros en la costa, comenzaste a marcar en orden inverso, a ver qué ocurría. Y resultó que te hubiera dado lo mismo empezar por el principio porque a la cuarta estaba la vencida. Sí. Lo intentaste con la pereza, la envidia y la gula y erraste las tres veces. Y fue la ira, qué cosas, la que vino en tu ayuda. El teléfono sonó tres, cuatro, cinco veces y, cuando ya te habías resignado a que saltara un contestador (o, lo que era lo mismo, a colgar y probar con la lujuria, que siempre solía dar curiosos resultados), una voz masculina y áspera te saludó, sí, ¿dígame? Le explicaste a esa voz, lo mismo que a las otras, que buscabas a Conrado Piernavieja. Y el hombre respondió que así se llamaba su hijo pero que no vivía allí, ¿para qué andaba buscándolo? La muerte de Diana y una supuesta reunión de amigos para rendirle homenaje bastaron y sobraron como coartada. No sabía la noticia. Hacía varios días que su hijo no paraba por casa. Sonaba, de veras, afectado. Era verdad que conocía poco a Diana, solo la había visto un par de veces a lo sumo. Pero le pareció desde el primer momento una chica agradable y fina. Agradable y fina. Tu madre no la hubiera definido mejor. Pero el hombre fue más lejos. Admitió que había albergado la ilusión de que aquella amistad con Diana fraguara. Le hubiera gustado ver a su único hijo casado con una mujer de verdad, con hechuras de madre y esposa. Pero había cosas que uno no podía cambiar. Y Conrado era una de esas cosas. Concluiste la conferencia, además de con el número que buscabas, con una sensación ambigua en la boca. Tal y como había hablado su padre, Conrado podía pasar tanto por homosexual como por un tenorio tarambana y, si te apuraban, por las dos cosas a la vez. Lo único cierto es que el viejo se sentía considerablemente decepcionado con su hijo, razón más que suficiente para que te cayera bien. Necesitabas ese empujón de aliento para afrontar el siguiente paso, que no era otro que acojonar a Piernavieja.

Hubieras reconocido aquella voz entre un millón. Seguía siendo insolente y antipática. La voz de un tipo cabreado con el mundo. Alguien capaz de rezar para que sus amigos olvidaran la fecha de su cumpleaños a fin de recriminarles, luego, el olvido. Pero la voz, más que la cara, es el reflejo del alma. Y su alma antojadiza y pusilánime se le quebró no bien comenzaste a explicarle para qué lo molestabas, después de tantos años sin querer saber nada de él. Y de reprocharte el olvido de los últimos diez cumpleaños pasó a interesarse por tu vida actual, ¿en qué trabajas?, ¿te casaste?, ¿hijos? Tú explotaste esa grieta para lanzarle un puyazo a su temple. Lo habías echado mucho de menos en el funeral de Diana. Ah, ¿que llevaba tiempo sin verla y no se había enterado? ¿Qué cosas, no? Acababas de conocer a alguien que juraba que, justo al día siguiente, Diana iba a entrevistarse con un tal Conrado Piernavieja para alquilarle un apartamento. Ah, ¿que no podía recordar todas sus citas y necesitaba consultar la agenda? ¿Qué curioso, verdad? Recién habías mantenido

una larga charla con un señor que afirmaba que su hijo Conrado le había presentado, en repetidas ocasiones y con gran entusiasmo, a Diana Arbelo. Tú no podías hablar por todo el mundo, pero uno no le presenta una chica así a sus padres y luego necesita agendas para recordar que está citado con ella. Ah, ¿que con quien estaba citado era con el muchacho joven? ¿Qué extraño, no? Tú no habías mencionado que fuera un muchacho joven pero sí, lo era; un joven que, además, aseguraba que la decisión de alquilar el apartamento había sido de Diana. Tú no eras un experto en analizar la conducta humana, pero nadie toma una decisión de ese trascendencia, la de separarse de su marido e irse a vivir con otro al apartamento de un amigo, sin contar previamente con ese amigo, ¿no?

Piernavieja comenzó a flaquear. A alternar silencios prolongados con toscos balbuceos. Lo imaginaste sudando, con la mirada blanca y la conciencia negra, con las rodillas lacias. Era una emoción lógica, ¿verdad? Tú no te habías visto jamás en una situación tan fea como aquella, Dios no lo quisiera, pero también estarías cagadito de miedo de que ese muchacho joven fuera a la policía a contarle lo que sabía del caso Arbelo. No. Tú no sabías cómo reaccionarías en una circunstancia así, pero si te dieran a elegir te presentarías ya mismo en la comisaría a contar lo ocurrido antes de que se enterasen por otro. Tú no estabas en su pellejo, Dios te amparara, pero sin duda no podrías volver a dormir nunca más ante la idea de que, en cualquier momento, en mitad de la noche, pudieran tocar a tu puerta con una orden de detención. ¿Lo estabas amenazando? Ni hablar. ¿Cómo podía Conrado pensar eso? Tú no serías capaz de una cosa semejante. No. Simplemente querías asegurarte, como amigo que eras, de que iba a hacer lo correcto. Asegurarte de que iba a decirle toda la verdad a la policía. ¿Y cuál era la verdad? Ah, caramba, eso sí que es un hueso duro de roer. Hay tantas verdades y tan variadas. Pero, si te dieran a elegir de nuevo, elegirías la verdad más simple. La verdad verdadera. ¿Un ejemplo? Pues por ejemplo que Piernavieja, después de conocer que Diana y su amante pensaban irse a vivir juntos, se había visto en una encrucijada y no había podido mantener el secreto profesional. Ah, ¿que no existe secreto profesional en los caseros? Mejor para Conrado, un delito que nadie podría imputarle. Claro. Nadie podría censurarle que se hubiera dejado llevar por la lealtad a un amigo, a un socio, a un hermano como Julián de la Fe. Ah, ¿que tampoco eran tan amigos? Mejor para Conrado, un motivo menos para que sospecharan.

El caso, entonces, es que por hache o por be (porque conocía su carácter furibundo y terco, porque no quería jaleos con alguien que se ganaba la vida pleiteando), a Conrado le entró miedo y decidió contarle a Julián que su mujer se había presentado unos días antes con la peregrina idea de alquilarle un apartamento. Ah, ¿que no había sido exactamente así? Bueno, hombre, tú tampoco ibas a entrar en detalles. Y estabas convencido de que Conrado Piernavieja no era un cotilla. A ciencia cierta habría coincidido con de la Fe en una reunión de negocios, unos días más tarde de ver a Diana, y habría pecado de ingenuo y le habría preguntado qué era

eso de mudarse de casa con el chalet tan magnífico que tenían ellos en el campo. Seguramente, por la cara que le habría puesto el otro, Conrado habría comprendido enseguida tres cosas: una, que el abogado no sabía de la misa la media sobre ese asunto; dos, que no pensaba mudarse a ningún apartamento; y tres, que él, Conrado, calladito hubiera estado mucho, pero que mucho más guapo. En cualquier caso a uno no lo pueden enchironar por miedoso, leal o deslenguado.

Ah, ¿que Conrado no sabía a qué esa insistencia tuya en hablar de policías y detenciones? Bueno, hombre, tú creías en el azar como el que más. Pero te resultaba en exceso azaroso que, a los pocos días de esa reunión de negocios, Diana Arbelo hubiera aparecido muerta en un callejón con veinte puñaladas en el cuerpo. Ah, ¿que Conrado desconocía ese dato? Pues a lo mejor convenía que se hiciera el sueco si le preguntaban, pero era la puritita realidad y la policía andaba escamada porque, vale que la asaltara un drogadicto para robarle el bolso, pero ese ensañamiento parecía excesivo. Sí. Andaban escamados y buscando como locos otra pista más rentable. Y tú no habías intimado mucho con el amante de Diana, pero te daba en la nariz que el muchacho no iba a aguantar la presión y, más temprano que tarde, les iba a servir esa pista en bandeja de plata y con guarnición.

Tras un silencio interminable, tanto que llegaste a creer que te había colgado el teléfono, el hombre hizo un último intento por guarecerse de la que le estaba cayendo, si tan claro lo tienes, amigo mío, ¿por qué no vas tú con el cuento a la policía? Y se habría quedado frío de haber podido ver tu sonrisa pétrea, tu sonrisa de Brando con mofletes de goma espuma, tu sonrisa de voy a hacerle una proposición que no va a poder usted rechazar, que te nació de las mismas entrañas, tan aburrido te tenía ya aquella farsa, al abrigo de la cabina azul del tanatorio. Por supuesto que pensabas ir. Que no lo dudara ni por un segundo. Aún no podías. Estabas en Santa Catalina velando a un familiar. Sí. Pero desde que lo enterraras, desde que el fraile cubano soltara el último verso de su responso, irías derecho y por la sombra con el cuento al comisario. Ocurría, sin embargo, que no te gustaba hacer las cosas a la zorruna y habías pensado que Conrado debería estar al tanto de tu decisión por si le parecía oportuno adelantarse. Y no debía olvidar que, entre tu versión y la de Ernesto Quiroga, ¿quién?, Ernesto Quiroga, el amante de Diana, ése, pues entre las dos versiones la poli podía hacerse una composición no sólo de lugar sino de tiempo, de causa y hasta de consecuencias de todo lo ocurrido. Y, luego, sería cuestión de horas que fueran a por Julián de la Fe y, siguiendo las migas de pan, a por Piernavieja, que se las vería putas para explicar dos cosas, ¿sólo dos?, sí, dos, pero muy gordas: la primera, qué relación había entre la famosa reunión en la que Conrado se había ido de la lengua y la muerte de Diana Arbelo; y la segunda, si nada tenía que esconder él en aquel asunto tan farragoso, por qué no había ido antes a declarar.

Porque, claro: a cojón visto, macho seguro.

Y, si Conrado aparecía por allí tras tantas revelaciones sueltas, le costaría un triunfo convencerlos de que no estaba en el ajo desde el principio, habida cuenta de

su amistad y sus turbios negocios con de la Fe. Por cierto, ¿dónde estaba la noche que mataron a Diana? Ah, ¿que se encontraba medio resfriado y había decidido resguardarse en cama? ¿Que nadie podía corroborarlo porque vivía solo? ¿Que no había recibido visitas? ¿Ni una mísera llamada telefónica? ¿Ni siquiera había visto alguno de esos programas cutres de la tele que pudiera servirle de refugio? Pues tú no eras especialista en juicios, que eso se lo dejabas a gente como Julián de la Fe que seguro habría previsto ese detalle para salvar el culo, pero no le augurabas una buena jornada ante el juez con esa porquería de coartada. Y esa vez sí. El silencio prolongadísimo en la línea significaba que la conversación había concluido. O la batería del móvil o Conrado Piernavieja se habían desmayado. Y tú estuviste convencido de que, antes de que acabara el día, los investigadores del crimen de Diana Arbelo recibirían una magnífica noticia.

No sabías bien por qué pero, lejos de quedarte satisfecho, aquella conversación con Piernavieja te había sumido en una incómoda languidez. Lo atribuiste a los días de malcomer, maldormir y malvivir que llevabas acumulados entre pecho y espalda. Para colmo había comenzado a llover a cántaros. Una lluvia rabiosa y atropellada de verano que sólo auguraba más calor. El ruido del chapoteo sobre los adoquines casi te hipnotizó. Despacio, como un zombi, anduviste el tramo de la cabina a la entrada del tanatorio y te quedaste allí, de pie, como alelado, contemplando el milagro de la lluvia. Mientras, la puerta automática se abría y se cerraba una y otra vez con un ruido metálico que, en otras circunstancias, te hubiera dado dentera. Hay quien dice que el fuego seduce al entendimiento. Que te impulsa a observarlo hasta que se te secan los ojos de no parpadear. A ti te ocurría eso con la lluvia. Desde chico. Podías pasarte horas ante una ventana con la mirada fija en el repiqueteo del agua. Horas, siguiéndole el rastro hacia los sumideros, tu pensamiento al paio del rocío. Horas, atrapado en aquella visión. Hasta que Maruca Bermúdez te venía a salvar con la merienda: un bocadillo de jamón holandés y una pasta de chocolate del duro. Esa vez fue Macarena quien llegó al rescate, oye, o sales o entras, que me vas a jeringar la puerta corredera. De un modo instintivo, como hacías con tu madre, abrazaste a la Velasco y le agradeciste el pan con chocolate. Ella arrugó las cejas, ¿estás bien? Y tú, con la sonrisa grande, ahora sí.

Su proposición era extremadamente tentadora.

Te gustaba el pescado al horno. Te gustaba el vino blanco seco. Te gustaba Macarena. Te gustaba la idea de salir, aunque fuera por unas horas, de Santa Catalina. Y seguro te gustaría el sofá de rayas nuevo de su salón. Y la cordillera de libros de su biblioteca. Y el espejo cuadrado y sin heridas de su baño. Y el olor a jazmín de su alcoba. Y la tibieza de sus sábanas de hilo. Pero no podías. Ella te miró con decepción, joder, no puedes, no puedes, venga ya, primero que si tu tía no tiene quien la vele; luego, que si el asesinato de tu amiga Diana; después que si es domingo y no

sé qué manía tienes tú con los domingos; y, ahora, que ya es lunes, ¿qué me vas a contar?, ¿que te da pánico la lluvia?; dime la verdad, ¿tú quieres salir de aquí algún día?; ¿eh?, no, no me prometas nada, me conozco tus promesas; sí, ya sé que no es culpa tuya que se te mueran todos a la vez pero a tus hermanos también y mira cómo han dormido cada uno en su cama, en su casa, con su familia. No podías pretender que te entendiese. Ni tú mismo lo entendías. Lo único que sabías era que había que esperar a Eduardo Ojeda. Velarlo. Enterrarlo. Y rezar. Para que Macarena olvidara el lugar y el momento en que te había conocido. Para que el verano pasase volando. Para que se te acabaran los muertos.

La mirada de Macarena era como la lluvia: anuncio de bochorno. Y, como la lluvia, también escampó pronto. Un atisbo de sonrisa reluciente se interpuso entre su enfado y tu culpa. Y a ti te extrañó. No te explicabas qué había podido ver en ti una mujer como ella. Te extrañó tanto, sí, que debiste de poner una cara tontísima porque, de pronto, la Velasco estalló en una risa estrepitosa, la risa que llevaba atrabancada en la garganta desde el desayuno, desde que se gozó tu espectáculo como maestro de ceremonias en el funeral de Grimón. Al menos tendrías hambre, ¿verdad? Y no iba contra tu religión salir a comer algo donde el sevillano de las setas y también de las zetas salteadas. Y no te molestaría mojarte un poco hasta llegar al restaurante. ¿Sabías que eran las cuatro de la tarde? No. Eso no. Le enseñaste el difunto reloj a la Velasco para demostrarle que el tiempo se había desdibujado para ti, que sólo eras capaz de reconocer el día y la noche y un trocito de tarde por el sol columpiándose entre los tejados de enfrente. Y todo, desde que la conocías.

Le agradeciste su risa contagiosa, su invitación a comer, su conversación intrascendente y viva, después de tanto infortunio y tanta queja. Te habló, como si de un título de serie americana se tratase, de las mujeres y el sexo. De sus mejores amigas: Cloe y Nuria. De las cenas indiscretas en su casa los viernes. De los disparates que eran capaces de decir tres chicas, sentadas en la alfombra de su salón, en una sobremesa animada con oporto añejo. ¿Siempre oporto? Sí, desde que descubrieron su poder estimulante y que en una licorería cercana a la casa de Cloe lo vendían a cinco euros y medio. ¿Siempre en viernes? Sí. Cada vez le tocaba a una preparar el menú. ¿Siempre en su casa? Sí. Cloe vivía con sus padres y Nuria en el convento. ¿En el convento de las Carmelitas? Sí. Es que es un poco monja. ¿Cómo se puede ser un poco monja? Chico, si la conocieras, lo entenderías.

El último viernes, por tu culpa, se había suspendido la velada. Le tocaba a Macarena y las había llamado para excusarse porque había conocido a un tipo curioso que tenía la manía de coleccionar cadáveres. Así te llamaban: «el coleccionista de cadáveres». ¿Sabía Macarena que no tenía gracia? Lo sabía. Pero tenías que entenderlo. Eran cosas de Nuria. Ya te había advertido de que era una monja diferente, con un sentido del humor especial. O al revés, si te gustaba más. Pues se había suspendido y, al siguiente viernes, Macarena tendría que redimirse con una cena extraordinaria. Una mariscada. Como lo estabas oyendo. La única regla de la

cofradía de los viernes: si fallabas, tenías que rascarte el bolsillo. Pero se lo pasaban tan bien que valía la pena.

Cloe era la más joven. Sólo dos años pero se le notaba en la forma de ser. ¿Cuánto era eso? Ah, no. Macarena no iba a caer en una trampa tan burda. Tú lo que querías era averiguar su edad. Mira qué listo. No. Te bastaba con saber que Cloe tenía dos años menos que ella y punto. Y que, tal vez por eso, a cada rato encontraba *el amor de su vida*. En el gimnasio. En el trabajo. En el supermercado. Sí. También ahí. Parece que es un lugar oportuno para encontrar varios amores de tu vida al año. Su estrategia era dejarse querer, jugar para el pie, esperar a que el otro la mirara, aunque fuera un segundo. Y entonces iniciaba un ritual de apareamiento que pasaba siempre por dejar caer algo al suelo: la toalla, la carpeta, una lata de atún misma servía para sus propósitos. La dejaba caer. Se lamentaba de su torpeza. Se agachaba a recogerla. Y el canalillo de su escote hacía el resto. Porque Cloe no era una mujer lo que se dice guapa, no. Pero Macarena no conocía a nadie en el mundo que sacase tanto provecho de sus facultades. Y su mejor facultad era un escote que difícilmente pasaba desapercibido. ¿Un escote o unas tetas? Hombre, las dos cosas. Pero más el escote porque, ahora, los sujetadores (ella no sabía si tú sabías) obraban verdaderos milagros. Que no te cupiera duda. Auténticas obras de ingeniería. Los sujetadores desafiaban como nada las leyes de la física. Ríete del puente de San Francisco. El resto de la historia te la podías imaginar.

Lo que no podías imaginarte era que, a la mañana siguiente de haber disfrutado de su conquista, Cloe llamara a Macarena y a Nuria para contarle todo. ¿Todo de todo? Con pelos y señales, y nunca mejor dicho. Menudo ingenuo que eras. Habías de saber que las mujeres, en materia sexual, no tienen secretos entre ellas. Y Macarena a este respecto tenía una teoría: la de que los hombres aprenden lo del sexo gracias a las películas, o a las revistas, o a los consejos de sus hermanos mayores. Pero a las mujeres no les gustan las películas, las revistas (a excepción quizás de *Cosmopolitan*, a la que las tres, incluida Nuria, eran muy aficionadas) tratan el sexo como si fuese una enfermedad mental y, desde luego, a ellas les está vedado hablar de sexo con sus padres o sus hermanos mayores. De manera que la única forma de aprender es compartiendo la información. ¿En la cena de los viernes? En la cena de los viernes, ¿dónde mejor? Llevaban más de cinco años reuniéndose y el aprendizaje era, como solían decir los maestros, muy significativo. ¿Cinco años? ¿Y en ese tiempo ninguna se había rajado? ¿Ninguna se había echado un noviete que se pusiera farruco y reclamara la parte del león, la noche de los viernes para sí mismo? Jamás. Nuria no podía echarse novios por su condición. Cloe no quería por su carácter. Y Macarena no sabía por su trabajo. Así que la cena de los viernes prometía perdurar, allí, en su casa, hasta que tuvieran edad de trasladarla a un asilo.

Y claro que había grados de indiscreción.

Cada una era un mundo. Y Cloe un sistema solar. Sus llamadas eran antológicas, chicas, chicas, chicas, menudo pedazo de hombre bien armado, jamás vi tranca igual.

Sólo que lo decía tantas veces que Nuria y Macarena no la dejaban acabar el chicas, chicas, chicas... y le coreaban a dúo, imitando su cantinela, lo de menuuudo pedaaazo de hombre bien armado, jamás vi traaaanca igual. Y podías pensar que Cloe sólo iba con hombres bien dotados, pero no era así. Eso es como el rasca, rasca: tú pones mucha ilusión pero te puede salir cualquier cosa, la mayoría de las veces se te ríe en la cara, gracias por jugar, otra vez será, siga intentándolo. No. Los coleccionaba de distinto tipo y hasta les daba nombre: el *lápiz*, afilado y punzante; el *churro*, tan cambado que, para que entrara, había que hacer una postura de yoga; y *speedy* González, que se corría antes de que pudieses pestañear; y el *torpón*, que no sabía cómo usarla; y el *maniático*, al que no se le levantaba si no te veía hacer el pino puente vestida de niña de las teresianas.

Y, antes de que Macarena continuara con la relación, a ti te entró un poco la risa y un algo el asombro y un mucho, a qué negarlo, la duda. Y te sobresaltó una pregunta que, por pudor, no te atreviste a formularle a la Velasco, pero que ella andaba esperando desde que comenzó a detallarte las andanzas del club de los viernes. Y, enarbolando el tenedor con una seta trinchada, te confesó, a ver, profesor, en serio, yo no soy Cloe, no tengo tanta soltura; y no, aún no he tenido tiempo de hablar con las niñas, prefiero esperar a tenerlas delante, el viernes en la mariscada; ¿qué les voy a contar?, sí, hombre, a ti te lo voy a decir, que luego te me subes a la parra y te crees el rey del mambo; ¿eso significa que es bueno lo que tengo que contarles?, no, eso significa que les diré la verdad, yo no miento; la verdad pura y dura: ni lápiz ni churro; ni rápido ni torpe; ni grande ni pequeña... el tamaño ideal, el tiempo justo, la cadencia precisa, eso debe de darlo la edad, que menudo cafre has tenido tú que ser; y lo que más me ha llamado la atención (algo tengo que darles de carnaza porque, si no, me van a estar dando la tabarra con que nunca cuento nada) es que no paras de hablar mientras lo hacemos; tengo que preguntarle a Cloe, que es la experta, pero eso no es muy usual; los tíos van a lo suyo y, como mucho, lanzan un bufido cuando se corren; sin embargo, tú no, tú narras la jugada de una forma muy graciosa y eso lo hace más placentero y más fácil, en especial más fácil porque no te vayas a creer que yo soy de las que me acuesto con el primero que pasa, lo nuestro ha sido insólito, hace una semana alguien me dice que iba a liarme con un cliente en el baño y en la trastienda del tanatorio y lo hubiera corrido a bofetadas por ordinario; pero aquí estamos, ¿no?, y yo tampoco sé bien por qué: quizás para que tú venzas a la tristeza y yo a la soledad...

«No hay mejor medio de familiarizarse con la muerte que aliarla a una idea libertina». *Justine o los infortunios de la virtud*. Donatien Alphonse François, marqués de Sade. Allá por mil setecientos noventa o noventa y uno. No tenías intención de dar una clase magistral. No querías que ella se figurase que eras un estúpido engreído. Simplemente te vino a la cabeza aquella cita. Mientras la observabas cómo hería el aire con su tenedor. Mientras su perfume de nogal se mezclaba con el buqué del vino. Mientras la escuchabas hablar, con su naturalidad de

sepulturera, de sexo y soledad, sexo y tristeza, sexo y muerte. Te vinieron a la mente Eros y Tánatos, la vieja sociedad. Cada uno jodiendo a su manera. Cada loco con su tema. Pero juntos. Para que el trago amargo de la muerte se pasase mejor. Como las inyecciones. ¿Que qué tienen que ver las inyecciones con lo que estaban hablando? Bastante. Cuando eras chico, cuando no levantabas más de un palmo, había un practicante cabrón que te hostigaba, con la venia de Maruca Bermúdez, y te tenía amargado. ¿Había notado las marcas de guerra Macarena? Era difícil no notar las hendiduras abruptas y rizadas que te adornaban el culo, los muslos, los brazos. Las tenías de todas las formas y tamaños, como las cucas de los amantes de Cloe.

Era otra época. Ahora vas a los centros de salud. Ya ni te pinchan, casi te anestesian antes. Cuando tú eras pequeño venía el diablo a tu casa. El diablo era *Mr. Robinson*, un inglés pequeño y huesudo, con la piel mohosa y un olor rancio de bebedor de coñac. Traía un maletín negro de cuero, con hebilla dorada y sus iniciales P. R. en el lomo. La P. de Peter o de Paul o de Preston, ¿quién sabe el nombre que toma el diablo cuando se encarna en practicante? Y, dentro del maletín, en una cajita metálica y glacial que sonaba a alcancía, lo que para ti eran abominables instrumentos de tortura. Sus agujas, que quemaba con alcohol en un cenicerito de latón. Sus jeringuillas casi opacas. Sus fórceps. Sus tenazas. Y una pera descolorida y rugosa para el estreñimiento o, lo que era lo mismo, para siempre que venía porque cada vez que intuías (y había una señal dulce e inequívoca) que *Mr. Robinson* te iría a visitar se te cerraba el estómago a cal y canto. Y entonces te esperaba la puñetera pera. ¿Cómo funcionaba? Ahí tenía que perdonarte la Velasco pero estaban comiendo y era algo muy desagradable. Ah, ¿que no le importaba? ¿Que no era melindrosa? ¿Que con oficios como el suyo vayan al carajo los escrúpulos? Pues vale, ¿por dónde ibas? Por la puñetera pera. Pues la pera la llenaban de agua tibia y sal y te la metían por donde más humillaba y vaciaban el líquido dentro de tu cuerpito de niño de ochos años y el *tsunami* que se producía en tus intestinos te provocaba un estropicio tal que te tenía tres días con querencia de retrete. ¿Macarena había oído aquello de que todo lo que sube baja? Pues tú estabas en condiciones de asegurarle también que todo lo que entra sale. Y vaya que si sale. Que se lo preguntaran, si no, al niño de ocho años.

Pero como no hay mal que por bien no venga, según el principio de Maruca Bermúdez, aquel tiempo podía ser muy provechoso para ponerse al día en la lectura. Porque a ti, desde siempre, te gustó leer en el baño. Y no sabía Macarena ni nadie la cantidad de libros que leías en las setenta y dos horas posteriores a la visita del diablo Robinson. El niño de ocho años, bien es cierto, se torturaba pensando qué opinarían Verne, Salgari o Defoe de aquella práctica literario escatológica. Sin embargo, su madre aplacaba sus temores explicándole, desde detrás de la puerta del baño, que no fuera bobo, que a éstos lo único que les interesaba era que los leyeran, que les daba igual que lo hicieras en la cama, en el sofá orejero del salón o en el retrete, que los leyeran era lo importante. Y allí cayeron, junto a tus deposiciones, que Macarena te perdonara por imagen tan explícita pero era la única que se te ocurría, cayeron,

decías, *La isla del tesoro*, *Los tigres de Mompracem*, *El conde de Montecristo* y *Gulliver* y *Nemo* y *Sandokan*.

La risa de Macarena Velasco, ya lo habías dicho, era un soplo tan refrescante que, por primera vez en tu vida, el recuerdo de las dichas inyecciones del diablo Robinson no te mortificó. Por cierto, ¿a qué venía lo de las inyecciones? Ah, sí. A lo de sobrellevar el trago amargo de la muerte a base de sexo. Pues el sexo, para un niño de ocho años, venía en tabletas. Y era duro como la piedra. Y negro como el carbón. Porque a Maruca Bermúdez no se le ocurría nada mejor para hacerte más llevadero el suplicio de las inyecciones que darte una ración extra de chocolate. Algo parecido a un soborno que funcionó tan solo las dos o tres primeras veces. Hasta que tu cabecita de niño de ocho años, de niño lector de Dumas y de Stevenson, comenzó a atar cabos, a asociar el dulce del chocolate negro con el amargo de las inyecciones y la jodida lavativa, y a la porra el soborno, porque pronto empezaste a confundir sabores y, en vez de atemperarse el avinagramiento de la aguja como pretendía tu madre, fue el chocolate el que se te volvió pura hiel, y le tuviste que decir a Maruca Bermúdez que dejara de sobornarte porque le estabas cogiendo ya manía a ella y al chocolate, y que no podías soportar más el beso dulce de Judas, y que preferías la traición sin enmascarar, preferías no saber qué tarde vendría el practicante felón a taladrarte el culo de niño de ocho años, preferías limitarte a verlo aparecer con su maletín negro de torturador, con su olor fétido de bebedor de coñac, con su sonrisa hipócrita de diablo cabrón y sus jeringuillas y su pera.

¿Cuánto duró aquello? Demasiado para tu gusto. Duró hasta que el niño agarró valor suficiente para enfrentarse a *Mr. Robinson*. Hasta que el niño comprendió que, de pronto, se había vuelto tan grande como él y podía mirarlo a los ojos sin alongarse de puntillas. Hasta que el niño memorizó la rutina del practicante y le buscó las fisuras a sus movimientos. Hasta que se dio cuenta de que había cuatro segundos perdidos entre que el hombre encajaba la aguja en la jeringa, la levantaba en el aire y empujaba la cazoleta hasta ver salir una gotita minúscula de la solución. Y duró, en definitiva, hasta la tarde en que el niño aprovechó esos cuatro segundos sueltos para confiscarle el arma al diablo y clavársela en el muslo y retorcerla con saña y gritarle, a ver si te da gusto, hijo de la gran puta. ¿Se lo dijiste? Con todas las letras. ¿Y qué pasó luego? Luego, aparte de la tollina que te dio Agustín Cabrera por haberlos dejado a todos sin practicante, pasó poco más: con Maruca Bermúdez hiciste las paces pronto, no en vano a una madre se le perdona todo; con el chocolate, algo más tarde, en la época de universidad, cuando descubriste que salía más barato que cualquier otro placer. Y con *Mr. Robinson*, nunca. El pobre hombre había muerto hacía diez años o así, de una cirrosis predecible. Y no pudiste reprimir una sonrisa nada hipócrita y sí muy sincera y, por qué no reconocerlo, un poco triste al leer su esquela en el periódico.

El pelo de Macarena era cobrizo, rizado, transparente. La tarde empezaba a deshilacharse sobre la cresta de las azoteas y la luz colorada se colaba por entre sus

rizos, dejando un rastro damasquinado sobre el mantel. Ella jugaba a taponar con la mano el reflejo luminoso de aquel arabesco, mientras los restos de su risa se desparramaban por el salón del restaurante. Y tú aprovechaste para reclamar sus dedos finos, que pronto se convirtieron en noray de los tuyos. Como para alargar aquel momento de felicidad, le pediste que te siguiera contando sobre la cena de los viernes. ¿Qué más querías saber? Querías saberlo todo, con tal de que el tiempo no transcurriese. Así que podía empezar, sin ir más lejos, por hablarte de su amiga «un poco monja». Se llamaba Nuria Toledo. Y era una de las personas más íntegras y cultas que Macarena había conocido. ¿Íntegra en qué sentido? En el sentido de que tenía unas convicciones sin dobleces, pero admitía y respetaba la forma de ser y de actuar de los demás. En el sentido de que podías hablarle de cualquier cosa, por íntima y descarada y reprochable que fuera, con el convencimiento de que te iba a escuchar hasta el final y jamás te juzgaría. Nuria era de la opinión que a los amigos se les reconoce por sus virtudes, pero se les quiere por sus defectos. Y cuanto más defectos tenían Cloe o Macarena (o tú mismo si la llegaras a conocer algún día), tanto más queridas se sentían junto a ella.

Era monja. De las de amar al prójimo como a ti mismo. De las de leer la Biblia para hallar la respuesta a casi todo. De las de hábito color café con leche. Monja de verdad. Pero no una meapilas. Ni una ilusa. Ni una casta doncella. Por ejemplo, se la llevaban todos los demonios cuando salía a colación el asunto de la clausura. La oración para ella era un modo de reflexionar sobre la vida, no un modo de vivirla. Le costaba entender a sus hermanas enclaustradas, alejadas del mundo cuando había tanto que hacer en la calle. Y no las censuraba a ellas, ya te había dicho Macarena que Nuria no era así. Censuraba al sistema. ¿A la Santa Madre Iglesia? Sí, ¿por qué no? A Nuria no se le caían los anillos si tenía que reconocer los errores de una Iglesia que, aunque de inspiración divina, estaba constituida y gobernada por hombres. Y aquí Nuria no se refería a hombres en su acepción de raza humana, qué va. Hablaba de hombres. De tíos. ¿Era feminista, revolucionaria, partidaria de la teología de la liberación?

Prefería creer que era humanista. A Nuria lo que le gustaba era la gente. Su olor. Su dolor. Sus quebrantos. Sí. Sabía que sonaba a bolero, pero es que así era ella: una monja con alma de bolero. Odiaba los claustros y también los colegios selectos y exquisitos. Por eso se negó a aceptar un puesto en una de las escuelas de la orden como profesora de religión. No podías imaginar de qué forma esa decisión contrarió a sus superiores, pero no se había hecho monja para pasarse el resto de su vida explicando la santísima trinidad. Entonces, le recordaron, de un modo nada sutil, que la otra opción era la de las misiones en el culo del mundo: las afueras de Quito, los arrabales de Bogotá, los suburbios de Lima o Caracas o Asunción. ¿Y dónde estaba el problema si ése era el cometido que había anhelado desde novicia? Debieron de verla tan contenta que pensaron que un castigo así era como tener un tío en Granada, que ni tienes tío ni tienes nada, y decidieron esperar hasta encontrarle un acomodo mejor

(más cabrón, querían decir) a la monja rebelde. Lo que no sabían las superiores era que Nuria tenía contactos en las alturas. ¿En el cielo? No tanto. Digamos que entre el despacho de la madre abadesa y el de San Pedro. En el mismo corazón del obispado. Porque en aquella época había en la sede un obispo guapetón y gozador al que le gustaba rodearse de monjas jóvenes y bonitas. ¿Nuria era bonita? La más bonita de las tres, sin duda. Que no te confundiera lo del convento. Y cuando se quitaba ese hábito horroroso y se arreglaba el pelo era la Biblia en verso.

Lo del obispo no pasaba de ser una manía. Monseñor jamás se sobrepasó con ella ni con nadie que ella supiera. Era simplemente que le gustaban la belleza y la juventud tanto como un *whisky* de malta o un buen puro. Un vividor, vamos. Pero inofensivo. Con Nuria tenía buena tecla porque, además de joven y bonita, venía de tierra tabaquera y le conseguía unos vegueros estupendos por mediación de su abuelo, también fumador. Y, entre una cosa y otra, a la monja no le costó mucho persuadir a Monseñor de que la enviara a su tierra. Convencerlo de que no hacía falta irse al culo del mundo para hallar gente necesitada. Hablarle de unas costas a las que, semana sí, semana no, llegaban tres o cuatro barcas desvencijadas con pobres dejados de la mano de Dios. Y asegurarle que, una vez allí, a Nuria le sería más fácil enviarle al obispo, religiosa y mensualmente, una remesa de puros frescos. Nunca supo ni quiso averiguar cuál de sus razonamientos sedujo más a Monseñor. Pero a los quince días la madre abadesa se tuvo que morder la rabia cuando le entregó a Nuria Toledo su destino a las islas, firmado y sellado por el señor obispo.

Tú no pretendías ser más atrevido de lo indispensable pero, a tu juicio, para aquel viaje no se necesitaban las alforjas de cinco años de noviciado. Cada vez que la marea arrastraba a la playa un cayuco africano había un retén de voluntarios prestos a ayudar. Y ninguno de ellos tenía que renunciar a una vida en familia, a unos amigos, a una novia. ¿Y quién te decía a ti que Nuria Toledo había renunciado a todas esas cosas? ¿Tan moderna era la monja? Depende de lo que tú entendieras por moderna. Por lo pronto, la familia de Nuria seguía viviendo en el pueblo, a media hora de coche, y ella los visitaba una vez por semana igual que cualquier muchacha de su edad. Para amigas le bastaba con Cloe y Macarena y la cena de los viernes, ¿te parecía poco? ¿Con cuántos amigos de verdad contabas tú? Ah, pues eso.

Pero la Velasco tenía la intuición, algo que sólo lo da ser piscis de febrero (mucho más perspicaces que las piscis de marzo, dónde iba a parar), de que a ti lo que te interesaba era lo del novio. Sí. Era cierto. Pero no debía culparte por ese afán. Había sido ella, Macarena, la que había abierto la alcancía con tanta confianza. Ahora no podía dejarte con la miel en los labios. Pasaba, sin embargo, que esa información valía más que un par de polvos y algo menos de seis días de amistad. Era un asunto delicado que no le pertenecía a Macarena. Ella no tenía reparos en contarte sus alegrías y sus decepciones, pero allí se dirimían las alegrías y las decepciones de otra. Y eso era mucho dirimir. Y te saldría más caro. Si se decidía a contártelo tenías que prometerle que la historia se quedaría en el confesionario de aquella mesa. La isla

donde vivían era pequeña y redonda y las noticias daban la vuelta y regresaban al punto de partida como si fueran bumeranes. No quería dañar a Nuria por una indiscreción fuera de tiempo, ¿estábamos? Estábamos. Le juraste por tus muertos (que, como había podido comprobar, eran muchos y muy variados) que aquella confidencia se quedaría allí. Además, ¿a quién se lo ibas a contar?, ¿a tus alumnos? A nadie. Vale, a nadie.

Nuria Toledo, por decirlo en lenguaje bíblico, sí había conocido varón. Pero tuvo mala suerte a la hora de elegir y se indigestó. La culpa no podía considerarse suya. Eran dos chiquillos. Ella tal vez no estuviera aún preparada. Él, de eso no había duda, no lo estaba. Se habían conocido un fin de año. La primera vez que sus padres consintieron en dejarla bajar a la capital, con todos sus amigos, a una fiesta de nochevieja. Nuria les prometió lo que se promete en esos casos: que tendría cuidado; que no bebería; que no se montaría en el coche de un desconocido; que no regresaría demasiado tarde. Y allí que fue con su vestido negro hasta medio muslo, su escote fruncido, sus tacones altos y radiante como la niña de diecisiete años que era, sin saber que iba a incumplir todas y cada una de sus promesas. La primera vez de una chica no tiene por qué ser especial. Ya no. De eso eran conscientes Macarena y Nuria y Cloe y la mayoría de las mujeres a quienes quisieras preguntar. Pero Macarena y Nuria y Cloe y la mayoría de las mujeres a quienes quisieras preguntar te dirían que, al menos, debería ser delicada, tierna, amable. Y eso sólo podía concebirse con un hombre mayor. Un hombre paciente, experto, sosegado. Sabía bien que lo que decía era políticamente incorrecto y hasta repugnante, si no lo matizaba, pero cada vez tenía más claro que los jóvenes son todos unos brutos aunque no lo sepan. Si hubiera sido un hombre hecho y derecho el que hubiera conocido en la fiesta y no un adolescente mentecato (y, sí, era consciente de que adolescente mentecato era un pleonasma) otro gallo le hubiera cantado. El caso es que uno puede que no tenga oportunidad de comportarse de un modo inteligente en toda su vida, pero siempre habrá al menos una vez en que se comporte como un idiota. Y el mejor momento para ser un idiota es una fiesta de nochevieja en el Club de Tenis.

El muchacho se llamaba Juan Diego Coronado y pertenecía a una familia de solera que se había dedicado a la construcción naval, como se estudiaba en clase de latín cuando se estudiaba latín, *ab urbe condita*. Macarena creía recordar, aunque no podía asegurarlo, que el tatarabuelo Coronado era miembro fundador de la mayoría de instituciones sociales, deportivas y benéficas de la ciudad, incluido el Club de Tenis. De modo que Juan Diego se movía por la fiesta como pez en el agua. Estaba guapísimo (eso no lo recordaba Macarena, pero se fiaba de la nostalgia herida de Nuria Toledo) con su esmoquin charolado, su vaso largo en una mano, su cigarro rubio en la otra y rodeado de chicas almidonadas a quienes no se les movía ni una pestaña de su sitio. Tenía una voz arrebatadora, de hombre grande, que contrastaba con sus ojos niños. Guapo, triunfador y, como hubo tiempo de averiguar después, putañero: una combinación estomagante. Lo de putañero, no obstante, era

involuntario. Su padre lo había iniciado hacía dos años, al cumplir los dieciocho, en un famoso *cabaret*. Le había hecho el mejor regalo que un padre puede hacer a su hijo en la mayoría de edad (nos ha jodido mayo con las flores). Lo invitó a cenar al restaurante más exquisito de la ciudad y, después de una sobremesa regada con licores y consejos heredados de generación en generación (léase de hombre a hombre), lo llevó a un local donde solía acudir con bastante frecuencia (¿igual que su padre?, ¿que su abuelo?, ¿que su bisabuelo?, ¿desde cuándo aquel tugurio?) y donde había apalabrado el polvo desvirgador (¿como hiciera su padre?, ¿su abuelo?, ¿su bisabuelo?, ¿desde cuándo aquella costumbre?) con una de las bailarinas (sí, Macarena, cada vez más encendida por el cabreo, sabía que en aquel caso «bailarina» era puro eufemismo) más cotizadas (quería decir más caras, ¿a cuánto estaría el polvo en el *cabaret*?, ¿cobrarían por horas?, ¿y la noche?, ¿cuánto saldría una noche enterita con la reputada bailarina?), no había que reparar en gastos, los ritos de iniciación tienen eso. ¿Por dónde iba? Ah, ya. Pues llevó a Juan Diego al *cabaret* (¿lo llevaría de la mano o, ya puestos, de la misma cuca?; Macarena se estaba yendo por las ramas pero, qué pretendías tú, la píldora era tan repugnante que necesitaba agarrarse al cinismo para poder tragarla) y se lo presentó a la doña, Amparito, aquí te traigo a mi hijo mayor, házmelo un hombre.

En ese punto, la Velasco meneó la cabeza en un mohín entre aburrido y pesaroso, y se tomó su tiempo para beber un buche de café, que ya se le estaba enfriando. Tú no debías creer, profesor, que esa ceremonia iniciadora le había servido de experiencia al pobre chico. Para Macarena que lo había confundido aún más. Porque la Amparito de marras debía de saber de sexo lo que no está en los tratados, pero ni pajolera idea de adolescentes. Juan Diego salió de allí, amén de con el orgullo arrastrado por los suelos, con la idea de que el sexo es una competición en la que no se admite el empate, una competición en la que tienes que ganar sea como sea. Y su primer encuentro fue una derrota tan dolorosa (la bailarina, una auténtica maestra en las artes del amor y la guerra, seguramente se burlaría de su impericia, le echaría en cara su torpeza, se descojonaría en su cara del tamaño de su miembro) que el chico prometió vengarse. Máxime cuando su padre, al enterarse de la humillación sufrida, tocado en su vanidad, en lugar de dejarlo estar, de explicarle a Juan Diego que lo del sexo es algo que no hay que tomarse demasiado en serio, que se trata de un juego en el que lo esencial es que se diviertan los que participen (ya sea uno solo, dos, un trío o todo el equipo nacional de balonvolea), le obligó a visitar el burdel *cabaret* hasta que aprendiera a follar como un Coronado. ¿Y cómo follaban los Coronado? Por lo visto, con uñas y dientes. De un modo salvaje y furibundo. A muerte. Al menos, así fue como se comportó Juan Diego en la dichosa nochevieja del Club de Tenis. Juan Diego el del esmoquin intachable, el de las maneras elegantes, el de la voz seductora y los ojos niños. Confundió el amor con la guerra y, de paso, a Nuria con el enemigo. Seguramente regresó a la penumbra de un burdel *cabaret*. Regurgitó el escarnio, las palmadas sardónicas, las risas de ramera experta. Y, en el asiento trasero de su *saab*

recién estrenado, se vengó del espíritu de la bailarina en la carne de Nuria. ¿Fue tan duro? Peor. A las secuelas se remitía Macarena: el vestido deshilachado, media docena de moretones, las marcas de sus dientes en un pezón, un arañazo largo y estriado a la altura del muslo y, para rizar el rizo de las vejaciones, una infección de orina. Resumiendo: que le dio a una muchacha de diecisiete años argumentos suficientes para no echar de menos estar con un hombre el resto de su vida.

Nuria Toledo fue capaz de interpretar, con tiempo y una caña de estoicismo, que un garbanzo no hace puchero. Pero era conveniente que tú apreciaras lo que pudo suponer tan terrible experiencia para una chiquilla. El problema no fue que se sintiera agredida y avasallada. El problema fue que creyó merecerlo. Por eso aguantó hasta que el patán aquel coronó su hazaña dentro de ella, sin piedad, sin tino, sin condón. Aguantó hasta el final con los ojos cerrados y los dientes prietos para que no se le escapara ni una lágrima. Y en su cabeza las promesas rotas: este moretón por haber bebido; este arañazo por llegar tarde; este dolor lacerante mientras la penetraba por montarse en el coche de un desconocido. Todo lo merecía. Por idiota. Por mentirosa. Por puta. Al llegar a casa, se tapó las vergüenzas, disimuló el dolor y el costurón del traje como pudo y aceptó el rapapolvo de su madre por haberla tenido toda la noche en vela con el alma en un puño. Sin embargo, lo que no mata engorda, y Nuria se hizo fuerte en los estudios y en los libros. Y encontró un buen aliado en el joven párroco de su pueblo, un hombre con ideas frescas acerca de la fe y la religión y el servicio al prójimo. Podía haber estudiado cualquier cosa que se hubiera propuesto. ¿Qué es lo más difícil de estudiar? ¿Medicina? ¿Arquitectura? Pues Nuria Toledo hubiera podido ser una arquitecta o una médica fuera de serie. Pero eran carreras en las que tendría que toparse más temprano que tarde con chicos que, aunque bien diferentes, le hubiesen recordado cada día a Juan Diego Coronado. Y ella no estaba dispuesta a soportar ese calvario. Prefirió una en la que le aseguraran que no iba a ver un hombre. Y sólo hay una cosa vedada para los hombres. ¿La maternidad? Eso y el convento.

Tú no debías creer ni por asomo, profesor, que Nuria Toledo era una amargada. ¿Segura, Macarena? ¿Segurísima? Deberías verla cómo se reía oyendo las historias de Cloe en el supermercado. Cómo la alentaba con sus preguntas verdes y su fingida turbación. No. La Nuria Toledo actual ya nada tenía que ver con la niña de diecisiete años del Club de Tenis. ¿Tendría que ver con su vocación religiosa?, ¿con lo de poner la otra mejilla?, ¿con lo de perdonar a los deudores? Podría ser eso. Pero había un par de interpretaciones más. Nuria decía, entre bromas y veras, que en sus cinco años de vida monacal (la celdita chica, el camastro duro, el suelo helado, sábanas acartonadas, un lavamanos desconchabado, un crucifijo tenebroso), aprendió a calentarse con el recuerdo de Juan Diego Coronado, que hasta sus bocados y sus zarpazos le parecieron cálidos. Macarena y Cloe, sin embargo, lo achacaban más a su carácter honesto y limpio, incapaz de guardar rencor quince minutos, cuánto menos quince años.

Te fijaste en la hora, a falta de reloj, cuando la mesa del restaurante de repente se quedó huérfana de luz. La mano derecha de Macarena seguía allí, extendida sobre el mantel azul, con la palma hacia arriba. Y tu izquierda le hacía mimos como si la añorara desde siempre, como si siempre hubiera estado esperándola. Pero ya no había reflejos entreverando sus dedos. Sólo una nostalgia gris de tarde noche. Un camarero soñoliento secaba la loza detrás del mostrador, no hay prisa señores, aún tengo que esperar a que venga mi relevo. Alguien había sobornado a la máquina de canciones para que escupiera una balada de ritmo caribe que hablaba de una despedida, *por eso me voy, qué lastima pero adiós, me despido de ti y me voy*, y que se repetía hasta la fatiga. Macarena pareció cotejar la letra de la canción con su propia vida y un brillo mate se le instaló en los ojos, ¿nos vamos? Nos vamos. A ella le aguardaba su trabajo. Y a ti el último muerto. El penúltimo dolor. La antepenúltima sorpresa de tu vida.

La primera que reparó en tu facha fue Mónica, que no era piscis de febrero pero tenía intuición para dar y regalar. Nada más verte aparecer con Macarena, se acercó, le pidió permiso a la chica para secuestrarte unos minutos y te llevó a un rincón del vestíbulo. Cuando se aseguró de que nadie podía oírla te echó un responso. No podía creerse que hubieras estado desde el jueves en aquel tanatorio. ¿Qué le había hecho pensar eso? Ni que fuera estúpida. Podría haberla hecho dudar la camisa compuesta, los zapatos abetunados, el cabello limpio. Pero la chaqueta arrugada como una pasa, las ojeras de médico de guardia, la mochila vaquera al hombro que te sentaba como un tiro de escopeta no admitían dudas. Le brotó la cara que solía poner antes de hacer una pregunta, por lo menos, dime que te has enamorado.

—¿Cómo?

—Dime que te has enamorado de esa muchacha y que todo lo haces por pasar más tiempo a su lado.

—Pues no sabría decirte. Pero sí que hacía años que no estaba tan a gusto con alguien.

—Y tenía que ser enterradora.

—Con la racha que llevamos, ¿qué querías? ¿Que fuera comadrona?

Pero Mónica tenía razón. Y tú comprendiste que tenía razón cuando regresaron, de la mano, al velatorio de Eduardo Ojeda. Pena arriba, pesadumbre abajo, allí estaba la misma tropa que en el funeral de tu madre hacía... ¿cuánto?, ¿cinco?, ¿seis?, ¿siete días? Si no te hubieras sentido tan cansado, si no te hubiera dolido el cuerpo de tanta pena y tanto desvelo, hubieras jurado que era jueves. Cerraste los ojos por un instante para poder desplegar el resto de los sentidos y aquella escena hablaba, olía, sonaba y tenía el mismo tacto que el del primer jueves del verano, el día en que murió Maruca Bermúdez y todo empezó. Al abrirlos, las imágenes eran idénticas. Miguel, primogénito de carrera, atendía igual que entonces a los que iban llegando. Mario compartía (como siempre, sin medida ni clemencia) con un grupo de amigos de la infancia, del viejo colegio de San Agustín, la mala racha que llevaban con aquella avalancha de muertos. Maite y Mercedes, vestidos negros, zapatos planos, gafas de sol, conversaban en voz queda con la familia de Eduardo y jugaban a dar vuelta a sus anillos como para espantar la tristeza. Todos llevaban la misma ropa, las mismas caras, el mismo padecimiento que en el velatorio de tu madre: simplemente se habían cambiado los papeles. Por la nevera desfilaban rostros incrédulos. Se persignaban manos escuálidas. Lagrimeaban ojos hundidos. Y un murmullo de hojarasca barría el suelo de la sala.

Volvió el frío. Te pusiste la chaqueta sobre los hombros, sin llegar a meterte en las mangas, para que las arrugas se quejaran menos. Dejaste la mochila junto al bolso de Mónica. Besaste a tus hermanas y a la viuda de Eduardo, una mujer increíble que había pospuesto su propia muerte para cuidar de su marido hasta el último aliento. Blanca Pulido, lo notaste en la fuerza de sus manos y en su voz tibia, estaba más entera que cualquiera de las mujeres que la rodeaban. Si hubiera sido hindú, estaría

preparándose con calma y esmero para arder en la pira de su esposo muerto. Había vivido por y para Eduardo Ojeda los últimos cincuenta años y había asumido que cada día que viviera a partir de entonces era de prestado. Maite y Mercedes procuraban animarla con los consejos manidos de siempre, tienes que cuidarte, dedicarte a ti misma, ir al cine, a la playa, jugar a la brisca con tus amigas... y Blanca asentía en silencio, les daba la razón como a los bobos y volvía a perderse entre los callejones del recuerdo.

Se estaba mejor afuera. En la terraza. Bajo la noche cálida de después de la lluvia. Donde los revoltosos y los fumadores compulsivos. Allí se te fue el tiempo volando. Con tus primas, que aprovechaban cualquier excusa (sobre todo, la de un funeral) para sacar de paseo a la memoria y recuperar las mataperrerías en casa de los abuelos, el patio de la tía Encarna, el pasillo oscuro y frío como boca de lobo donde jugaban al escondite inglés, a calimbre, a un, dos, tres, caravana es. ¿Lo recordabas tú? Sí y no. ¿Cómo sí y no?, ¿qué galimatías era aquél? Ningún galimatías. Sí lo recordabas, pero no eras tú. Lo recordabas como si fuera ayer porque había sido ayer (el jueves pasado en otro velatorio) cuando lo habías oído por última vez. Pero ése era el problema: que lo habías oído tanto que ya no sabías si era un recuerdo propio o uno implantado. Era imposible no acordarse y, sin embargo, no estabas seguro de haberlo vivido. Dudabas de que fueras tú el de la foto porque tus primas, estabas harto de repetirlo en todos los entierros, eran mucho mayores. Y no es que desconfiaras de la memoria de nadie, aún no es tiempo de Alzheimer, pero o ellas siguieron haciendo chiquilladas hasta los veinte años o tú no habías nacido cuando les tocó hacerlas. Y en ese punto siempre había alguna que señalaba tu ceja izquierda, surcada por un rayo diminuto y violáceo, ¿y esa herida de guerra, qué? Y tú, esa herida de guerra es la demostración de lo que digo, porque tiene más madres que un mil leches; ni siquiera ustedes se aclaran: Carmen dice que fue ella quien me empujó cuando jugábamos al que te pillo; Soraya, que fue en un choque con el viejo vauxhall de mi padre; Olga, que fue una pedrada en una guerra contra la pandilla del barrio enemigo; lo único cierto es que tengo una matadura en la ceja que me escuece cada vez que toca lluvia y un rebumbio de recuerdos que se me hinchan cada vez que toca entierro.

A todas estas llegó Mario con su afán de revolverlo todo. Mario con su espíritu burlón y sedicioso. Estaba persuadido de que conocía hasta el último detalle la historia de la familia. Según él, había estado presente en cualquier acontecimiento digno de ser evocado (nacimientos, muertes, accidentes, fiestas) desde el cuatro de agosto de mil novecientos cincuenta y tres. ¿Por qué esa fecha? Porque fue su tercer cumpleaños y su primer recuerdo, apagando las velas de una tarta de nata. A partir de ahí, nada volvió a escapársele. Una vez, para hacerlo cabrear, le dejaste caer que, habiendo nacido diez años después, también recordabas ese cumpleaños por la cantidad de fotos que Maruca Bermúdez guardaba del acontecimiento. Y Mario te miró con todo su desdén, qué coño vas a saber tú, si cuando naciste ya había pasado todo lo importante.

Mario andaba ahora con una idea nueva. Cambiaba de idea como de esposa (se había casado cinco veces, dos de ellas con la misma mujer porque se arrepintió en el ínterin), pero esta vez era un cambio drástico no tanto por la teoría cuanto por sus consecuencias. Según su última versión de las cosas, la línea sucesoria familiar sólo podía asegurarse por vía femenina, de modo que del casi centenar de primos carnales, primos segundos y hasta hermanos primos (los Bermúdez Cabrera, cuyo padre era hermano de tu madre y cuya madre hermana de tu padre y qué lío) únicamente cuatro niñas podían asegurar que venían de donde venían. La primera vez que le oíste la teoría de las camadas, como él la llamaba, estuviste a pique de contestarle que todo el mundo viene del mismo sitio, del coño de su madre, pero no querías despertar al oso. Era un cambio drástico de verdad. Porque, si por un lado se anclaba en el viejo refranero («los hijos de mis hijas, nietos míos son... los de mis hijos lo serán o no») por otro suponía renegar del pasado. Mario llevaba toda su vida llenándose la boca con lo de ser Cabrera de pura cepa (tu padre era el único varón, *ergo* los demás eran Cabrera de segunda). Lo pregonaba a los cuatro vientos más que nada para tocarles los huevos a tus primos. Y, ahora, si te vi no me acuerdo, daba igual el Cabrera porque eran las mujeres las que cortaban el bacalao. Tus primas, por lo que les tocaba, estaban encantadas con el cambio. Tus hermanas, acaso por costumbre, se encogían de hombros como con cada nueva tesis *mariana*. Y tú, no más por filosofar, lo achacaste a la muerte de Maruca Bermúdez, era lo único que podía explicar esa floreciente preocupación de Mario.

Una vieja sentencia romana o griega o egipcia (tu memoria andaba tan arrugada como tu ropa) afirmaba que si eres martillo te toca golpear y, si eres yunque, aguantar el golpe. A ti te tocó ser yunque esa última noche. No tenías fuerzas ni ganas para contradecir a Mario o a Carmen o a Soraya o a Olga con sus discusiones peregrinas sobre si la casa de los abuelos estaba pintada de rojo o de verde, si la carpintería de Adolfo Henríquez lindaba pared con pared con esa casa o había un garaje de autos en medio, si la academia donde estudiaron todos (menos tú; habías hallado el modo de escabullirte de la pelea sin parecer un gallina) estaba en la misma acera o en la acera contraria. Como era usual en aquellas discusiones, se trataba de Mario contra el mundo. Y cuando te miraba para buscar apoyo, tú solo sonreías bobaliconamente, y yo qué sé, ¿no habíamos quedado en que yo nací después? Todo se daba en pasar la noche sin pensar demasiado, entretenidos en fútiles devaneos cuyo único sentido era que el cuerpo y el alma no se les enfriasen en aquella terraza a sotavento.

En un momento de la controversia apareció Miguel, alarmado por tanta bulla, a poner orden en el gallinero. Y tú aprovechaste su teléfono móvil (el tuyo ya había dado la última bocanada) para ver qué había sido de la Velasco. Macarena se había marchado a casa antes de tiempo. Hubiera querido despedirse como era debido pero llevaba unos días con mal cuerpo y esa noche, nada más volver del restaurante, había vomitado hasta el pomo. Y, cosa extraña, la culpa había sido de las flores. Le habían entrado unas náuseas horribles cuando fue a mostrárselas a un cliente. Fue entrar en

la floristería y oler la mezcolanza de anturios y rosas y claveles y margaritas y sentirse morir de la fatiga. ¿Le había ocurrido antes? Nunca jamás. ¿Y cómo se comía eso? Se comía por la falta de costumbre. ¿No estaba habituada al olor de las flores? No, totorota. A lo que no estaba habituada era a tanto sexo y a tan poco descanso, seguro que al día siguiente se encontraría mucho mejor. Se lo deseaste. Le pediste que se cuidara, que durmiera. Y le prometiste que a la mañana la esperarías para desayunar con ella, lo que te dio pie para citar a Chesterton o a Milton o a Groucho Marx (cualquiera sabía con aquella resaca mental tuya): «acostarse con una mujer es relativamente fácil; lo difícil es desayunar con ella». Macarena preguntó si era una insinuación y tú reconociste que se parecía bastante, que te habías acostumbrado a tenerla cerca y que lo peor de todo era que te estaba gustando esa sensación. ¿Lo peor de todo? Mujer, Macarena, para un tipo que llevaba quince años honrando la vida asceta (¿mística?; nada de mística; te gustaban demasiado el vino y las mujeres; misticismos, los justos), era toda una novedad sentir nostalgia por alguien. ¿No sería nostalgia de los muertos? No. Tus muertos no tenían nada que ver en ello. Macarena Velasco era la única culpable de tu estado melancólico. ¿Cuánto de melancólico? Si la melancolía fuera azul, tú serías océano.

*How sweet.* Habías notado que, cuando se ponía mimosa, Macarena se manejaba en inglés. De estudiante, había vivido un año en Leeds. Con una familia muy británica de té diario y baño semanal. Su padre la había enviado a que viviera un poco, consciente de que la vida que le esperaba a partir de ahí, dueña de tanatorio, enterradora, le daría pocas oportunidades para el divertimento. La chica guardaba un gratísimo recuerdo de esa época. De sus padres adoptivos, como ella decía. Del olor a tierra húmeda. De una bruma canela como la cerveza. Y así se le quedó la costumbre de echar mano del inglés cuando se ponía tierna. *Sweet dreams, dear professor...* Dulces sueños. Sonaba bien. Demasiado bien para ser real. Nanai. Tú no ibas a dormir esa noche y, de haber sabido lo que te esperaba a la mañana siguiente, hubieras aprovechado mejor tu insomnio.

De todas formas la noche te iba a dar para mucho. Tus hermanas no quisieron dejar sola a Blanca Pulido. Habían ahorrado fuerzas durante el fin de semana para apencar con otra noche en vela. Así que se la pasaron en tertulia discreta con la viuda mientras tú te dedicabas a entrar y salir, a cambiar de registro en cada travesía, a meterte y sacarte la chaqueta, porque el aire acondicionado seguía vivo y el frío de adentro era más jodedor que el relente de afuera. Mónica debía de haberse ido de la lengua porque Mercedes y Maite te mandaban recado, con cada visita tuya a la sala, para esa mu-cha-chi-ta (así, con sonido ametrallador) que trabajaba en Santa Catalina. No había nada insolente en sus pullas. Más bien dulzura tiznada de cierta lástima. En cierto modo se sentían aliviadas con la noticia de tu enamoramiento (acaso pensaban en encoñamiento pero la palabra les resultaba demasiado grosera delante de Blanca Pulido). Ya era hora de que salieras del encierro. Estaba bien aquello de las clases en la universidad, de los viajes a congresos, de las tardes perdidas en el museo. Pero se

trataba de trabajar para vivir, no de vivir para trabajar. Y la vida tenía, por encima de todo, que ver con la compañía, con los besos, con el calor de una mujer al otro lado de la cama. Carajo, cómo se parecían las muy jodidas a tu madre. Habían heredado esa visión (¿romanticismo práctico?; ¿pragmatismo romántico?) de la existencia. A ver si, al final, iba a tener razón Mario con su teoría de las camadas.

Pues eso. Que se alegraban de verte compartir la cama con una chica. ¿Y quién les decía a Maite, a Mónica, a Mercedes que no lo habías estado haciendo esos últimos años? Ya. Seguro. Cuarenta años en la pradera y no iban a conocer a Caballo Loco. No. Ellas hablaban de una mujer fija. No interina. Ni sustituta. Ni algo a tiempo parcial, qué coño era eso de seis horas semanales. Hablaban de una mujer que te quisiera de verdad. Con eso bastaba para empezar. ¿Y qué había de quererla tú también? Eso estaba lindo, guárdame una cría de la echadura. Pero no era imprescindible. Tú la querías con el tiempo, el roce hace el cariño. La querías con el tiempo y llegaría una mañana, sin darte cuenta, en que ya no concebirías la vida sin ella a tu lado. ¿Tenía que ser por la mañana? Sí. Por la noche todas las mujeres son pardas y un hombre puede caer en la confusión. Pero a la mañana, cuando la vieras a tu lado, cuando la sintieras una prolongación de tu propio cuerpo entre las sábanas, no habría duda. Era ella, y no el resto de mujeres pardas, el amor de tu vida. ¿El amor? El amor, *quien lo probó lo sabe*. Definitivamente eran tu madre resucitadas, santísima eternidad, una y trina a la vez. Mónica y su manía de arreglarte la vida. Maite y su pragmatismo galopante. Mercedes y su propensión a los refranes.

Si adentro se hablaba de amor, afuera se hablaba de sexo. Sin tapujos. Mario había puesto sobre el mantel de la noche una nueva teoría, la penúltima (para la última todavía quedaba noche por delante), que había desbancado bien pronto a la de las camadas: la teoría de la espina dorsal. Llevaba un mes viviendo solo, después de una separación definitiva. ¿Definitiva? Sí. De lo más definitiva que se pueda dar. Prueba de ello era que estaba aprendiendo, después de viejo, a cocinar y a plancharse las camisas. Y eso no era moco de pavo. De hecho, según él, el famoso proverbio andaba descaminado: lo de plantar el árbol era una gilipollada, un invento de los americanos blancos, anglosajones y protestantes para espolear a los negritos de algodón. No. Uno se convierte en hombre cuando tiene un hijo, escribe un libro y se plancha una camisa. Y entonces se puede morir ya. Si uno sabe cocinar y planchar, ya no necesita vivir con nadie. Cuando le pique la entrepierna se maneja solo («amor propio» lo llamaba él). Y que le dieran gracias todas las presentes a que tenía espina dorsal. La espina dorsal era la única cosa que les daba sentido a las mujeres. ¿Qué tenía que ver la espina dorsal? Pues mucho. Que creían ustedes. Si él no tuviera espina dorsal y pudiera llegar con la boca a la cuca, ¿para qué coño iba a necesitar a una mujer?

Las carcajadas de Soraya y Carmen y Olga dieron vida a los perros de los alrededores, que comenzaron a aullar como posesos. Miguel intentaba, con poca estrella, atemperar el escándalo, si vamos a seguir por ese camino, mejor nos vamos a

casa porque esto no es ni medio serio. Y tus primas le respondían, los velatorios son así, chico; hay que espantar la mosca de la tristeza de alguna manera; y, hasta que no se invente otra cosa, la risa es el mejor espantamoscas. Miguel insistió en que esa defensa de la risa estaba buena para los velatorios matutinos, con el muerto recién lavado. Pero eran las tantas de la madrugada e iban a despertar a todo el barrio con aquel guineo. Y propuso continuar el sarao en la cafetería. Allí al menos estarían insonorizados y tendrían ginebra. Lo de la insonorización les importaba una vaina a tus primas y a Mario pero lo de la ginebra les puso los dientes largos. Y allí que se fueron todos a la cafetería, en amor y compañía, a mojarle las patas al muerto Eduardo Ojeda.

Ni siquiera se enteraron de cuándo amaneció, tan enfrascados estaban en el ejercicio de cambiarse nostalgias como si fueran cromos. Cada uno sacó las suyas propias y las barajó junto con las demás para comprender que, en el fondo, todos los recuerdos eran el mismo. Quien más quien menos (Carmen sentada a la mesa como una señorita, Mario espiando detrás de una puerta, Olga agazapada debajo de una cama) había vivido aquellos años con el asombro de unos ojos niños. Pasaron lista a todos los difuntos, incluso a algunos de los que ni siquiera habías oído hablar. Porque al final, la ginebra los puso de acuerdo para reconocerte que, en efecto, tú no pudiste vivirlo. No habías nacido aún. ¿Tuviste un tío guardia civil? Sí. Guardia civil de los de antes. De los de tricornio, bigote y mala leche. El marido de tu tía Dolores. Lo mató, en el setenta, una bala que llevaba su nombre. Sólo así se explicaba que en aquella manifestación sólo se disparara un tiro (según Carmen, salió del arma de otro guardia civil más bigotón y fiero que el tío Daniel, pero eso nunca se demostró) y fuera a reventarle el pecho a él, que estaba en la otra esquina de la revuelta, a casi doscientos metros. Lo enterraron con honores de gobernador militar un día horrendo de lluvia (Mario aún se acordaba de los truenos porque, por aquella época, ejercía de chófer de Agustín Cabrera y las pasó canutas para conducir hasta el antiguo cementerio).

¿Y una tía, madre soltera? También. Tía Belinda. La madre de la tía Águeda. ¿La tía Águeda no era hija de la abuela? En la versión doblada al castellano sí. La versión original era bien diferente. Belinda, con ese nombre no podía esperarse otra cosa, era algo sonsa. Muy resultona pero poco despierta. Tu abuela ya decía que a esa chiquilla la vida le iba a dar más de un susto. Y, aunque se la pasó controlando el gallinero, al final se le coló un gallo por la puerta de atrás. Belinda (nadie supo cómo ni cuándo ni dónde) se dejó preñar por Borito Herrera, un tipo macizo y bruto, revirado de un ojo, al que echaban de todos los trabajos y que acabó (más por lástima de don Nicolás Torres, el dueño del cine, que por otra razón) de limpiador, taquillero y hasta guarda de noche en el Torrecine. Lo del ojo de Borito se hubiera quedado en mera anécdota si no le hubiera contagiado la bizquera a la pobre Águeda. Cuando a la niña Belinda empezó a notársele la barriga, tu abuela comprendió que se habían cumplido sus vaticinios. Y, con resignación, como si lo hubiera estado esperando desde el principio

de los tiempos, le hizo las maletas y la mandó al campo, a casa de unos parientes. Luego se pasó nueve meses con un almohadón en el refajo, fingiendo las fatigas y los flatos de un modo tan convincente que ya hubiera querido Margarita Xirgu esas dotes teatrales. Y acabó criando a Águeda como hija suya. ¿Y nadie notó el cambiazó?

Al principio, no. Pero cuando la barca empezó a hacer agua no hubo modo de evitar que se fuera hasta el fondo. Es lo que pasa con las mentiras. Para apuntalar una, tienes que recurrir a otra. Y para apuntalar esta otra necesitas una tercera. Así hasta que, bajo el peso del absurdo, acaban desmoronándose. La parroquia tragó con lo de Águeda, la actuación de tu abuela había sido de órdago. Quien no tragó fue tu abuelo, que no llevaba bien lo de que le preguntaran en el bar y en el trabajo, con sorna, un día sí y otro también, a quién había salido Aguedita con ese ojo mirando para Cuenca. Una noche estalló y, antes de tener que partirle la crisma a alguien a cuenta de su honor, prefirió revelar el secreto. Y, entonces, quien la armó fue el tío Patricio, el marido de tía Belinda, que se pensaba dueño de la virginidad de su mujer y, cuando supo que le habían dado gato por liebre, fue a devolvérsela al abuelo vestida con el mismo traje blanco y mentiroso con el que se la habían entregado dos años antes. El destino quiso que los dos, el tío Patricio (como ella no volvió a casarse, le siguieron llamado tío) y la tía Belinda, murieran el mismo día de abril, nueve años después de la deshonrosa devolución. Él, desquiciado por el alcohol. Ella, por la vergüenza.

Y no sólo de tíos se alimenta la memoria. También los primos dan para una epopeya. Como el primo Servando Díaz Cabrera. ¿El que vivía en el Brasil?, ¿el que se había hecho rico traficando con café?, ¿el mismo primo Servando que nunca había querido regresar a la isla? Ése. Aunque había que precisar alguna cosa. ¿Recordabas tú el juego del murmullo? De pequeño lo jugaban en casa. El primer jugador le murmuraba un cuento al oído al siguiente. Y éste a un tercero. Así hasta que llegaba el último y tenía que contar en alto el cuento, que por supuesto se parecía al original como un huevo a una castaña. Con el primo Servando pasaba algo parecido. El primer murmullo fue el de su viaje al Brasil (la única verdad de todo aquello), pero la cosa empezó a degenerar no bien entró en liza el segundo murmullo. Y, después, vinieron otros para rizar el rizo de la trola. La que tú conocías era la última versión: un mazo de añagazas y disimulos. Su fortuna nada tenía que ver con el café, aunque era igual de negra y amarga. Y sí que habría querido regresar a la isla, pero en cuanto pisara tierra, como que había Dios, lo iban a mandar al trullo con una ristra de acusaciones de fraude, robo, hurto, estafa y todos los sinónimos que pudieran ocurrírsete. Servando olía una presa como los perdigueros. Y tenía maña para engatusar al más resuelto. Se acercaba a la víctima (de eso te podían hablar mejor su hermano Gabriel, su padre o el tío Roque) y le dejaba un canto de sirena al que no podían resistirse. Les hablaba de futuro, de la nueva era de la comunicación, de modernizar el negocio. Les llenaba los oídos de triunfos y conquistas y beneficios sin límite. Y todos acababan asociándose a él para, con el tiempo, ver cómo quebraban sus empresas y el mal nacido de Servando se mamaba los frutos de tantos años de

trabajo. Soraya confesaba que más de una vez había presumido delante de las amigas del primo Servando. En una generación que había crecido admirando a Robin Hood o a Curro Jiménez, ella tenía un bandolero a quien admirar sin salir de casa.

Ni siquiera se enteraron de cuando amaneció. De no ser por el repartidor de periódicos, que llegó dando brincos con su carga debajo del brazo, hubieran seguido desempolvando recuerdos. Una de tus primas arrugó la mirada en un esfuerzo por acomodarse a la claridad, caramba, muchachos, hay que ver cómo nos ha cundido la ginebra. Y, mientras el resto celebraba la broma, tú te lanzaste a por un diario. Mario se burló de tu gesto, ¿vas a revisar las esquelas?, ¿aún te queda mono de funeral? Y tú, no, hoy entierro al último y me voy a casa que va siendo hora y, óyeme bien, si se muere alguien durante este verano, ni se les ocurra contármelo, háganse cuenta de que estoy de vacaciones. Y Miguel, atento como siempre, pues ahora vienen las misas. Y tú, hastiado como nunca, pues se las maman ustedes porque yo ya cumplí; y, además, después de esta semana no sé si me va a convenir seguir creyendo en Dios.

Justo en el momento de dejar el periódico sobre el mostrador, se te encendió una luz. Lo necesitabas un segundo más. Sólo un segundo. Le hiciste (las cejas enarcadas, el dedo índice en alto) una seña al camarero, que andaba adormilado al otro lado de la máquina de café y ni siquiera entendió lo que querías decirle. Y te sentaste solo en una mesa. No te hizo falta cambiar de sección: cotilleos y actualidad (no en vano representan la muerte de la verdad, la verdad efímera) andan emparentados con las necrológicas. Y allí estaba, a la derecha del todo, precisamente junto a una de las esquelas que recordaban a Eduardo Ojeda, ofrendada por sus amigos del Casino. Una columna entera. Un titular: «Crimen de la calle Cano. Giro en la investigación». Sin fotos. Una sonrisa maliciosa te iba creciendo dentro del pecho a medida que leías el artículo. Parecía ser que la policía (no podían especificar mucho no fuera a joderseles la investigación) había obtenido nueva información sobre el asesinato de D. A. Las iniciales te parecieron crueles: era cierto que pretendían mantener la intimidad de Diana, pero tú hubieras preferido que revelaran su nombre, sin tapujos, para que nadie la olvidase. Aventuraba la posibilidad de que algún vecino de Cano viera a alguien rondando los zaguanes. Hablaba, incluso, de un supuesto retrato robot que los investigadores manejaban y que pronto estaría colgado en tiendas, bazares y supermercados de toda la ciudad. Mira por dónde el periodista también había jugado, de niño, a los murmullos. El último párrafo, no obstante y sin que sirviera de precedente, se acercaba bastante a la verdad: estaban a veinticuatro horas, cuarenta y ocho soltando lastre, de atrapar al asesino. Respiraste profundo y te alivió comprobar que el aire te regresaba a los pulmones después de una semana, casi, de asfixiante angustia. Nada ni nadie le podría devolver la vida a Diana. Nada ni nadie podría devolverles la inocencia a sus hijos. Pero (lo presentías con tanta fuerza que el corazón parecía quererte salir por la boca) se haría justicia. Piernavieja, por una vez en la vida, había actuado con coraje. Ernesto podría sobreponerse a la ausencia de su amada sin más sobresaltos. Y, con algo de suerte, Julián de la Fe (de nada le iban a

servir sus tejemanejes de perro viejo) se pudriría en la prisión de Salto del Negro.

Y, si tu teléfono no hubiera fenecido de cansancio y tristeza, te hubiera hecho feliz corroborar esos presentimientos (Conrado Piernavieja te dejaba recado de que había cumplido; el jardinero te agradecía tus consejos y te deseaba suerte). Si tu teléfono no hubiera fenecido de tristeza y cansancio, te hubiera asustado corroborar esos presentimientos (de la Fe se cagaba en tus muertos y prometía que te ibas a acordar de él el resto de tu puta vida, cabrón metomentodo). Si tu teléfono no hubiera fenecido de cansancio y tristeza y sufrimiento acumulados, quizás (sólo quizás, pero bendito quizás) hubieras sobrevivido a ese verano cabrón como la madre que lo hizo.

## Epílogo

Ese miércoles lució un sol abrasante. Tú jamás lo sabrías pero se iba a convertir en el día más caluroso de aquel año en que viviste, así, literalmente, en Santa Catalina. La misa de once, dedicada a Eduardo Ojeda y a dos difuntos más que habían llegado la tarde anterior, fue un calco de las precedentes. En un momento de la ceremonia le susurraste a Mónica que, para el caso, el cura aquel podría grabar sus homilias en un magnetófono y poner, luego, la cinta a la hora del sermón. Con un fondo de Mozart o de Bach quedaría muy aparente. Mónica te pellizcó el brazo, como hacía tu madre cuando hacías una gansada de las tuyas, y te mandó a callar, sssh, aunque no lo parezca, estamos en una iglesia. Sin embargo, tu hermana tuvo que admitir que la arenga sonaba más falsa que una moneda de corcho. Por lo oído, Eduardo, Cristóbal y María Olvido habían llevado la misma vida larga y fructífera, armoniosa y feliz. Nadie les pidió opinión. Nadie se tomó la molestia en preguntarles. Pero, según el padre Orellana, la familia había sido su norte y su sur, lo primero y lo último, el báculo necesario para alcanzar la paz de espíritu con la que los tres habían entregado su alma al Señor. Echaste un vistazo a los bancos donde se sentaban los atribulados deudos por ver si descubrías alguna mirada de asombro, algún gesto coñón. Pero (con eso contaba Orellana, que sabía más por viejo que por cura) el dolor estaba aún tan caliente que nadie osó rechistarle su discurso.

Te saltaste los pésames. La capilla, con los familiares de tres muertos, estaba demasiado caldeada para tu desaliento. Preferiste dedicarle los minutos que te quedaban en el tanatorio a su linda dueña. Macarena, pese a su cansancio y su revoltura de estómago (no había podido ni pintarse, pues el simple olor de la barra de labios le producía unas arcadas espantosas), había ido a trabajar. No había tenido opción, es que me entran ahora cuatro cadáveres, ¿no te enteraste?, ayer tarde se derrumbó un edificio en Ciudad Alta, una tragedia, voy a tener que habilitar las salas del sobradillo; y eso, chico: que no puedo, nunca mejor dicho, dejarle el muerto a Leticia. Le acariciaste la cara con el dorso de tu mano sin comprender que iba a ser la última vez que sintieras su piel, ah, pensé que querías asegurarte de que me iba de tu tanatorio. Ella, sonriendo a duras penas, te lanzó un beso tan fugaz y tierno como el primero, sin comprender que iba a ser la última vez que sintiera tu calor, no creas que andas descaminado, me he pensado mucho decirte lo del accidente. Te confesó que le hubiera gustado acompañarte al cementerio (luego se arrepentiría el resto de su vida por no haber hecho lo que le pedía, más que el cuerpo, el alma), pero tú te negaste en redondo. Le juraste que, esta vez sí, de allí te marcharías a casa con tus hermanos a dormir una mona de dos días con sus noches, ya estaba bien de tanta miseria.

Fue Mario el que te llevó a San Lázaro. Ya no tenía sentido ir en el coche fúnebre (el nicho de Eduardo Ojeda se la traía al fresco, le daba igual a quién enterraran en él). Te llevó al cementerio sin comprender que estaba oficiando de Caronte sin monedas ni nada. El cortejo de Eduardo fue el más agitado de todos los que

recordabas. Tuvieron que utilizar dos vehículos, uno para el féretro y otro para las flores, que ni de coña iban a caber por la vereda que llevaba a la tumba de los Ojeda. La gente se había arremolinado en el callejón desde antes de que llegara el cuerpo y no hubo forma de acercarse siquiera a la familia. Fue por eso que decidiste abandonar la fila y hacerle una visita, la última visita, a Maruca Bermúdez. Buscaste la sombra. El sol daba de plano sobre el cementerio. La camisa se te pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel. Llegaste a pensar si no te habría subido la fiebre. Te costó encontrar la tumba. Hubo un momento en que dudaste si regresar cuando leíste dos veces el mismo nombre grabado en una lápida de mármol blanco, la tumba de un niño de seis años, la muerte no distingue edades. Hasta que reconociste la fuente de agua con molduras doradas. Y el laurel de indias a cuya sombra habías abrazado a Concha la mañana en que enterraron a tu madre. Eso significaba que en el siguiente pasaje, a la izquierda, estaría su nicho. Y allí estaba. Sobre un montículo de flores amustiándose. Aún no habían colocado la losa. Seguía intacta la pared de barro seco con sus iniciales. Y la huella de tus dedos.

Un silencio caliente, roto a veces por el zumbido de los bichos o el graznido de algún cuervo, se apoderó del callejón. Corría una brisa suave que despeinaba las perneras de tus pantalones. Una nube distraída se coló en el pedazo de cielo azul detrás de los panteones. Diez tumbas más allá, un tipo (moreno, menudo, con una cazadora desteñida en la que debería estar asándose) parecía honrar a sus muertos en silencio. Sacaste del bolsillo el pañuelo con la rosa roja y se la enseñaste a tu madre. Le confesaste cuánto la iban todos a echar de menos. Cómo se había ensanchado el parecido de Mónica, de Maite, de Mercedes con ella. Ocho tumbas más allá, el tipo de la cazadora parecía acariciar con respeto una lápida. Cómo Mónica colaba el café igual que ella, despacito, sin dejar que se formaran grumos. Seis tumbas más allá, el tipo desteñado parecía recomponer las flores hasta dejarlas como le hubieran gustado a él si fuera el muerto. Cómo Maite no atinaba como ella con la receta de las arvejas, que siempre se le quedan cortas de sal y largas de salsa. Tres tumbas más allá, el tipo extraño parecía murmurar una oración de despedida. Cómo Mercedes doblaba las sábanas igual que ella, con la misma parsimonia, para que no quedara ni una arruga. Y en la tumba de al lado, resultó que no era una oración lo que rezongaba el tipo sino tu nombre. Quería saber si eras tú a quien buscaba. Si no había duda. Si no iba a dejarle el recado que traía en la cazadora a otro.

Tenía unos ojos inquietos que lo observaban todo con arrebatos. Unos ojos enrojecidos (¿por la rabia?, ¿el remordimiento?, ¿el placer?) que te miraban fijos mientras decía no sé qué cosa sobre recuerdos de un amigo común. Algo que tú no comprendiste. ¿O sí? Quizás estabas tan cansado de perder a la gente que querías. Quizás querías perderte tú mismo en un abismo de sombras antes de tener que regresar a San Lázaro a enterrar a Miguel o a Mario o a las niñas que tanto se parecían a tu madre. ¿De qué te estaba hablando el tipo aquel de los ojos vidriosos? De Julián de la Fe, que te mandaba un recado. ¿Qué recado? El de que lo esperaras en

el infierno.

La primera dentellada no dolió.

Fue como un pequeño golpe a la altura de la ingle. Un golpe pequeño que, sin embargo, dejó una mancha roja y viscosa en los faldones de tu camisa blanca. Creíste que era el pañuelo con la rosa que se te había caído. La segunda sí que te hizo daño. En un costado, donde llevabas colgada la mochila. Quemaba como el fuego. Joder, cómo quemaba. La tercera dio igual. Ya habías sobrepasado el umbral del dolor. Algo se removió dentro de ti, como un arrastre de tripas dentro de la barriga. A duras penas lograste sentarte en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de nichos, justo debajo de la tumba de tu madre. Qué bueno que Mario se había encargado de prevenir que fuera la de tu madre, así estarías acompañado en el viaje. Ni siquiera fuiste consciente de cuándo el desteñido abandonó el callejón, por la otra esquina, andando rápido, pero sin correr. Hubieras querido preguntarle por qué, qué motiva a un hombre a matar a otro. ¿El dinero? Tú hubieras podido darle el doble para que se olvidara de ti. Hubieras querido preguntarle quién era, qué clase de infancia le tocó vivir, si tenía hijos esperándolo en casa.

Tu último pensamiento vino cargado de premoniciones. Lo llevabas encima desde que te despediste de Macarena Velasco. Tenía que ver con esos mareos, con esas náuseas, con esa repugnancia al olor de las flores, menos mal que no te acompañó, hubiera vomitado hasta el alma. Te hubiera gustado saber que habías cumplido una de las promesas que habías hecho a Maruca Bermúdez en el sueño. No ibas a disfrutarlo. Ni ibas a construirle un puente de madera en el suelo del salón. Y te perderías todos sus cumpleaños. Y su primer amor. Y su primer desencanto. Pero te hubiera gustado, en fin, saber también (gracias a Macarena, tu piscis de febrero) que se llamaría Carlos.

Las Palmas de Gran Canaria, otoño de 2006



JOSÉ LUIS CORREA, (Las Palmas, 1962) es Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Doctor en Literatura Hispánica desde 1992, su docencia e investigación giran alrededor de la Literatura Juvenil y los talleres de creación literaria, que ha impartido en diferentes instituciones (universidades, ayuntamientos, casas de cultura, etc.). Destacan el ofrecido en la Universidad Cristóbal Colón de Veracruz (México) o en la Universidad de La Rioja (España), ambos en 2005.

En general, su existencia ha estado siempre ligada a los libros. Primero, en los años setenta, como lector apasionado de Verne, de Salgari, de Stevenson, de los Dumas. Más tarde, en los primeros ochenta, como estudiante de filología española. De 1985 a 1995, como agregado de Lengua y Literatura de instituto. Y, desde entonces, viene alternando su trabajo en la universidad con el oficio de escritor. Así pues, ha recorrido todos los pasos que tienen que ver con la literatura: la afición, la enseñanza, la investigación y la creación literaria.

Obra:

Como escritor, sus comienzos están relacionados con el relato, cuentos breves que escribe para sus estudiantes de instituto. Algunos tuvieron la fortuna de cosechar diferentes premios: el Julio Cortázar (La Laguna, 1998) o el Campus (Las Palmas, 1999). Y muchos publicados recientemente por la editorial canaria Interseptem: *¿Qué quieres que te diga?* y otros cuentos y *La verdadera historia de Helena-con-hache*,

un libro de relatos y una novela corta.

A finales de los noventa, espoleado por la suerte de sus cuentos, comienza una carrera de novelista que ha sido refrendada con otras importantes distinciones. Obtiene el Premio Benito Pérez Armas (S. C. de Tenerife, 2000), el más antiguo y prestigioso de Canarias, con su obra *Me mataron tan mal*. El Premio Ciudad de Telde (2002), con *Quince días de noviembre*, o el Premio Vargas Llosa (Murcia, 2002), con su obra *Échale un ojo a Carla*.

Es, asimismo, autor de *Muerte en abril* (2001), el segundo caso del detective Ricardo Blanco. Y de *La hija del náufrago. El último viaje del Alfonso XII* (novela histórica, 2004). José Luis Correa se ha erigido, por su prosa ágil y honda, su lenguaje directo y su visión moderna de la literatura, como una de las voces más genuinas del panorama narrativo canario de los últimos años. Sus últimas obras publicadas son *Muerte de un violinista* (2006) y *Una canción para Carla* (2008). En 2010 publicó *Un rastro de sirena*, la cuarta entrega de la saga de Ricardo Blanco y ahora la quinta, *Nuestra Señora de la Luna*. Entre medias (2011) vio la luz *Murmullo de hojarasca*.